

Bianca
aventura, intriga y pasión.
¡Ese hombre jamás poseería su cuerpo, su alma ni su corazón!
Novelas con corazón
México $ 400
Puerto Rico U.S. Dls. 1.75
Venezuela Bs. 15
En defensa del honor
Carole Mortimer
43
0 37657 13069

Amor sin compromiso
En defensa del honor

Carole Mortimer

Amor sin compromiso (1987)
Harmex: En defensa del honor (1981)
Título Original: Knight's Posession
Editorial: Harlequín ibérica / Harmex Bianca
Sello / Colección: Bianca 277
Género: Contemporaneo
Protagonistas: Laurel Matthews y Reece Harrington

Argumento:

¿Podría él matar todos sus dragones?

Después de años de mirar al crédulo corazón de su madre conducirla de un hombre al siguiente, Laurel había decidido casarse, por razones lógicas. No cree en cuentos de hadas, caballeros de brillante armadura y finales felices. No obstante, descubre un paladín la noche en que su prometido rompe su compromiso. Estaba agradecida cuando su hermanastro, Reece, anuncia a los invitados, "Laurel se dio cuenta de que no podía casarse con Giles porque me ama y ha aceptado ser mi esposa." En privado, sin embargo, Reece se convirtió en una amenaza. "Yo estoy buscando amor. Tu estas evitándolo, "le acusó. Como si él hubiera visto un dragón, después de todo.

Capítulo 1

Laurel colocó el último libro en el escaparate, antes de esparcir los adornos brillantes verdes y plateados de manera que no ocultaran las portadas de los libros de aventuras. ¿Cómo puede hacerse para que el escaparate de una librería se vea con estilo navideño? Ella había intentado desde semanas antes darle al aparador algo de la apariencia festiva que tenían las otras tiendas de la misma calle, pero debía admitir que no obtuvo mucho éxito. Un poco de nieve artificial, ¡iba a ser una lata deshacerse después de ella!, y unas cuantas decoraciones de ramitas, no hacían un arreglo navideño. Afortunadamente los libros se venden en esta época del año sin necesidad de ese tipo de incentivos, y esta novela atrasada se venderá seguramente antes de la Navidad.

Se sentó para admirar el arreglo y vio a una persona del otro lado del cristal observar su contemplación. ¿Observando su contemplación? Polly, su ayudante, saltaba y se movía intentando llamarle la atención.

Aunque Laurel la miró un poco enfadada, Polly continuaba firme en su empeño de hablar y señalar, pero se ruborizó cuando se dio cuenta de que estaban atrayendo a una multitud con sus gestos extravagantes. Se encogió de hombros un poco cohibida y llamó a Polly para que entrara y le explicara qué pasaba. Laurel quería que la gente viera el escaparate, no a ella.

Tuvo que arrastrarse sobre las manos y las rodillas por la pequeña puerta en la parte de atrás del aparador, ignorando a la gente que continuaba viéndola, mientras ella intentaba salir del pequeño espacio que dejó cuando acomodaba los adornos.

—Laurel, tu hermano está aquí y te quiere ver —le dijo Polly sin aliento.

Con dificultad esquivó la parte posterior del aparador, y maldijo a la editorial por su tardía distribución del libro que la obligó a reacomodar el exhibidor.

—No puede ser mi hermano —descartó lacónicamente, mientras sentía el suelo bajo sus pies y se tranquilizó con su firmeza. Cerró la puerta detrás de ella, y sintió calor mientras se ajustaba la falda negra y se sacudía de ésta la pelusa verde que recogió del lugar donde se arrodilló.

—Laurel él *dice* que es tu hermano —insistió su ayudante un poco desesperada.

—Ya te dije… —se interrumpió abruptamente cuando vio a su

"hermano" parado junto a la ruborizada Polly. Debería haber adivinado que era él.

—Soy formal —dijo Reece, poniéndole las fuertes manos en los hombros mientras ella se inclinaba un poco aturdida por sus esfuerzos en el escaparate—. Aquí —agregó, mientras le quitaba una lentejuela verde del rubio cabello y se la entregaba.

Laurel se la arrebató de la mano, dándose cuenta de la razón de las extravagancias de Polly afuera de la ventana; evidentemente, la muchacha intentó decirle acerca de la lentejuela en su pelo.

—Reece —saludó apenas, los ojos azules relampagueantes cuando se volvió hacia su ayudante—. ¿No debería alguna de nosotras atender a los clientes? —dijo con sarcasmo.

Polly se ruborizó más que nunca, y se apresuró a disculparse. Laurel se dirigió entonces a Reece con ira:

—¿Por qué estás aquí? Como puedes ver, estoy muy ocupada —agregó con impaciencia.

Él bajó la cabeza, y miró a su alrededor la tienda llena de gente.

—El negocio se ve muy vigoroso.

—Así es —concordó ella—. Por eso no tengo tiempo que perder…

—Podemos hablar aquí.

—¿Es sobre Amanda?

—¿Te importaría que lo fuera? —dijo Reece arrastrando las palabras—. ¿Cuándo fue la última vez que viste a tu mamá? Hace dos meses ¿no? —preguntó arqueando una de sus oscuras cejas.

Laurel apretó los labios.

—No creo que mi relación con Amanda sea asunto tuyo —apuntó fríamente.

—Ni necesito —se burló, y torció despectivo su bien esculpida boca—. Pero Laurel, yo soy tu hermano.

—Tú…

—¿Podríamos salir de aquí? —su suave solicitud mostraba que se había cansado del juego y frunció el ceño cuando un cliente lo empujó al pasar hacia la caja—. No quiero discutir asuntos familiares en medio de esta multitud. Casi es la una y media, ¿no vas a salir a comer?

Laurel lo miró con desdén.

—Falta nada más una semana para Navidad y es nuestra época del año más ocupada. *Nadie* en las tiendas sale a comer —agregó—. No si se quiere ganar dinero.

—¿Y eso es tan importante para ti? —preguntó él entrecerrando

sus ojos café—dorado.

Ella le dedicó una áspera risa.

—¿Un banquero me pregunta eso? Sin dinero, tú no tendrías negocios.

—Pero ganar dinero no es más importante para mí que mi familia —le dijo con dureza—. Y te guste o no, tú eres parte de esa familia.

Laurel contestó con obstinación:

—Yo no tengo familia. Ahora, discúlpame —dijo, mirando a Polly atareada mientras continuaba cobrando en la caja—. De veras, tengo que regresar a mi trabajo.

Reece la tomó del brazo cuando ella se iba sin siquiera dirigirle una segunda mirada.

—Y yo de veras tengo que hablar contigo. Vendré cuando hayas cerrado por la tarde.

Era una aseveración, no una pregunta, y con un gesto de desinterés Laurel se alejó para ayudar a Polly. Cuando volvió la cara para ver a Reece, éste ya se había marchado.

¿Por qué habría venido? Lo sabría si le hubiera dado unos cuantos minutos de su tiempo. Pero no tenía intenciones de hacerlo. Reece era un hombre que le ordenaba a la gente "brinca" y ni siquiera se molestaba en ver si ésta lo había hecho; sabía que lo obedecían. Pero esta tienda era de Laurel, su vida, y ella no brincaría para alguien.

—Te veré en la noche —Polly entró en la oficina para decir buenas noches cuando cerraron la tienda. Laurel estaba sentada en su escritorio haciendo cuentas, mientras la otra mujer hacía tiempo en la puerta.

Laurel sabía por qué se retrasaba. La joven la había mirado con curiosidad toda la tarde, evidentemente esperando una explicación acerca de la versión de Reece de que era su hermano. Laurel no se la dio y tampoco lo haría ahora.

—Bueno —le dedicó una amplia sonrisa—. Como a las ocho.

—Sí… Pues…

—Debo terminar aquí para estar lista a tiempo —cortó Laurel firmemente—. Tengo que ir a casa y tomar un baño antes de estar lista para la fiesta.

Polly mostró su contrariedad en el fondo de sus ojos cafés.

—Hasta luego, entonces.

Laurel escuchó vagamente la campana de la puerta cuando la muchacha salió. Con una sonrisa en los labios, pensaba en el vestido

que se pondría esa noche, cuyo color azul rey destacaría el de sus ojos y haría que su cabello rubio y corto pareciera de oro. El estilo ajustado remarcaría sus senos pequeños, su cintura angosta y sus caderas. Con sólo cinco pies de estatura, siempre había considerado su propia figura insuficiente para parecer seductora, pero el vestido de seda resaltaba sus curvas. No había mucho que hacer para que resaltaran sus rasgos en esa cara en la que destacaban los grandes ojos azules, la nariz pequeña y respingada, la boca curvada y la barbilla pequeña y puntiaguda. Pero el vestido definitivamente la haría verse sexy. A Giles le iba a encantar…

—Muy bonito.

Volvió la cabeza a la puerta al escuchar el tono burlón, y vio a Reece recargado en el marco.

—¿Cómo entraste?

Él se encogió de hombros y entró en la oficina.

—Tu ayudante me dejó pasar cuando salió.

Laurel suspiró con resentimiento, como siempre que se encontraba con este hombre.

—Qué bueno que apruebes las decoraciones que pusimos en la tienda —contestó al comentario de él.

Reece tomó un libro acerca de artistas franceses del escritorio de ella y empezó a hojearlo.

—No aprobaba las decoraciones, me refería a la forma en que sonreías mientras contabas el dinero que ganaste hoy —hizo una pausa en una de las páginas del libro—. Prefiero a mis mujeres un poco más delgadas, pero sin duda esta dama es muy sexy.

Laurel le quitó el libro de las manos y vio la página que él había señalado; una mujer de ojos negros parada desnuda frente a un espejo; su bien dotado cuerpo ocupaba casi todo el espacio.

—Fue puesto aquí por un cliente —explicó la presencia del libro en su escritorio.

—Tu actuación de Scrooge[1] se está haciendo más realista —se burló Reece mientras se sentaba al lado del escritorio, usando todavía el traje oscuro de la tarde.

—No tienes por qué preocuparte. No eres en lo mínimo como el amable y afable Bob Cratchit, y yo sonreía ahora porque pienso en mi fiesta de esta noche, no en el dinero que gané hoy.

—Ah, sí, la fiesta —dijo Reece—. De eso quería hablar contigo.

Laurel se puso rígida.

—Tú no fuiste invitado.

—No —concordó—. Pero Amanda y mi padre sí.

Laurel echó atrás la cabeza, desafiando la censura que sentía en sus palabras.

—¿Sí?

—A tu fiesta de compromiso —sus ojos se entrecerraron—. Con un hombre que todavía no conocemos.

—Soy más que mayor de edad —lo interrumpió.

—Mucho más —estuvo de acuerdo—. De cualquier manera, yo creí que por cortesía le avisarías a tu propia madre un poco antes del compromiso, y no esta misma mañana.

Se ruborizó con la crítica, y también porque él había insinuado que a los veintiséis años ya era vieja.

—Envié la invitación hace cuatro días —contestó—. No soy culpable por el retraso del correo en época navideña.

—Cuatro días —repitió Reece fríamente—. ¿Y desde hace cuánto tiempo has estado planeando la fiesta?

—Hace un par de meses. Pero…

—¿Y cuándo enviaste las otras invitaciones? —insistió él con dureza.

—Hace seis semanas. Pero, Reece, no creo que algo de esto sea…

—¿Y cuándo recibieron sus invitaciones los familiares de Gilbraith?

—No recibieron —pudo contestar con satisfacción—. Todos viven en Escocia y vendrán a la boda el próximo verano. Esa fue la razón de que Giles y yo decidiéramos invitar solamente amigos a nuestro compromiso. Pero entonces…

—Entonces ustedes fueron atacados por tardíos sentimientos de culpa —dijo Reece disgustado—. Y en el último minuto decidieron invitar a tu madre, después de todo.

—No me sentí culpable al final —negó Laurel—. A estas alturas debería ser obvio que mi madre y yo tenemos nuestras propias vidas, completamente distintas. Giles y yo decidimos que se vería raro si mi madre no asistía, cuando todos saben que vive en Londres. Sólo eso.

—¡Dios mío! ¡Qué bueno que Amanda no sabe que fue invitada sólo para que a ti y a tu novio no les hicieran preguntas embarazosas! —el enfado hacía que sus ojos se vieran más dorados que cafés—. Ella está muy emocionada con la invitación, piensa que la separación que ha surgido entre las dos por fin se va a reducir.

Cuando se enfadaba, era más guapo que de costumbre, sus ojos refulgían como oro derretido, sus rasgos se acentuaban y tomaban la agudeza de una esfinge, con su larga nariz recta, pómulos altos, boca

firme y barbilla cuadrada. Pero la ira no sólo la mostraba en la cara, porque su figura de más de seis pies estaba tensa, y rígidos los músculos de su pecho y brazos. Con su pelo oscuro, casi negro, muy corto, se veía tan feroz como el mismo diablo.

Pero no espantaba a Laurel; muy pocas cosas la asustaban.

—La relación entre Amanda y yo es la misma que ha sido en los últimos quince años: tensa.

—Desde que ella se divorció de tu padre. Un divorcio siempre lastima a los niños involucrados, Laurel —aceptó—. Pero dudo que sean más felices manteniendo juntas a dos personas que prefieren separarse.

—¿Y qué sabes tú de eso? —se enfadó—. Tus padres fueron felices juntos. A tu padre lo lastimó mucho la muerte de tu madre.

—Sí, así fue —la observaba entrecerrando los ojos—. Y ahora ha encontrado la felicidad nuevamente con Amanda.

—No durará —dijo con sarcasmo—. Nunca dura.

Desde el divorcio con su padre, hubo otro matrimonio y numerosas relaciones; Amanda no había encontrado felicidad en ninguna de ellas. No había razón para suponer que el matrimonio con el padre de Reece, hacía menos de un año, fuera diferente a todas ellas.

—Eso no parece haberte quitado la idea de casarte.

De casarse tal vez no, pero sí de tener hijos. Ella nunca intentaría tener uno.

Su madre se casó con John Matthews veintisiete años antes, y Laurel nació uno después. Por once años fue el centro de esa familia y adoraba a su padre, y entonces se produjo el divorcio de ellos. Su madre le dijo que los dos decidieron que Laurel debía quedar al cuidado de su mamá. De ser una niña alegre y bien adaptada, de repente se vio sola con Amanda, e iba ocasionalmente al departamento de John, pero nunca fue lo mismo. Había una distancia entre ellos que antes no existía. Entonces él fue trasladado a América por su empresa, y hasta sus ocasionales visitas se terminaron. Laurel lo odió por eso, tanto como culpó a su madre por el divorcio.

Tal vez si Dan no hubiera sido separado de ella, podría haber superado el trauma, pero él se fue, y se convirtió en un extraño, ya no era más su adorado Dan. La había visitado unos años antes durante unas vacaciones en el campo petrolero donde trabajaba en esa época, pero Laurel estaba segura de que el alivio que sintió cuando la visita terminó, fue mutuo. Todavía se enviaban uno al

otro tarjetas de cumpleaños y de Navidad, pero el cariño espontáneo que habían conocido ya no existía.

Giles respetaba su decisión de no tener hijos y él tampoco quería tenerlos. Los dos estaban de acuerdo en que no los necesitaban en su matrimonio. Laurel dudaba de que, si las ideas en él acerca de la familia fueran distintas, ella habría aceptado casarse con él.

—Tú nada sabes de mi compromiso o qué sucedió en el pasado, —le dijo a Reece fríamente—. Así que por favor no tengas la arrogancia de suponer que sabes algo acerca de mí.

—Pero yo sé mucho de ti —dijo él suavemente—. Amanda está muy orgullosa de ti.

—Amanda tampoco me conoce —respondió abruptamente.

—A ella le gustaría.

Laurel señaló con desinterés:

—Esta no es una vieja película en blanco y negro y soy muy vieja para el final feliz. Amanda y yo nos separamos hace años, y así lo prefiero —agregó con dureza.

—Scrooget está regresando —se burló—. ¿No sabes que la Navidad es la época para perdonar y arreglar las cosas?

—Reece, ¿cuál es tu propósito al venir aquí? —preguntó Laurel con fastidio—. No puedo creer que nada más querías reconvenirme por no invitar a Amanda con mayor anticipación.

—No —se enderezó—. Mi padre está en Nueva York, no hay forma de que pueda regresar a tiempo para tu fiesta esta noche. Ofrecí acompañar a Amanda en su lugar, pero quería asegurarme de que estabas de acuerdo con la idea —la observó con los ojos oscurecidos. Ojos de demonio, un minuto oscuros, al siguiente brillando como oro.

—No hubiera hecho una escena, Reece, si eso es lo que pensaste —torció la boca en una mueca despectiva—. Cuando era niña, nunca sabía cuál de mis "tíos" estaría en mi fiesta de cumpleaños.

Él apretó los labios con desaprobación.

—Si tratas de escandalizarme, Laurel, no te molestes en intentarlo. Amanda ha sido totalmente franca con nosotros acerca de sus relaciones pasadas.

—Y tú y tu padre la han perdonado —dijo con amargura—. Aunque yo viví todo eso, no siento la misma generosidad.

—Eres una mujer, Laurel —le dijo suavemente—. ¿No puedes ver que cualquiera puede cometer los mismo errores que tu madre?

—Si es tan egoísta como Amanda, sí —aceptó fríamente—. Alguien a quien no le importe lograr su felicidad a expensas de niños

inocentes —había dos manchas rojas en sus mejillas.

Reece la miró en silencio durante varios minutos, y después sacudió la cabeza.

—¿Sabe Gilbraith que se va casar con un bloque de hielo? —preguntó.

—Giles sabe exactamente lo que obtendrá casándose conmigo —contestó ella en tono de desafío.

—Tu madre dice que acostumbrabas apasionarte por las cosas, que eras una niñita muy intensa —sonaba como si no pudiera creer que esa descripción se le hubiera acomodado alguna vez.

—Cualquier cosa que hubiera sentido con intensidad, ella la apartó de mí —el fuego hacía que sus ojos brillaran con enojo—. Después que se divorció de mi padre, nos mudamos tantas veces que hasta mis juguetes se perdían todo el tiempo. Amanda decía que no había lugar para ellos —recordó la tristeza de encontrar, después de la última mudanza, que algunos de sus atesorados juguetes habían desaparecido. Al final, dejó de sufrir e impresionarse por las cosas.

—¿Tienes idea de cuan difícil fue todo para ella después del divorcio de tu padre? —preguntó Reece con impaciencia.

—Estoy segura de que cualquier cosa que Amanda te haya platicado sobre esa época sonó convincente —cono Laurel, rechazándolo—. Pero yo estaba ahí y sé qué pasó —volvió la mirada al reloj dorado que llevaba en la muñeca—. Pero no tiene que ver con que acompañes a Amanda a la fiesta —dijo con impaciencia—. Se ve lo suficiente joven para parecer tu esposa, de cualquier manera.

—Y en lugar de representar los cuarenta y nueve que tiene, parece diez años más joven.

—No me digas que estás resentida con ella también por eso —se enojó Reece—. ¿No presentaste a tu madre con Gilbraith porque éste podría haberla encontrado más atractiva que tú?

—¡Cómo, tú!...

—¿Puerco? ¿Bastardo? —Reece le tomó con facilidad el brazo levantado con intención de hacer contacto en su mejilla y aprovechó esa situación para presionarla contra la rígida dureza de su cuerpo —. Puedes mostrar fuego cuando quieres, ¿verdad? —le dijo mientras la miraba a la furiosa cara—. ¿Ese es el único fuego que tienes, me pregunto? —reflexionaba mientras bajaba su cabeza hacia la de ella.

Laurel estaba muy aturdida por la acción para detener la boca de Reece que buscaba la de ella, que en pocas horas sería una mujer

comprometida. Esto los dos lo sabían, y sin embargo Reece no se contuvo en el beso, sus labios se movieron suavemente sobre los de ella, solicitándola, eróticamente, y en contra de su suave carne, incitándola a responder al succionarle el labio inferior, con la boca.

Ella se agitaba en la reacción y se apoyaba en él, sorprendida por los golpes que el corazón de Reece daba en su mano y la dureza de sus muslos mientras se excitaba. Se acercó más a él frotándole los labios, moviendo la lengua suavemente a lo largo de ellos, pero sin aventurarse a entrar en la húmeda caverna.

—Dime que me deseas, Laurel —dijo él con urgencia, con los labios en la garganta de ella.

Aquel temblor loco cesó en Laurel cuando vio la cara de Reece Harrington. Este no era Giles, el hombre con el que se iba a casar.

—Estás equivocado —lo alejó de ella—. No te deseo.

La soltó despacio, al mismo tiempo que el dorado de sus ojos cambiaba nuevamente a café oscuro.

—¿Estás segura de eso? —preguntó con voz ronca—. Tal vez deberías pensarlo otra vez antes de comprometerte.

Ella torció la boca, controlando de nuevo sus emociones.

—No necesito pensar algo acerca de eso. Giles es el hombre con el que me quiero casar.

—¿Lo amas?

—No tengo que…

—¿Cómo puedes amarlo y besar a otro hombre de la forma en que me besaste? —se burló con dureza.

—Tú me besaste a mí —corrigió abruptamente—. Y el beso de un experto, como parece haber sido, no cambia el hecho de que Giles es el hombre para mí —en todos los sentidos. Giles era guapo, simpático, enamorado de ella y, lo mejor de todo, no estaba interesado en ser padre.

Reece hizo una leve inclinación de cabeza.

—Te veré en la noche en tu fiesta de compromiso, y no me ocuparé de decirle a Amanda que sólo fue invitada para evitar cualquier chisme acerca de fricciones familiares —agregó.

—Dile lo que quieras —invitó Laurel con desprecio—. Nunca he temido decirle la verdad en el pasado.

—Tal vez algunas de esas veces deberías haberlo evitado.

La miró con enojo.

—La forma como proteges a mi madre es conmovedora. Tal vez si tú hubieras sido el primero en conocerla te hubieras casado con ella —añadió desafiante.

Reece le lanzó una mirada de disgusto antes de volverse y salir. La campana sobre la puerta sonó antes de que azotara ésta. Laurel se sentó agitada por la escena, más traumática de lo que dejó ver a Reece Harrington. El inesperado beso que le dio no fue lo que menos influyó para provocarle esa reacción.

Ella y Reece fueron culpables de que sus padres se conocieran. Una tarde del invierno anterior, cuando de regreso de la casa de un amigo Laurel conducía su auto, se resbaló en la carretera mojada y se aplastó contra la parte trasera del automóvil que iba adelante, cuyo conductor era Reece Harrington.

Él resultó ileso, pero las piernas y brazos de ella sufrieron cortaduras por el vidrio roto de su parabrisas, por lo que Reece insistió en acompañarla al hospital, en la ambulancia. Ninguna de sus heridas fue grave, pero los doctores decidieron que debería quedarse en observación por unos dos días, en caso de que hubiera una conmoción o un shock posterior. Reece se comportó maravillosamente y fue al apartamento de ella por algunas ropas de dormir y artículos de tocador, así como, cuando supo que era su familiar que vivía más cerca, le telefoneó a su madre para avisarle lo que había sucedido.

Cuando regresó a verla al día siguiente, encontró a Amanda por unos minutos, y conociendo Laurel a ésta tan bien, le gustó que eso hubiera pasado. Una vez que ponía sus garras en un hombre, generalmente ya no escapaba hasta que su madre quería.

Reece la llamó por teléfono a la mañana siguiente, explicándole que como no iría a verla esa tarde debido a una reunión de negocios, le había pedido a su padre que fuera en su lugar y que él fría por la noche. Laurel protestó por la visita del padre de Reece, probablemente un hombre de negocios tan ocupado como su hijo. Pero éste fue inflexible. La gentileza y simpatía que ella había, asociado con Reece se mostró como una voluntad de acero en ese momento.

Robert Harrington era una versión más vieja de su hijo, pero igual de agradable y firme. Supo, por la expresión de su madre cuando él entró al cuarto del hospital, que sus días como hombre solo estaban contados. Se casaron un mes después y Reece Harrington vino a ser su hermanastro. Laurel había evitado convivir con todos ellos.

Una pequeña orquesta tocaba en un rincón del cuarto; en otro, estaba preparado un delicioso *buffet*, en un salón para recepciones privadas lleno de amigos de Laurel y Giles. A decir verdad, la

mayoría eran amigos de ella, Giles sólo había invitado a conocidos de la empresa para la que él trabajaba. Había estado en Londres por unos dieciocho meses y no tenía muchos amigos propios.

Él se había retrasado. Una de las personas con las que trabajaba le dijo que pensaban que podría estar en la empresa todavía, porque estaba ocupado cuando salieron. Laurel intentó llamarlo, pero como la mayoría del edificio ya estaba cerrada, el conmutador también quedaba fuera de servicio. Todavía no se preocupaba mucho, la fiesta debía empezar a las ocho, aunque parecía que todos habían llegado ya.

Los encargados del hotel hicieron un lindo trabajo en la decoración del salón, y un hermoso pastel helado estaba en el centro de la mesa del *buffet*, con un letrero que decía "Feliz Compromiso" escrito en la parte superior. Ella tenía el anillo en su bolsa de mano, lo recogió de la joyería en el camino a su trabajo por la mañana, ya que tuvo que mandar a que lo redujeran. Pertenecía a la abuela de Giles, un rubí rodeado de grandes diamantes, y a pesar de que a Laurel le pareció un poco anticuado, se sintió honrada cuando él le reveló su procedencia.

¿Pero dónde estaba él? Ya eran casi las ocho y no había llegado.

—Te veo hermosa, cariño.

Se volvió y se encontró envuelta en el pesado perfume que su madre usaba y recibió un breve abrazo. Si Laurel estaba hermosa, Amanda lucía radiante de belleza. Era tan pequeña como su hija, su cabello dorado era un poco más largo y liso, el maquillaje perfecto en su hermosa cara, el vestido negro entallado a sus suaves curvas. Podrían haber sido tomadas por hermanas, Amanda un poco mayor, la más glamorosa de las dos.

—Estás hermosa, Laurel —un aroma de colonia de especias se esparció cuando Reece, con un traje de noche perfectamente cortado, se inclinó un poco para rozarle los labios con los suyos—. ¿Dónde está tu evasivo novio? —preguntó, arqueando las cejas.

En la boca de Laurel hormigueaba aún la sensación del contacto con la de él, sus mejillas ruborizadas y un brillo afiebrado en los ojos.

—Espero que disfruten de la fiesta —murmuró cortés—. Por favor, sírvanse ustedes mismos una copa —con vaguedad, señaló en dirección al bar, detrás de ellos.

Unos ojos oscuros y atentos la estudiaron durante largos, incontables minutos, antes de que Reece interrumpiera el suave parloteo de Amanda.

—¿Martini? —la tomó del brazo y la condujo hacia el bar. Los dos se perdieron entre la multitud, aunque Reece se veía un poco más alto que la mayoría de los hombres en ese salón.

Laurel empezaba a enfadarse. ¿En dónde estaba Giles? Con certeza no tendría que trabajar tan tarde, precisamente esta noche. Se suponía que el anuncio de su compromiso se haría a los ocho y quince; si Giles no llegaba pronto, tendría que posponerlo.

—¿La señorita Matthews?

Ella se volvió hacia el mesero que la llamaba a su espalda.

—¿Sí? —dijo preocupada.

—Acaban de dejar este recado para usted —le colocó un pequeño sobre en la mano antes de retirarse.

Laurel frunció el ceño mientras abría el sobre. Ella y Giles habían recibido muchas tarjetas de felicitación desde que avisaron a sus amigos de su próximo compromiso, pero no parecía ser una felicitación la que le entregaron.

Todo el color se fue de sus mejillas al leer el pequeño mensaje, sus manos se agitaban tanto que no tuvo fuerza para protestar cuando la nota le fue quitada de la mano. Reece la leyó de inmediato.

—¡Bastardo! —la miró con ansiedad y le puso el brazo en la cintura pues la vio que se desvanecía.

—No había dado indicio alguno —murmuró en el pecho de Reece—. Nada me dijo cuando lo vi hace dos días. ¡Oh Dios! Y ahora todos los regalos y las tarjetas tendrán que ser devueltos —gimió—. Yo…

—Laurel, ¿confías en mí? —interrumpió Reece con intensidad.

Ella lo miró a los ojos dorado—café, incapaz de dirigir la vista a otro lado.

—Sí —contestó turbada, sabiendo que confiaba en él.

—Entonces, déjame manejar esto —dijo Reece.

—Pero…

—Laurel, déjame —insistió él con suavidad.

Ella vio la firmeza de su rostro, la determinación de su boca y su barbilla.

—Sí —aceptó tristemente—. Haz lo que creas que es mejor.

Le apretó el brazo para indicarle seguridad antes de volverse y dirigirse hacia el micrófono, silenciando la música al pararse delante para hablar.

—Damas y caballeros —saludó con calidez—. Tengo gusto de que ustedes estén aquí esta noche. Espero que ninguno se

decepcione mucho cuando les diga que ha habido un pequeño cambio —el silencio en el salón era mortal, ahora que todos esperaban con expectación.

Laurel suspiró humillada, dejándose caer en una silla, mientras sus huéspedes parecían hipnotizados por lo que Reece estaba diciendo. Un "pequeño cambio", había dicho; ¡ella hubiera descrito la deserción de Giles de una manera completamente distinta! Había cambiado de opinión, había escrito. No podía continuar, había agregado en su mensaje. Y, finalmente, le pedía que le devolviera el anillo de su abuela.

Tan pronto como Reece, terminara de informar a todos que el compromiso se había roto, ella se escondería en su departamento por las siguientes doce horas, hasta que necesitara salir para abrir su librería en la mañana.

—Con el fascinante encanto de todas las mujeres, Laurel cambió de opinión —continuó Reece amablemente.

Apreció su ayuda, pero ella era la que estaba en la fiesta, por eso era obvio que no había cambiado de opinión.

—A pesar de que quiere y respeta a Giles, por su propia felicidad, decidió que no podía casarse con él —continuó Reece.

Podía sentir las miradas de compasión que sus amigos le dirigían, aunque había inclinado la cabeza y no podía verlos, sabiendo que todos deberían suponer la verdad.

—Espero que todos entiendan cuando les diga que Laurel se dio cuenta de que no podía casarse con Giles porque me ama y ha aceptado ser mi esposa —anunció Reece con orgullo.

Laurel levantó la cabeza con incredulidad. Él no podía haber dicho eso realmente.

Capítulo 2

Se dio cuenta de que sí lo había dicho cuando la gente se acercó para felicitarla.

—Es guapísimo, querida —Heather, una de sus amigas más extrovertidas, miraba a Reece con interés, mientras éste se alejaba del micrófono para cruzar el salón y acercarse a Laurel—. Yo también cambiaría de opinión si él me lo pidiera —miró comparativamente al hombre que la había acompañado a la fiesta.

—¡Magnífico! —concordó Polly al inclinarse para besarla en la mejilla—. Y yo me creí lo del "hermano" en la tarde —dijo fingiendo severidad.

—Es un hombre con suerte —afirmó David, el esposo de Polly, abrazándola con cariño.

—¡Pórtate bien! —advirtió Polly—. Si yo no te pego esta noche, Reece lo hará, y parece muy fuerte.

—¡Cariño! —su madre la besó, sonriendo feliz—. ¡Qué linda sorpresa!

Era una sorpresa, pero dudaba de que fuera linda. ¿Por qué Reece había dicho semejante mentira, provocando tal confusión?

Él estaba frente a Laurel ahora, la tomó de la cintura y la mantuvo junto a él y el calor de su mano parecía quemar a la chica a través de la tela de seda. Laurel permaneció torpemente a su lado, mientras él recibía las felicitaciones.

Se sintió devastada por la traición de Giles; sabía que él se daba cuenta de la embarazosa posición en que la había puesto al no presentarse a la fiesta que estuvieron preparando durante meses. Se sentía alternativamente con ganas de sentarse a llorar como un niño y golpearlo en la cara, si lo volvía a ver alguna vez. Oh sí, lo volvería a ver; dijo que llamaría mañana, cuando Laurel cerrara la librería, para recoger el anillo. ¡Si creía que se lo iba a devolver, estaba en un error!

—¿Cariño?

Vio a Reece con la mirada perdida, demasiado concentrada en sus pensamientos acerca de lo tonta que había sido, y no se daba cuenta del desarrollo de la conversación.

Él frunció el ceño cuando notó la confusión en sus ojos, la tomó de la barbilla y se inclinó para reclamar sus labios. Laurel jadeó cuando se dio cuenta de lo que estaba a punto de hacer, sus labios entreabiertos parecían una invitación a la gente que los observaba. No fue un beso exploratorio como el que le había dado un poco

antes en la tienda; ahora él reclamaba y tomaba cuando no se le daba. Ese arrogante gesto la enfureció más de lo que ya estaba, lo besó bruscamente, su boca lastimada cuando el se separó: Ella tenía los ojos brillantes y afiebrados.

—Cuando dos sustancias combustibles se juntan… —murmuró David admirado.

La risa indulgente y sorprendida de quienes los miraban, rompió la tensión. Laurel se separó del humor que Reece intentaba compartir con ella.

—Por favor, todos, pasen a comer y beber —invitó—. Estamos aquí para pasar un buen rato.

—Vamos a empezar el baile —Reece la haló a sus abrazos y la orquesta empezó a tocar una lenta melodía. La llevó junto a su pecho y le acarició el pelo escondiendo su cara entre la cabellera.

—¿Estás bien ahora? —preguntó al fin suavemente.

—Dijiste que manejarías esto —dijo cortante.

—Y tú me dijiste que hiciera lo que creyera mejor —recordó con sequedad, dando toda la impresión de un hombre recién comprometido, acariciándola mientras bailaban—. Si les hubiera dicho la verdad, ahora tendrías que pasar por la molestia de devolver a todos sus regalos.

—En cambio, ahora soy la envidia de varias de mis amigas —dijo disgustada, sabiendo que en relación a Heather, el novio que ésta tenía desde hace unos meses era un segundón al lado de Reece.

—¿Cuáles amigas? —preguntó él para hacerla enfadar, mirándola con sorpresa.

—¡Pórtate bien! —contestó, clavándole las uñas en el cuello, donde él le había colocado las manos a su alrededor.

—Te prefiero peleando conmigo que verte derrotada como cuando leías la carta de Gilbraith —dijo con seriedad.

—No estaba derrotada —le dijo rígidamente—. Estaba encolerizada, y todavía lo estoy.

—¡Dios! —Reece movió la cabeza con admiración.

—Contigo también —lo miró de soslayo—. Tú…

Reece detuvo su andanada apoderándose otra vez de su boca.

—¡Deja de hacer eso!—se alejó de él.

—Ten cuidado. —la calidez de su sonrisa no cesaba ni un instante—. Tenemos público —agregó con gusto, volviéndola a sujetar contra él.

Laurel volvió la mirada y sintió que el color oscurecía sus mejillas al darse cuenta de que eran la única pareja que bailaba y

sus amigos permanecían alrededor de la pista de baile, mirándolos con indulgencia. Rápidamente regresó a Reece.

—¡Oh Dios! —gimió—. ¡Esto es terrible!

—Sonríe cuando digas eso —los labios de él se le movían suavemente por la mejilla hasta la orilla de la boca.

—Reece, siento como si estuviera atrapada en una pesadilla y no pudiera despertar —dijo temblando.

—Es la primera vez que una mujer describe un beso mío como una pesadilla —señaló sonriendo—. Obviamente, la experiencia de ser tu novio yo no la encuentro tan desagradable como tú.

—¿Por qué lo hiciste?

—Será nada más por pocas semanas.

—¡Unas cuantas semanas! —repitió—. Reece no es posible que nosotros…

—Desde luego que es posible —descartó sus objeciones—. Actualmente, yo estoy disfrutándolo mucho —bromeó.

—¡Yo no! —estalló en ira haciendo que sus ojos se vieran más grandes que nunca.

—Ya lo veo —dijo él amablemente—. No tengo que ser el premio de consolación.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, estamos comprometidos —dijo encogiendo los hombros — sería una lástima desperdiciar la oportunidad…

—La oportunidad no llega —le dijo con firmeza, interrumpiendo la danza—. Pídele a mi madre que baile, Polly se está poniendo frenética —añadió enojada. Algunas otras parejas bailaban; David y Amanda formaban parte de ellas, aquél evidentemente dominado por ésta.

—Tu madre no puede evitar ser bella y mostrarse ardiente.

—¿Cómo puede ella? No me digas que tú eres otro, Reece —se burlaba de la debilidad de los hombres por caer ante una cara hermosa y un cuerpo sexi, sin tomar en cuenta a la mujer que hubiera dentro de éste.

—A mí me gusta mucho tu madre —le dijo con firmeza—. De hecho, algunas veces me pregunto cómo pudo haberte traído al mundo.

—Créeme, no hay duda de ello —le contestó furiosa—. Lo comprobé yo misma hace años.

—Laurel…

—Tengo que ir a polvearme la nariz —se alejó con la cabeza alta, sin mirar a nadie, aunque sabía que la gente la observaba. ¡Oh Dios!,

nadie creyó ni por un minuto que este compromiso con Reece era verdadero.

No era tan sorprendente. No hizo un secreto de que se iba a casar con Giles sólo por amor. Estaba apasionada por él, era encantador y no hacía reclamos que ella no estaba preparada para dar. Ninguna de las personas que la conocía creería que ella prefería al arrogante, sensual y atractivo Reece Harrington.

Tendría que hacerlos creer que estaba tan deslumbrada por éste, que había lanzado la precaución al viento y cedido a un impulso para casarse con Reece. Cuando se rompiera el compromiso, serviría para reafirmar que ella siempre consideró que una relación debería basarse en el respeto y el agradarse ambos, antes que en el penoso sentimiento del amor.

Pero eso no pasaría nunca con Giles. Aun cuando se le pasara el ataque de nervios y cambiara de opinión para pedirle que regresara, ella no volvería a su lado. Había perdido todo derecho a su estimación, humillándola esta noche. Si no hubiera sido por Reece…

Sabía, desde el momento en que la ayudó en su auto chocado, que Reece era un hombre peligroso, que cualquier mujer que se involucrara con él tendría que darle su alma, tanto como su corazón y su cuerpo. Pero no tenía intención de involucrarse con él, nada más lo dejaría aparentar ser su novio.

Reece estaba ahora cerca del bar platicando con Amanda, Polly y David, cuando Laurel entró al salón, echando atrás los hombros al caminar hasta su lado.

—Espero que no me haya tardado, querido —se estiró para besarlo, porque a pesar de sus tacones altos faltaba una larga distancia para alcanzarle los labios—. Te extrañé.

—Yo también te eché de menos, cariño —el humor brilló en sus ojos y rápidamente ocultó su sorpresa por el repentino cambio—. Le rozó los labios con los suyos y se estrechó contra ella—. Cinco minutos es mucho tiempo para estar separados —murmuró, burlándose.

—Esperen hasta que hayan estado casados cinco años —se mofó David—. Entonces te dará gusto tener cinco minuto para ti mismo.

—Ese es todo el agradecimiento que tengo después de casarme con este muchacho cuando yo tenía diez y nueve años y le di toda mi juventud —Polly le dio un golpe juguetón en el brazo; formaban la pareja más enamorada ahora que lo habían estado nunca, y lo mostraban.

—¿Y qué acerca de mi juventud? —bromeó él, complacido—.

¿Has visto cuántas canas tengo en mi pecho ahora?

—Seis —respondió su esposa—. Las conté anoche. Después de…

David sonrió a Laurel y Reece, avergonzado.

—Ella me trata así porque sabe que después la deseo.

—Conozco ese sentimiento —rió Reece suavemente, mirando con ardor a Laurel.

Esta pensó que su actuación era buena. Si una "versión más delgada" de la mujer que él había visto en el libro de pinturas por la tarde era su ideal para compañera de cama, a ella le faltaban varias pulgadas para tener las medidas requeridas. Lo que tenía estaba bien distribuido, pero en proporciones mínimas. Sin embargo, Reece aparentaba que lo consumía el deseo de tenerla en su cama esta noche.

Y segura de que eso no iba a pasar, Laurel actuó su parte como novia apasionada el resto de la velada. Estuvo tan convincente, que mientras ella y Reece bailaban pudo sentir contra su estómago el fuerte deseo en los firmes muslos de él.

Pero ninguno de sus amigos la miró más con curiosidad y hasta los compañeros de trabajo de Giles parecían convencidos de su actuación. Laurel les había asegurado que no tenían que irse. La mayoría de ellos estaba convencida que Giles se había quedado trabajando, como una manera de compensarse por el rompimiento de su compromiso. Ellos le aseguraron a Laurel que no se veía muy lastimado y que seguramente se recuperaría con rapidez de su fracaso. De alguna manera, no obstante, eso no hacía que ella se sintiera mejor.

Pero sus amigos parecían aceptar que, como el resto de ellos, Laurel había caído en una trampa amorosa, que todas sus declaraciones del pasado acerca de que eso nunca le sucedería, cayeron al enfrentarse con Reece Harrington. Ella estaba contenta de dejarlos pensar eso, sabiendo que su opinión mejoraría cuando rompiera su compromiso con Reece.

—No puedo decirles lo contenta que estoy por ustedes dos —les dijo Amanda conmovida, cuando Reece insistió en llevarlas a sus casas a la una de la mañana, después de que la fiesta terminó, dejando a la madre primero, a pesar de que Laurel insistía en que ella podría manejar sola. Reece se mostró rígido—. Robert se va a sorprender cuando llegue a casa mañana —agregó suavemente—. Podías haberme dicho el secreto antes de la fiesta, Reece —le reclamó con indulgencia.

—Amanda…

—Laurel tenía que hablar con Giles primero —una mirada de advertencia de Reece a través del espejo retrovisor, ya que Laurel estaba sentada atrás, en el auto, efectivamente la silenció. Su madre se había sentado al lado de Reece en el Jaguar plateado—. No hubiera sido justo que nosotros comentáramos con alguien antes de que ella le hubiera explicado.

—No —concedió su madre, volviendo la cabeza para sonreír a Laurel—. ¿Cuándo será la boda, cariño?

—Danos tiempo de recuperar el aliento, Amanda —señaló Reece —. Apenas esta tarde nos dimos cuenta de que estamos enamorados.

—¿Cuando fuiste a la tienda a ver a Laurel acerca de mi invitación? —preguntó Amanda abriendo mucho los ojos en la semioscuridad del alumbrado público.

—Sí —afirmó él.

—¡Dios!, Reece, tú trabajas más rápido que tu padre —bromeó Amanda—. Él esperó una semana después de que nos conocimos para declararse.

—Pero yo conozco a Laurel desde hace un año —recordó Reece.

—Y de pronto te diste cuenta de que estás enamorado de ella cuando supiste que se iba a casar con otro hombre. ¡Qué romántico! —Amanda suspiró feliz—. ¿Te das cuenta, Laurel, que cuando Reece y tú se casen, nuevamente nuestro apellido será el mismo?

—Eso no ocurría desde hace mucho tiempo, ciertamente —dijo Laurel ignorando la mirada de advertencia en el espejo.

—¿De veras? —Amanda frunció el ceño—. Sí, supongo que hace mucho tiempo. Pudiste haber tomado el apellido de Frank…

—No quise —interrumpió, recordando lo mucho que había detestado al segundo esposo de su madre.

—No —aceptó Amanda—. Tú y Frank nunca se llevaron bien.

Jamás había sentido la necesidad de decirle a su madre que la razón por la que detestaba tanto a Frank Shepherd, eran las insinuaciones atrevidas que él le hacía siempre que salía del costoso internado donde la habían enviado después del casamiento de su madre, para visitar a ésta. Ella tenía casi dieciséis años en ese entonces y estaba apenas convirtiéndose en mujer, con un desarrollo muy retrasado, y Frank parecía encontrar muy erótica la forma en que ella estaba cambiando.

—Frank era un…

—Ya llegamos, Amanda —Reece la interrumpió al tiempo que se detenía frente a la impresionante casa de los Harrington, que tenía algunas luces encendidas, dando la bienvenida—. Laurel tiene que

abrir la tienda mañana y nos iremos de inmediato.

—Claro, querido —Amanda bajó del auto cuando Reece le abrió la puerta, y empujó el asiento hacia adelante para que Laurel pudiera salir—. Estoy cierta de que te quieres sentar junto a Reece —dijo con seguridad.

Como Laurel fue la que insistió en que su madre se sentara junto a él en el camino, esa suposición era completamente equivocada. Con desgano, salió de la parte trasera del auto y recibió un abrazo de su madre antes de entrar al asiento delantero.

—Los dos deberían venir a cenar mañana por la noche —invitó Amanda—. Robert va a insistir —agregó con firmeza, al ver que Laurel parecía rehusar.

—Y como mi papá es todavía más arrogante que yo, debemos hacerle caso —aceptó Reece—. Como a las siete y media, ¿está bien, Laurel?

—Está bien —aceptó secamente, bajando la ventana mientras Reece caminaba con su madre hasta la casa.

—¿Qué te hizo?

Laurel se volvió sorprendida. La pregunta rompía el silencio en que habían estado los últimos diez minutos acercándose a su casa.

—¿Giles? —preguntó confundida—. Tú leíste la carta…

—¡Frank Shepherd! No Gilbraith. —Reece descartó con dureza.

—Muy rara vez lo veía —su respiración se agitó de repente—. Yo estaba mucho tiempo en la escuela.

—¿Y cuando no estabas? —insistió.

—No sé —se encogió de hombros.

—Laurel, no me mientas; pude ver muy claramente tu cara en el espejo retrovisor —sus manos apretaron el volante, su cuerpo rígido —. ¿Qué te hizo el bastardo? —preguntó otra vez.

—Amanda estuvo casada con él sólo un año —pasó saliva con dificultad y humedeció sus labios.

—Laurel —Reece la interrumpió con violencia controlada—. Pude ver el disgusto en tu cara, una molestia recordada en tus ojos. Cariño, dime —añadió apoyándola con el tono de su voz—: todo va estar bien.

—Él realmente nada hizo —sacudió la cabeza—. No realmente.

—¿Entonces?…

—El… principalmente hablaba, acerca de mi cuerpo —se miró las manos—. Apenas se me estaban desarrollando los senos —tragó saliva nuevamente—. Y era… era ofensivo, Reece, eso es todo — añadió con impaciencia.

—¿Te tocaba?

Se sorprendió de la aspereza de la pregunta, contenta de que la semioscuridad escondiera sus mejillas encendidas.

—Solamente una vez o dos —admitió con voz apenada—. Mira, Reece, yo no…

—¿Sabes por qué Amada se divorció de él? —preguntó con dureza.

Laurel se encogió de hombros sin interés.

—Ella me dijo que se dieron cuenta de que no estaban hechos el uno para el otro.

—Eso es sólo una parte —negó con la cabeza—. Ella se quedó con él intentando darte una vida estable, la educación que tú merecías. Estoy seguro de que si ella hubiera tenido idea de lo que te estaba haciendo…

—Yo no le dije, y no le quiero decir ahora —Laurel le lanzó una mirada de advertencia—. No la culpo por eso, Frank siempre fue cuidadoso de parecer un padrastro amoroso cuando mi madre estaba cerca.

—Ella también pasó una experiencia infeliz con él, a pesar de que no me corresponde discutir eso contigo. ¡Qué confusión! ¿Te hizo esa experiencia dejar de hacer el amor?

—No —contestó abruptamente. ¿Cómo podía dejar de hacer algo que nunca había hecho? Ella estaba preparada para ser esposa de Giles, pero él nunca se mostró interesado en el aspecto físico de su relación, además, nunca intentó hacerle el amor por completo. Eso era algo que a ella le pareció bien y lo había aprobado.

—¡Gracias a Dios! —Reece mostró su alivio ante su respuesta.

—¿Por que no me dejaste decirle a Amanda que el compromiso no es real? —bruscamente cambió el tema.

—Pensé que, más que de alguna otra persona, no hubieras querido ser objeto de su lástima.

Se ruborizó ante la realidad de eso.

—Gracias. Yo… yo no pensé lo que dije acerca de esto antes, pero…

—No, no pensaste —se burlo, él.

—Tú no tienes idea de lo que voy a decir —dijo Laurel, observándolo con atención.

—¿No la tengo? —levantó las cejas inocentemente—. Pensé que ibas a darme las gracias por convertirme en tu novio y rescatarte de una embarazosa situación.

—Eso iba a hacer.

—¿Y bien? —insistió, al no llegar el agradecimiento.

—Dije *iba*; ahora cambié de opinión.

Reece empezó a reír suavemente.

—Laurel, ¿nadie te ha dicho que eres adorable?

En efecto, nadie se lo dijo alguna vez. No había sido una niña bonita, fue una adolescente que se desarrolló de manera tardía, pero ahora era una dama capaz, más que sexy.

—No últimamente —susurró—:. Pero me da gusto que me encuentres entretenida —agregó con obvio sarcasmo.

Él se puso serio al instante.

—No me estoy riendo de ti, Laurel. Me divierte tu sentido del humor. Me encanta.

—Eso es algo de lo que no tengo fama —dijo ella con sequedad.

—Por eso resulta más fresco cuando aflora —se puso serio—. ¿Qué vas a hacer con Giles?

El cambio de tema le pareció bien, contenta de que el asunto de su triste experiencia con Frank Shepherd hubiera sido abandonado. Ella nunca lo había olvidado, y estaba sorprendida de que le hubiera hablado a Reece acerca de ello. Pero él parecía hacer aflorar muchas reacciones que no eran precisamente normales en Laurel Matthews.

—Nada voy a hacer acerca de Giles; parece que él ya lo ha hecho.

—¿Entonces, todo está terminado entre ustedes dos, nada más? —preguntó él, incrédulo.

—Así parece —asintió Laurel con la cabeza, todavía lastimada por la traición.

—¿No quedan cabos que atar? ¿Un corazón solitario que consolar?

—Mi corazón es asunto mío. Y no hay cabos sueltos que yo vea.

—¿Y sobre el anillo que te pidió?

—Si lo quiere, tendrá que venir a recogerlo —dijo, pensando en el asunto inconcluso con Giles que no quería discutir con Reece.

—Mañana por la tarde —recordó Reece—. Voy a estar ahí.

—¿Por qué? —abrió los ojos con indignación.

—Porque creo que no debes estar sola con él.

—Reece, hasta hace unas horas me iba a casar con él —se rió—; no me va a lastimar —aseguró.

—Esa no es la razón por la que me opongo a que estés sola con él —sacudió la cabeza, su boca firme.

—Entonces, ¿por qué? —palideció ante la mirada de los ojos de él mientras estacionaba el auto fuera de su casa y se volvía para

verla—. Reece, este compromiso no es real, nada más es la salvación de mi imagen hasta que podamos romperlo.

—Yo sé eso —asintió—. Y también Gilbraith lo sabrá si no estoy contigo mañana.

—Él no va a saber todavía que estamos comprometidos —protestó.

—Algunas de las personas que estuvieron en la fiesta eran sus colegas —recordó Reece—. Probablemente, ahora mismo uno de ellos está telefoneándole para darle las noticias de que anunciaste tu compromiso conmigo. Toda la charada habrá sido un desperdicio de tiempo si él descubre que no es real. Y entonces los dos nos vamos a ver como tontos.

Tenía razón, desde luego, no se necesitaba ser un genio para darse cuenta. ¿Y por qué no dejar que Giles pensara que su deserción la había afectado tan poco que inmediatamente se comprometió con un hombre que era el doble de lo que nunca él sería? Si Reece estaba dispuesto, y era claro que estaba, ¿por qué no?

—Dijo que llegaría cuando hubiera cerrado la tienda por la noche, eso es como a las seis y media —le dijo a Reece.

—Muy bien —asintió—. Ahí estaré.

Y Laurel sabía que Giles llegaría a la tienda como a las seis, así tendría una media hora para hablar a solas con él.

Reece salió del auto para abrirle la puerta.

—Te acompaño hasta la casa.

No puso objeción, sabía que no tendría caso rebelarse. Reece haría exactamente lo que quisiera. La sujetó del codo hasta la entrada del edificio, tomó la llave de su mano para abrir la puerta, entró y prendió las luces antes de que ella entrara.

—¿Como crees que me las arreglo cualquier otra noche? —se burló de sus protectores cuidados y dejó el bolso en una silla.

—Sola. ¿Por qué no aceptaste la invitación de mudarte con nosotros?

—Porque soy una mujer, no una niña —torció la boca—. Tengo mi propio negocio y mi propia vida. No abrigo la intención de volver a vivir con mi mamá.

—Si eso es una pedrada para mí, te aclaro que yo tengo una ala de la casa, separada del resto.

—Tú vives con tu papá y mi madre; comes con ellos —rechazó sus argumentos.

—No me voy a justificar ante ti —dijo mirándola sin pestañear

—. Yo vivo ahí porque es mi casa. Ahora, ven…

—¿Qué?…

—Tú te movías provocadoramente contra mí en el baile esta noche —sus manos se posaban sobre ella estrechamente, mientras sin esfuerzo moldeaba su cuerpo al suyo—. Ahora es tiempo de que pagues esas promesas.

—Reece…

—He descubierto el fuego que hay en ti, Laurel, y pretendo quemarme en él.

Sus palabras hacían que se sintiera arder, nunca antes había escuchado alabanzas como esas que la hicieran despertar. Le había besado varias veces durante la noche, con distintos grados de emoción y no podía evitar sentir curiosidad acerca de cómo sería ser besada por él con sensual intensidad.

El beso empezó como una lenta exploración, pero al difundirse en su cuerpo una sensación de calidez y al moverse hacía él buscándolo, el beso se hizo diferente, reclamando, excitando; las manos de Laurel se movían por la tibieza de la espalda de él, en medio de su saco de noche.

Ella nunca había sentido la menor curiosidad acerca del cuerpo de algún hombre; encontraba que la forma de Giles de amarla era interesante a medias. Pero ahora tenía más que curiosidad acerca del cuerpo de él; podía imaginarse lo magnífico que se vería desnudo, y su imaginación le hacía más sensibles los sentidos.

Protestó cuando la tibieza de la mano de él se cerró sobre su vestido, en uno de sus senos.

—No, yo…

—Pequeño, pero perfecto —le dijo con cariño.

—Lo pequeño está bien —concordó amargamente, retirándole la mano.

—Pero perfecto —insistió, mirándola con sus ojos color miel—. ¿No te imaginas qué sexy eres?

Ella evitó sus ojos.

—Frank decía…

—¡Olvida a ese bastardo! —gritó—. ¿Qué decía Gilbraith? —tenía los ojos entrecerrados.

—Él no es… no era, un hombre muy sensual —Laurel encogió los hombros, evadiéndose.

—Yo sí lo soy —le dijo Reece con suavidad—. Muy sensual. Y te he deseado desde el primer momento en que te vi.

—La primera vez que me viste yo estaba aplastada contra el

volante de mi auto, cubierta de sangre.

—Y yo te deseaba —su forma de mirarla la perturbaba.

—Ese tipo de deseo es nada más una función fisiológica, y yo no soy de las del Kama Sutra.

—Te deseo en todas las formas que es posible —insistió—. No quiero decir en todas las posiciones. No es sólo sexo lo que quiero de ti, Laurel. Yo…

—¿Podrías irte ahora? —se volvió, juntando las manos al frente —. Ha sido una noche muy traumática para mí; me gustaría estar sola ahora.

—Laurel…

—Por favor, vete, Reece.

—Está bien —aceptó—. Me voy. Es demasiado pronto para ti, me doy cuenta de ello, pero no creo que tú amaras a Gilbraith, Laurel, es sólo tu orgullo el que ha sido lastimado, y cuando te recuperes de eso, yo…

—El compromiso entre tú y yo será roto y podremos continuar nuestras respectivas vidas —lo interrumpió—. Te agradezco tu ayuda, y hace unos minutos pude haber sentido cierta curiosidad sexual acerca de ti, pero eso fue todo.

—¿Eso fue todo?

—Sí, eso fue —respondió ella con calma.

La miró en silencio por varios segundos.

—Estaré allí a las seis y media mañana.

—Sí —lo acompañó hacia la puerta.

—Yo no… ¡Oh Dios! ¿Para qué tienes todas estas cerraduras? —él miraba con incredulidad las cuatro que había en la parte interior de la puerta—. Esto no es Nueva York, ¿sabes?

—Hubo ya varios asaltos en este edificio en los últimos meses; las cerraduras son nada mas una precaución.

—¿Asaltos? No me gusta el sonido —dijo Reece, frunciendo el ceño.

—Nadie te preguntó si te gustaba o no —se irrito Laurel—. Yo me he cuidado sola desde que tenía dieciséis años, y ciertamente no necesito a un hombre fuerte y arrogante que pretenda arrojar su indudable peso en mi vida ahora.

—Espero que no quieras decir que estoy gordo —dijo indignado.

El era un nombre alto, de unas doscientas libras, tal vez un poco menos, pero no gordo, en absoluto, sólo era músculos y piel bronceada.

—Tal vez un poco —se burló ella—. Quizá no haces suficiente

ejercicio.

—Espero incrementarlo en el futuro cercano —dijo abriendo los ojos, flamas doradas en las profundidades café oscuro.

Laurel no pudo evitar que el rubor le cubriera las mejillas al entender la insinuación.

—Reece —dijo a manera de advertencia, mientras un hoyuelo aparecía en una de sus mejillas—. ¿Qué pasa?

—¿De veras soy fuerte y arrogante?

—Eso no es algo de lo cual sentirse orgulloso —dijo frunciendo el ceño—. La arrogancia no es una virtud.

—Sí es, cuando está combinada con la fortaleza —declaró él con satisfacción.

Laurel iba a discutir, pero lo pensó mejor, quería que se fuera esa noche no argumentos sobre sus virtudes o ausencia de ellas.

—Si tú lo dices —concedió.

—Quieres que me vaya, ¿verdad? —alzó sus oscuras cejas.

—Esa es la idea general —afirmó Laurel parada junto a la puerta.

—No te olvides de echar las cerraduras, ¡todas!, después de que me vaya —le tomó con cariño un lado de la cara—. No me gusta pensar en que vas a estar sola aquí cuando se sabe que hay asaltos por este rumbo.

—El mundo en que vivimos está torcido —afirmó Laurel.

—Avísame si soy demasiado sobre protector —se burló Reece.

Sabía que estaba bromeando, pero le dio una respuesta seria:

—Yo no necesito, ni quiero, que alguien me proteja.

—Te ibas a casar con Gilbraith —señaló razonablemente.

—Iba a ser una sociedad, no el matrimonio tradicional donde domina un macho —lo contradijo.

Iba a ser más que una sociedad de pareja. Ella y Giles iban a ser socios en los negocios también; habían empezado a serlo cuando Giles le pidió que confiara en él para ayudarla. Unos dos meses antes, empezaron a planear su fiesta de compromiso y ella había aceptado dejarle manejar algunas de las cuentas. Incluso habían arreglado en el banco la autorización para que él pudiera firmar los cheques. Hacía dos días ella recibió otro recordatorio por una de esas cuentas. No le dio importancia en esa ocasión y lo atribuyó al retraso en el correo por la Navidad. Ahora no estaba tan segura.

Capítulo 3

No sabía cómo pudo caer en semejante trampa. Ella creció rodeada de tipos interesados con los que su madre parecía estar constantemente involucrada. Siempre se sorprendió de que ésta no se diera cuenta de sus intenciones. En su mayoría ellos permanecían por unos dos meses, tomando lo que podían, antes de irse con otra encantadora mujer necesitada de amistad y un poco de amor.

Ella misma había necesitado compañía, si no precisamente amor, pero basaba su relación con Giles en el frío practicismo con que hacía todo lo demás. Y había sido burlada por él de la manera más natural, se dio cuenta ahora, al recordar sus calculadores ojos azules.

Se habían conocido seis meses atrás, cuando él vino a comprar un libro de computación que Laurel no tenía en existencia y, al ordenarlo, la invitó a salir. Desde luego, ella se negó; nada sabía acerca de él, excepto su nombre y que era muy guapo, con su pelo rubio y hermosos ojos azules.

Durante el verano ella se sentaba en una banca cercana a su tienda a tomar el almuerzo, en la plaza, donde había varios arbustos y flores. Giles empezó a reunirse allí y, debido a que ella lo conocía como un cliente, hubiera sido rudo ignorarlo cuando le hacía conversación. Encontró que le gustaba charlar con él, que los dos estaban muy interesados en los libros. Disfrutaban sus almuerzos juntos y aceptó salir con él la siguiente ocasión que se lo pidió. En los subsecuentes meses descubrió que no era un hombre que quisiera imponer cosas y que era cómoda su compañía. Tal vez la falta de imposición y la comodidad no eran cualidades que la mayoría de las mujeres buscara en una relación, pero a ella le parecían bien. Se dio cuenta de que Giles observó eso y cumplía su parte.

Él todavía estaba actuando, pero Laurel ya no iba dejarse engañar por eso.

—Te amo, Laurel —dijo disculpándose—. Sólo que la idea del matrimonio, me asusta.

—¿Y cuándo hiciste ese brillante descubrimiento? —preguntó mirándose uno al otro en la oficina de ella. Giles había llegado a las seis de la tarde, como ella había previsto.

—No seas dura, Laurel —reclamó en su acento escocés—. No me gustas cuando te portas así.

—Lo siento —dijo ella con sarcasmo—. Generalmente soy así cuando el hombre con el que me iba a casar no llega a nuestra fiesta

de compromiso.

—Estoy tratando de explicar…

—¿Explicar? —los ojos de Laurel relampaguearon de furia—. ¡Podías haberlo hecho anoche en lugar de mandarme esta nota! —se lanzó a través de la oficina—. Si no hubiera sido por Reece…

—No me habías dicho que tu hermanastro era Reece Harrington.

—No sabía que te interesara —respondió ella.

—¿Qué quieres decir? —respondió con resentimiento.

—Campbells me escribió el miércoles. No han recibido el cheque por la renta del próximo año, pero el importe fue sustraído de la cuenta de cheques. Lo comprobé esta mañana —entrecerraba los ojos—. También me aseguré de que tú no puedas sacar más dinero del mío.

—Laurel…

—¿Qué hiciste con el dinero, Giles? —preguntó fríamente—. Supongo que es mucho como para que lo hayas gastado —estaba encolerizada por su propia estupidez al preguntar eso; ¡por supuesto que lo había gastado!

—Si realmente eres la hijastra de Robert Harrington, ¿qué haces intentando vivir con esta tienda de mala muerte?

—La semana pasada esta tienda de mala muerte era una "mina de oro" —le recordó con sarcasmo, mirándolo desde su escritorio queriendo hacerle daño. Había sido otro largo día al final de una extensa semana; lo único que quería era recuperar su dinero y olvidar que alguna vez conoció a Giles Gilbraith.

—Tú no tienes por qué trabajar, si tu madre está en esa familia.

—Ya te había dicho que ella y yo no coincidimos —Laurel lo miraba como si fuera un extraño, y estaba sintiendo que lo era.

—Yo me vendería al diablo por semejante dinero —dijo él, carcajeándose.

Gracias a Dios él no supo antes acerca de los Harrington; ¡podía haber continuado con el plan de casarse con ella si hubiera sabido de su conexión con ellos!

—Probablemente un día te venderás al diablo —le dijo fríamente —. Ahora, ¿qué has hecho con mi dinero?

—No he hecho nada…

—No trates de mentir más, Giles —le dijo con cansancio—. Tú tomaste el dinero. Los dos lo sabemos.

Su máscala cayó completamente mientras la miraba a través del cuarto.

—Yo no tomé el dinero; tú me autorizaste a firmar ese cheque.

Nadie va a creer que fuiste obligada —la miró con desdén—. Tenía cuentas que pagar, y las pagué.

—¿De diez mil libras?

—Sí. Después de todo, tengo una esposa muy extravagante que mantener —aclaró él.

—Tú… ¿estás casado? —Laurel sintió cómo el color abandonaba sus mejillas.

—Bien casado —dijo con un gesto—. Pamela necesita muchas cosas. Y luego está Kevin.

—¿Tu hijo? —supuso, tragando con dificultad la saliva.

—Sí —confirmó Giles—. Nuestro hijo.

Nunca se le había ocurrido que Giles pudiera tener una esposa. Siempre tenía las tardes libres para que se encontraran.

—Pamela cree que estoy trabajando —adivinó Giles sus pensamientos—. Para mantenerla, junto con Kevin, en la forma en que están acostumbrados —se mofó.

—¿La amas? —Laurel había superado la náusea que sentía; no parecía que él pudiera querer a alguien.

—La amo con obsesión —aseguró—. ¿Por qué otra razón crees que me utilizo a mí mismo para ella?

—¡Pero nosotros no hicimos el amor! —dijo poniéndose rígida.

—¡Porque no pude!

—No estoy segura de haberte dado la impresión alguna vez de que yo te deseaba. Quiero que me devuelvas mi dinero, Giles —dijo cambiando nuevamente el tema.

—Ya te dije, no lo tengo —se encogió de hombros.

—Entonces le mejor es que lo encuentres. Y rápido —le advirtió con suavidad.

—¿O qué? —la desafió; una desagradable sonrisa curvó sus labios.

—O te voy a acusar de robo.

—¿Y qué pensarán los Harrington? ¡La hijastra engañada por unas miserables miles de libras!

—Para mí no lo son, y quiero que me las devuelvas.

—No puedo, porque no tengo —se volvió a encoger de hombros.

Ella no tenía dinero para reponer el que tontamente había permitido a Giles tomar, y si no pagaba la renta de su local, podría perder la tienda.

—¡No es posible que lo hayas gastado todo, Giles, te debe quedar algo! —insistió con desesperación.

—Lo último me lo gasté en un abrigo de pieles para Pamela,

como regalo de Navidad —sacudió la cabeza—. Por cierto, el anillo es de ella también, entonces quiero que me lo devuelvas —la miró con expectación.

Su audacia la dejó sin habla. La había embaucado, robado, para su compromiso le había dado un anillo que pertenecía a su esposa, y ahora tenía el atrevimiento de pedir que se lo devolviera.

—El gusto de tu esposa en cuanto a joyería parece ser tan malo como su gusto en hombres —afirmó.

—A ti te parecían bien las dos cosas hasta hoy —la furia brillaba en sus pálidos ojos azules.

—Yo creía que eras algo que no eres…

—Una mascota a la que podías mandar y tirar cuando no te hiciera falta —dijo él burlándose.

—¡No! —abrió los ojos con coraje.

—Un maldito eunuco que ocasionalmente tenía el privilegio de besar esos labios puritanos —la miró con disgusto—. ¡Tu compromiso con Harrington es tan gracioso como tú misma!

—Yo…

—Quiero que me regreses el anillo, Laurel —su voz era peligrosamente suave—. Yo lo hubiera tenido ayer si tú no lo hubieras recogido del taller de joyería.

—Te regresaré el anillo cuando me devuelvas mi dinero. No antes —suspiró desafiante.

—¡Ahora! —gritó.

—No, hasta que me devuelvas mi dinero —sacudió la cabeza suavemente—. Y, nada más como una curiosidad, ¿dónde cree tu esposa que está el anillo?

—En el taller de joyería, haciéndolo más pequeño, por supuesto.

—Por supuesto —sonrió sin humor—. Entonces va a ser un poco molesto para ti si no se lo devuelves, ¿verdad?

—¡Quiero el anillo, Laurel! —gritó amenazándola.

—Lo puedes tener —repuso—. Tan pronto como yo tenga mi dinero.

—¿Por qué tú?… —se interrumpió, y se volvió a ver, cuando escuchó que golpeaban fuerte a la puerta de la tienda—. ¿No puede leer el letrero de "cerrado"? —dijo Giles, mientras continuaban golpeando.

—Es Reece —Laurel se levantó—. Dudo que quieras que él escuche esta conversación —señaló con suavidad—. Entonces, aceptemos que hay un empate por el momento, ¿de acuerdo? Dije: ¿de acuerdo? —repitió ya que él no contestaba.

—No me voy a dar por vencido, Laurel —murmuró entre dientes.

—No te preocupes —afirmó ella riendo—. Yo tampoco.

Al abrir la puerta, vio a Reece que miraba con furia a Giles, aun en el momento en que todavía no entraba.

—¿Llegué tarde o él llegó temprano? —preguntó sin preámbulos, mientras Laurel cerraba la puerta tras él.

El frío lo acompañó al entrar, pese a que se veía tibio en un cómodo traje sport, con un grueso *sweater* verde y un abrigo negro. Raras veces Laurel lo había visto con una cosa distinta que no fueran trajes de trabajo o de noche, y su estilo informal de hoy de algún modo hacía más creíble su compromiso. Así lo esperaba ella, porque no podía soportar ni una humillación más en este día.

—Él llegó temprano —le dijo, observando cómo los dos hombres se miraban a través del cuarto. ¿Podría Reece darse cuenta, como ella no pudo, que era débil e interesado, que había fingido amarla, para planear su compromiso y poder robarle su dinero? ¿La compadecería Reece más ahora que había visto al hombre con el que había pensado casarse? Si así fue, no dio muestras de ello. Puso su brazo sobre los hombros de ella y la mantuvo a su lado.

—¿Sin resentimientos, Gilbraith? —observaba al hombre entrecerrando los ojos—. Tomé ventaja de tu ausencia y reclamé a Laurel para mí.

Eso sonaba como si el plantado hubiera sido Giles y Laurel esperaba ver qué reacción tendría él ante eso. Ella dependía de que no quisiera que Reece se enterara de que la había engañado robándole miles de libras. Por el momento, Giles parecía sostener una batalla interna para decidir si llamar a Reece mentiroso o tomar el camino fácil y aceptar lo que el otro hombre había dicho. ¡Esperaba que optara por esto último!

—Mientras Laurel sea feliz con la decisión —dijo, tras una pausa.

—Oh, sí es feliz —asintió Reece en tono confidencial—. Y me aseguraré de que lo siga siendo.

Laurel se preguntaba si su imaginación le hacía notar un tono de amenaza en esas inocentes palabras, pero una mirada a Giles le mostró que no se lo había imaginado; la ira oscurecía los ojos de su ex novio.

—Estoy segura que voy a ser feliz —se restregó contra el cuerpo de Reece—, contigo.

—¿Obtuviste lo que viniste a recoger, Gilbraith? —desafió al otro hombre y abrazó más estrechamente a Laurel.

Esta pensó que Giles iba a discutir eso y en seguida se irguió

atenta.

—Por el momento sí —sonrió con frialdad y encogió imperceptiblemente los hombros.

—¿Eso qué significa? —reclamó Reece con suavidad—. Debo advertirte que no voy a tratar amablemente a nadie que intente tomar algo que considero mío —esta vez no había duda de que era una amenaza.

—Conozco ese sentimiento —Giles mostraba sus inocentes ojos azules, mientras Laurel respiraba entrecortadamente—. Les deseo a los dos larga vida y felicidad —agregó—. Hasta luego —dijo directamente a Laurel, saliendo con un portazo.

Un silencio siguió a su salida y después Laurel miró a Reece. Se veía cansado por todo lo que había pasado en el día, hasta que sus ojos se encontraron con los de ella. ¡Entonces brillaron con reflejos dorados de deseo!

—¿Qué tal si me abrazas así otra vez?, ahora que estamos solos.

—¿Nunca piensas en otra cosa? —dijo ella volviéndose y caminando hacia su oficina.

Reece la siguió, como ella sabía que lo haría, con pasos largos y relajados.

—Junto a ti, no —contestó.

—¿Cómo conseguiste tener tus manos lejos de mí durante el último año? —Laurel se sentó ante su escritorio una vez más.

—No ha sido fácil —contestó con seriedad.

—Pero de algún modo has logrado resistir, ¿correcto? —lo miró con atención e incredulidad.

—De algún modo —accedió—. Pero no fue porque yo quisiera.

—¿Entonces, qué fue?

—La desilusión en tus ojos azules —dijo mirándola con firmeza.

El color iba y venía en sus ya pálidas mejillas.

—Y ahora estoy más desilusionada. Las rupturas de los compromisos tienen ese efecto —el orgullo no le permitía admitir que había sido embaucada por Giles.

—¿Qué pasó entre ustedes dos antes de que yo llegara? —preguntó mirándola de cerca.

—Casi nada —se evadió—. No hay mucho que decir cuando uno cambia de opinión respecto a casarse.

—¿Son ustedes… amigos otra vez? —probó a preguntar.

—¡No! —negó con dureza y al mismo tiempo intentando calmarse. Reece era demasiado astuto, demasiado interesado en lo que había sucedido entre ella y Giles para ser engañado si no se

sostenía a sí misma—. Nunca seremos amigos —agregó—. Gracias por ofrecer tu ayuda, Reece, pero como te había dicho, fue innecesaria —dijo restando importancia a sus propias palabras, deseando que se fuera.

—Esa no fue la razón por la que yo quería estar aquí —dijo con calma—. Me quería asegurar de que no había cambiado de opinión e intentaba convencerte de regresar con él.

—Yo no haría eso —aseguró.

—Quería estar seguro.

—Reece, ¡basta de eso! —dijo con cansancio. La noche anterior había dormido muy poco, preocupada por la deuda sin pagar y las consecuencias de ello. En vista de la actitud de Giles esta noche, iba a tener muchas jornadas insomne antes de que eso se arreglara—. No necesito fortalecer mi auto seguridad o cualquier cosa que estés tratando de hacer.

—Tal vez yo sí lo necesite.

Una vez más, lo miró con atención.

—Reece, cualquier cosa que vayas a hacer, detente —le ordenó.

—¿Hizo Giles mucho problema de esto?

—¿Problema con qué? —preguntó con suspicacia.

—No importa —Reece sacudió la cabeza—. ¿Terminaste tu trabajo aquí?

—Apenas he empezado. Tengo que hacer todavía las cuentas de este fin de semana.

Él miró su reloj de pulsera.

—Son casi las siete y nos esperan a cenar a las siete y media; ¿qué tal si te ayudo? —levantó las oscuras cejas.

Ella se levantó con resentimiento:

—Soy perfectamente capaz…

—Ya sé eso —dijo con buen humor—. No hubieras permanecido en el negocio cinco años si no lo fueras.

—¿Cómo sabes cuánto tiempo he estado en esta tienda? —lo miró, poniéndose en guardia.

—Amanda. ¿Dudas de mis capacidades? —interrogó levantando una ceja.

Sonrió abiertamente por primera vez en todo el día.

—¡Con dificultad!

—Negocios privados, hmm —hizo una cara.

—Sí —afirmó ella con brusquedad.

—En ese caso, iré a la casa a cambiarme, regreso y te llevo a tu departamento y entonces los dos estaremos listos —organizó.

—Yo acostumbro caminar a casa; no está lejos.

—Pero así será más rápido —insistió—. Te dejo para que cuentes tu dinero —bromeó.

Estaba un poco sorprendida de que él hubiera aceptado su decisión tan fácilmente, ya que no era el tipo de hombre que permitiera oposición a sus planes. Pero él lo había hecho, y quedó pasmada. Tal vez no era tan arrogante como siempre había pensado que era. ¡Pero así era! Estaba segura de que le había costado mucha fuerza de voluntad no imponerse sobre ella. Sin embargo, le restó importancia al recordar su método de seducción durante los últimos dos días, y si él pensaba que ella iba a caer en sus brazos como una ciruela madura para ser cosechada, se equivocaba. Estaba agradecida por lo que él hizo, pero no tanto. Había oído todo sobre el desfile de mujeres en la vida el heredero Harrington, y ella no se convertiría en una de la lista.

—¿Por qué tan pensativa?

Le dolía la cabeza en el lugar donde la había apoyado sobre sus libros de cuentas durante los últimos veinte minutos, todo el tiempo sumida en sus pensamientos, con la seguridad de que nunca tendría suficiente dinero para renovar la renta de su tienda para el siguiente año. No tenía ganas de ir a cenar, especialmente con su madre y con Robert. La última cosa que necesitaba durante las siguientes horas era la compañía de este hombre tan atractivo, pensaba, cuando él entró a la tienda. Mientras cerraba la puerta detrás de él, se encontró deseando que su saco de terciopelo café chocolate no se le ajustara tan bien a los hombros, y que sus pantalones no lucieran tan atractivos en sus angostas caderas y largas piernas. ¡Estando tan lastimada, podría hacer algo tonto antes de que la noche terminara! Y nada de ella iba a ser tomado por este hombre, ni su cuerpo, su corazón ni su alma. Y sabía que él reclamaría para sí las tres cosas si tuviera la oportunidad.

—Gilbraith no regresó, ¿verdad? —preguntó preocupado, ante la aprensión que sus ojos mostraban.

—Claro que no —negó con voz confundida.

—¿Terminaste aquí? —se restregó las manos para calentarlas—. Está empezando a nevar.

—¿De veras? —fue otra vez a la puerta y la abrió, dejando entrar el aire helado y algunos copos de nieve. Se estaba empezando a acumular en el suelo, dejando una ligera capa blanca sobre todo—. ¡Me encanta la nieve! —dijo con placer al regresar hacia Reece, inclinando la cabeza para sacudirse varios de los copos de nieve que

habían quedado en su tibia piel.

—Te reto a una pelea de bolas de nieve más tarde —dijo Reece, acercándose a ella en el quicio de la puerta.

Los ojos de ella brillaron con traviesa maldad al verlo hacia arriba.

—Estás hablando con la campeona de cinco años de las peleas con bolas de nieve —le advirtió.

—¡Dios, Laurel, eres hermosa cuando te dejas llevar! —murmuró antes de tomarla en brazos y buscarle la boca en una sensual caricia, despacio, con erotismo, succionándosela completa.

El estilo de Reece de hacer el amor era desconocido para ella, siempre atrapándola descuidada y vulnerable. Él la acarició despacio en la espalda mientras el beso se hacía más profundo y lento. Los dedos de Laurel recorrían con nerviosismo cada lado de su cara mientras intentaba resistirse a la urgencia de tocarlo, sin tener éxito. Las yemas de sus dedos le tocaron la dureza de las mejillas, los pómulos y el delicioso hoyuelo. Era un rasgo gracioso en un rostro, que de otro modo podría parecer duro y a ella le encantaba.

—¿Sigo yo después de ti?, socio —una voz ronca de hombre interrumpió sus caricias.

Se separaron abruptamente, Reece mirando al muchacho que se burló, mientras Laurel regresó a la tienda, dándose cuenta de que una vez más se había dejado llevar por el sensual placer de ser abrazada por Reece Harrington.

—No es peligroso, Laurel —le dijo siguiéndola dentro de la oficina, cuando el muchacho se fue.

—Ya sé. Sólo que… no debería haber pasado.

—¿Por qué no debería?

—Dios, Reece, ¡me iba a comprometer con otro hombre anoche!

—Pero eso no ocurrió.

—Pero iba a ocurrir —insistió.

—Tú no amabas a Gilbraith, Laurel —le dijo en tono de confidencia.

—¡Tampoco te amo a ti!

—Fue sólo un beso, Laurel —razonó.

—Parece que ha habido muchos —lo miró de reojo.

—A mí me gusta besarte. Y no digas que no te gusta advirtió—. ¿O te tengo que demostrar que estás equivocada? —agregó burlándose—. Además: ¿no sabes que tu nariz va a crecer si dices mentiras?

El sentido de lo ridículo que ocasionalmente desplegaba, no

concordaba con la imagen del sereno banquero que era durante el día, y eso era lo más desconcertante de todo.

—Tal vez eso no sería malo en mi caso —ella no estaba a gusto con su pequeña nariz.

—Yo creo que tu nariz es adorable así como está —dijo Reece mientras ella tomaba su abrigo y se preparaba para salir—. Es la única cosa que me hace tener esperanzas acerca de ti.

Lo miró despacio, mientras deslizaba sobre su hombro la cinta de su bolso de mano.

—¿Esperanzas de qué? —preguntó con precaución.

—La niñita que hay en ti que intenta salir detrás de toda esa lógica y ese practicismo —la sujetó del brazo mientras salían al frío viento, la nieve caía todavía, el pavimento resbaloso a sus pies—. Ella intenta salir a cada rato y es la que quiere jugar con bolas de nieve, no la que solamente catalogó cada faceta de la naturaleza de Gilbraith antes de decidir casarse con él. ¡Desperdiciaste todo ese tiempo, Laurel!.

—¿Qué quieres decir? —lo miró con atención.

Mientras ella entraba al auto, él mantuvo abierta la puerta, porque el viento amenazaba con cerrarla y golpearle las piernas.

—Ese catálogo que hiciste de Gilbraith no te permitió evitar que él decidiera que no quería ese tipo de matrimonio.

—Yo no hubiera considerado casarme con Giles si no hubiera estado segura de él —se defendió cuando él entraba en el auto después de ella.

—¿Ah, no? —se burló Reece.

—¡No! —respondió al sarcasmo.

—En ese caso, te has recuperado maravillosamente de su deserción —dijo Reece.

—Como tú, yo no voy a justificar mis acciones.

Porque no podía. Después de años de observar al crédulo corazón de su madre llevarla de un hombre al siguiente, de una relación a otra, había decidido casarse por razones que no incluían al amor. Tenía veintiséis años, un negocio exitoso, muchos amigos, pero su vida privada era todavía solitaria. Un esposo, un esposo apropiado que no le exigiera demasiadas cosas, emocional o físicamente, había parecido como el paso lógico para borrar sus sentimientos de soledad. No tenía miedo de los hombres o de una relación física con ellos, sólo no intentaba dejar que su vida fuera regida por la pasión y el amor a un hombre que podría no merecerlo.

Pero Reece tenía razón, se había equivocado en relación a Giles.

El golpe agregado de saber que estaba casado, le mostraba qué tan mal la había juzgado, que nunca pensó en casarse con ella, que sólo manejó la idea de casarse para persuadirla de darle la oportunidad de tomar el dinero, que ese fue su objetivo todo el tiempo. ¡En la práctica, había sido tomada por tonta, mucho más de lo que su madre había sido!

Reece se sentó en la sala mientras ella fue a su recámara a tomar un baño y cambiarse. Sin duda, la decoración verde y crema que había en el departamento era demasiado práctica y ordenada para él también.

Estaba un poco cansada de su ordenada existencia, y tomó un vestido de tarde púrpura, cuya brillante falda se le ajustaba sobre las caderas y era larga hasta el suelo; el corpiño sin mangas, *strapless*, se amoldaba a sus curvas. Ella vio que ese modelo en Diana, la Princesa de Gales, había causado furor en color negro durante su compromiso con el Príncipe Carlos. Decidió que le encantaba el vestido y buscó uno que se le pareciera lo más posible. Su estilo era intemporal, podía haber sido usado cien años antes o en cualquier momento desde entonces, y nunca parecía fuera de moda. Dejaba sus cremosos hombros y brazos desnudos, el ajuste del corpiño revelaba la suave prominencia de sus senos sobre la seda púrpura. Se peinó el cabello suavemente sobre la cara y agregó un poco de maquillaje, pues, sabía que sus ojos habían tomado el color púrpura del vestido, su boca reluciente e invitante.

—Llamaré a los papas y les diré que no podemos ir —Reece se levantó mientras ella entraba a la sala, mirándola hipnotizado por su belleza como si no pudiera retirar de ella los ojos—: Preferiría quedarme aquí solo contigo —agregó con calma, su hambrienta mirada devorándola—. Y tener el placer de quitarte, despacio, ese vestido.

—¿No te gusta? —deliberadamente fingía no entender. El vestido la hacía sentirse una mujer de otra época.

—Me encanta —suspiró.

—Lo encargué exactamente como el original —dijo con satisfacción—. Excepto por el color. El negro es un poco severo para mí.

—Vi el original. Diana no se veía más hermosa que tú.

—Considerando que ella una vez fue señalada como la mujer más hermosa del mundo, te lo agradezco —Laurel hizo una graciosa inclinación de cabeza.

—¿No podría comprobar que eres más hermosa sin el vestido? —

preguntó Reece esperanzado.

—¿Qué estás pensando? —lo miró sin pestañear.

—Mejor nos vamos a la casa antes de que Amanda y papá me anoten en su lista negra. Por cierto —le dijo mientras le ponía el chal de terciopelo sobre los hombros—, cuando te estabas cambiando —¡y qué cambio!— estuve mirando tus libros.

—No hay uno que hable de tórridos romances —señaló al bajar hacia el auto. Sabía que no tenía un volumen de idílicas pasiones en el librero de la sala porque su colección privada estaba en su recámara y ningún hombre había sido invitado a ella.

—Sin embargo, encontré algo interesante —aceptó que no había novelas románticas.

—¿Sí? —el carro estaba todavía tibio desde su viaje anterior, pero Laurel tenía frío y se acurrucó en su chal de terciopelo.

—Sí. Una copia muy leída de *Un cuento de Navidad,* de Charles Dickens —dijo mirándola con expresión traviesa.

—Es un clásico —señaló sin avergonzarse—. También es una de mis historias favoritas.

—Y mía —admitió él sorpresivamente.

—En ese caso, espero que retires lo que dijiste acerca de que me parecía a Scrooge —dijo con severidad.

—Es verdad. Nunca te he oído decir *Bah* o *Humbug* —bromeó.

—Y tampoco me importa mucho el dinero.

—No, no estás sujeta por el dinero —aceptó—. La vajilla que le ofreciste a Amanda y a mi padre como regalo de boda era muy bonita… y cara.

—¿Eh?

—Había algo más, mucho más importante, que no dejaba a Scrooge vivir —murmuró Reece.

—¡Sus relaciones con la gente!

—Ahora suenas como él —Reece frunció el ceño.

—Reece, si es acerca de mi relación con Amanda…

—Sólo en parte. También es en relación a Gilbraith. Podría decir que él estaba mal para ti desde el momento de conocerlo. No había profundidad en él, no…

—Voy a tolerar tu opinión. Pero considerando tus propias relaciones que han fracasado, no creo…

—¿Quién dice que han fracasado?

—No te has casado —se encogió de hombros bajo el chal de terciopelo.

—Porque no he querido.

—Yo también he permanecido soltera por mi gusto.

—Son dos decisiones distintas —sacudió la cabeza—. Yo estoy buscando amor, tú lo estás evitando.

No le gustaba la percepción de él o sus constantes comparaciones entre ella y el hombre que, hasta que fue visitado por tres espíritus que le enseñaron el error de su forma de vida, había estado sin cariño para nadie. Ella no era de esa manera. ¡No era!

—Si esta cena va a ser al menos agradable, mejor detente aquí —advirtió.

—Scrooge tampoco escuchaba, hasta que era casi demasiado tarde —recordó Reece.

Lo tocó en el brazo mientras sus manos descansaban en el volante, y él volvió la cabeza para mirarla.

—Nada más me estoy asegurando de que no eres un espíritu —bromeó.

—Muy graciosa —sonrió sin rencor—. Pero te haré caso; ¿quién soy yo para decirte cómo vivir tu vida?

Sí, ¿quién? Era el primer hombre que la había besado y logrado bloquear de su mente el pasado, el presente y el futuro, mirando sólo a Reece mientras éste la arrastraba en ese sensual olvido. ¡Tal vez él era el Fantasma de la Navidad! Su vida no era la misma desde que irrumpió en ella la noche anterior.

Su madre se veía hermosa en un sencillo pero elegante vestido blanco; Robert, tan guapo como siempre mientras permanecía al lado de su esposa para dar la bienvenida a sus invitados. Cuando Laurel se reunía eventualmente con ellos para cenar, nunca se sentía como parte de la familia, a pesar de que los dos Harrington intentaban siempre hacerla sentir así, y Reece estaba presente cada vez que ella aceptaba ir a esas esporádicas cenas íntimas. Ellos siempre habían cenado con la familia, Reece nunca había llevado a ninguna de sus múltiples amigas y Laurel nunca sintió la inclinación de traer a Giles o alguno de sus amigos.

—Bueno, al fin ustedes dos han tenido algo de sentido y se han comprometido —Robert los saludó, con evidente felicidad por la nueva relación entre ellos—. Yo siempre pensé que estaban hechos el uno para el otro. Se necesitó otro hombre para hacer que te dieras cuenta, ¿hmm, hijo? —bromeó con Reece.

—Pero me quedé con ella al final —estrechó la mano de su padre—. ¡Y eso es lo importante!

Comparada con otras cenas familiares, esta fue muy buena, todos estuvieron relajados, Reece demasiado, a veces, por lo que concernía

a Laurel, tocándola y acariciándola constantemente, besándola varias veces en los labios.

Amanda y Roben estaban deleitados con esas muestras de afecto entre sus hijos y les sonreían con indulgencia. Laurel creyó ver lágrimas en los ojos de su madre una vez, pero descartó la idea, porque le pareció ridícula; Amanda era demasiado egocéntrica para llorar porque creyera que su hija había encontrado la felicidad.

—Además de su divorcio de tu padre y los difíciles años posteriores, ¿hay alguna otra razón por la que tú odies a Amanda? —probó Reece con suavidad en el camino a su casa.

—Yo no odio —dijo ella ruborizándose mucho.

—¡Oh, sí, tú odias —insistió—. Nunca antes me había dado cuenta de hasta dónde llega ese sentimiento, pero esta noche lo vi.

—¿No fueron suficientes esas cosas? —ella, enfrentaba a un hombre que parecía conocerla casi tan bien como se conocía a sí misma, desistió de negar su desamor hacia su propia madre. Se había sentido observada en el pasado, pero no se daba cuenta de lo transparente que era para él.

—Tal vez al principio hubo un natural resentimiento de tu parte —dijo encogiéndose de hombros—, pero después de eso las circunstancias las deberían haber acercado en lugar de separarlas. Se necesitan dos para decidir el fin de un matrimonio, Laurel, pero nunca he oído alguna frase de resentimiento dirigida hacia tu padre.

—Él está muerto —ella no lo vio más desde que se fue a América, y fue informada de su muerte por carta, demasiado tarde para ir a su funeral.

—Ya sé eso —le dijo Reece con amabilidad—. Pero antes de que ocurriera, ¿no lo odiabas?

—Él no quería que se terminara el matrimonio; fue la decisión de Amanda —recordó con voz cohibida.

—Cuando ya no amas a alguien, generalmente es la cosa más sensata que puedes hacer —Reece reconoció con calma.

—Yo perdoné a mi madre por no amar a mi padre, desde hace muchos años —aseguró Laurel—. Sólo que… ¡No puedo olvidar que también separó a Dan de mí! —estaba encolerizada, con Reece por forzarla a revivir aquella triste época y, con ella misma, por la forma en que su voz se quebraba—. Eso fue muy cruel —dijo, controlando sus emociones—. Y no sólo eso, también fue muy egoísta.

—¿Dan era… tu amante? —las palabras parecían arrancadas de él a la fuerza.

No le causó sorpresa saber que Amanda no les hubiera hablado a

Reece y a su padre acerca de Dan; ¡todo demostraba cuan egoísta era su madre! Pero así como la culpaba por haberla separado de Dan, no mostraría a Reece su crueldad.

—Yo lo amaba —evitó responder directamente a la pregunta.

—Suena como si todavía lo amaras —Reece fruncía el ceño cuando estacionó el auto fuera de su casa.

—Sí —confirmó, sabiendo que no importaba qué tan mal fueran las cosas entre ella y Dan cuando la había visitado; siempre lo amaría, el lazo entre los dos nunca se rompería.

—¿Es demasiado tarde o está casado o algo, ahora?

—No, no está casado, pero es demasiado tarde —dijo mientras recordaba las fricciones que hubo entre Dan y ella cinco años atrás. Sí, era demasiado tarde para que ellos pudieran encontrar el cariño y compañerismo que una vez conocieron.

—¿Por eso estabas dispuesta a establecer esa tibia relación con Gilbraith?

Hablar de Giles le recordó el terrible dilema en que la había puesto, y por algunos minutos no quería pensar en ello. Al salir del auto, esperó a que Reece caminara alrededor de él antes de lanzarle, directo a la cabeza, la nieve que había recogido. Se rió ante la cómica expresión que hizo, mientras la nieve se le esparcía por el cabello y la cara.

Él se recuperó con rapidez de la sorpresa, y se inclinó para recoger nieve en reciprocidad.

—Así que quieres jugar —lanzó una bola de nieve en dirección de Laurel.

Ella era demasiado veloz para él, y se inclinó, de modo que el níveo proyectil cayó detrás de ella sin lastimarla. Recogió más nieve mientras se inclinaba, y se la arrojó a Reece desde su posición un nivel más abajo. Dio en el blanco por segunda vez, alcanzándolo en el pecho en esta ocasión, y la camisa blanca se le pegó a él a la piel, mientras la nieve se derretía con el calor de su cuerpo.

—¿Por qué pequeña?…

—Campeona —sustituyó la palabra no pronunciada, mientras evitaba ser alcanzada.

—¡Vamos a ver eso! —empezó Reece a lanzarle bolas rápidas y furiosamente, haciendo que algunas dieran en el blanco. Los dos estaban fríos, mojados ¡y radiantes!, después de unos minutos—. ¡Me rindo! ¡Me rindo! —gritó él finalmente, con el pelo tan mojado que parecía acabado de salir debajo de una regadera—. Tú eres la campeona —gritó mientras caían cada uno en los brazos del otro—.

Pero yo soy el ganador —anunció en son de triunfo derramándole un puño de nieve dentro del escote.

—¡Y yo soy la vencedora! —le dijo Laurel, bromeando, antes de echarle un montón de nieve dentro de la cintura de los pantalones, riéndose mientras él daba un grito e intentaba sacarse la nieve—. Por favor, cariño —dijo con seriedad, cuando una pareja de mediana edad les dirigió una mirada de extrañeza al pasar—. Al menos espera a que lleguemos arriba.

Puso atención y se ruborizó cuando vio que tenían público, y aceptó la idea de entrar al edificio.

—¡Diablilla! —murmuró él entrechocando los dientes, muy incómodo, mientras subían por el ascensor.

—Yo tengo el pecho lleno de nieve derretida —le recordó que él había empezado, mirándolo con grandes e inocentes ojos.

—Te diré una cosa —dijo Reece en un susurro conspirativo—. Yo te quito a ti la nieve, si tú me quitas la mía.

—Yo pensaba que el "ascetismo congelante" te habría enfriado el deseo —dijo ella riendo.

—Mi deseo está un poco más que congelado —se quejó—. Pero un poco de amor puede remediarlo.

—Siempre el optimista, ¿o debería decir el oportunista? —dijo al salir del ascensor precediéndolo y riéndose de la forma en que caminaba—. De veras, Reece, tú… ¡Oh, Dios mío! —se detuvo abruptamente al entrar en su departamento, sin poder creer lo que veía.

Ya no era la habitación tranquila que ella tenía: libros, muebles, ropa, todo se encontraba esparcido en el suelo, nada estaba en su lugar, ni siquiera los muebles.

Esa no podía ser su casa; tal vez estaba en un departamento equivocado. Pero su llave abrió la chapa y las cosas tiradas por el cuarto, definitivamente eran suyas.

Se sintió asustada, invadida y enferma, en ese orden. Se sintió como si alguien hubiera entrado en su privada y la hubiera expuesto desnuda ante el mundo. No sabía si iba a soportar las náuseas.

—Laurel, ¿qué es esto? —Reece se había detenido detrás de ella —. ¡Dios mío!… —dijo incrédulamente, y su brazo, por instinto, cubrió los hombros de ella al verla temblar—. ¿Quién haría algo así? —movía la cabeza ofuscado.

—Con permiso —alcanzó a decir Laurel con voz estrangulada antes de correr hacia el baño, derramando lágrimas al vomitar.

Unas manos fuertes la sujetaron de los hombros, y la volvieron

enterrándole su cabeza contra su pecho, sosteniendo sus movimientos de protesta.

—Voy a arruinar tu saco —gemía ella.

—¿Crees que una cosita como esa podría evitar que por fin pueda abrazarte? —dijo con una amable sonrisa.

Sabía que estaba intentando hacerla sentir mejor y lo lograba un poco, pero todavía tenía que salir de este cuarto y enfrentar a todo su mundo desparramado en la alfombra. ¡Dios, hasta sus macetas habían sido vaciadas sobre el suelo!

Empujó los brazos de Reece y fue a enjuagarse la cara en agua fría, sin sentirse mejor, pero sabiendo que otra vez se controlaba. Se habían divertido tanto en la calle, que subir y ver todo este horror parecía casi increíble.

—No toques las cosas —le advirtió Reece cuando ella recogió una figurilla rota.

Lo miró con duda, y parpadeó deslumbrada.

—Tenemos que llamar a la policía —le explicó él con suavidad —. Puede haber huellas digitales.

Ella no necesitaba huellas digitales para saber quién había hecho esto. Era obvio que Reece creía que el asaltante que había entrado en otros departamentos del edificio había escogido el de Laurel en esta ocasión. Pero ella tenía más elementos. El asaltante no había destruido otras casas en la forma como la suya había sido esta noche.

Aquí hicieron una meticulosa búsqueda, y después se fueron. La persona que estuvo aquí buscaba algo específico, como un anillo.

Giles…

Capítulo 4

Ella estaba tan segura de que había sido Giles como si éste hubiera dejado una tarjeta de visita. Y todo para nada, porque el anillo había estado en su bolso a su lado toda la tarde. Ella decidió llevarlo consigo en vista del valor que él le había atribuido. Aun ahora, estaba en su bolsa. No pensó que Giles estuviera tan desesperado como para regresar y hacer algo así.

Se sentó a un lado de la ventana mientras Reece llamaba a la policía. Dejó que él se hiciera cargo y permanecía sentada junto a la ventana cuando la policía llegó un poco después. Laurel contestó a sus preguntas. Cuando le dieron permiso de revisar el lugar, descubrió que varias piezas de joyería de fantasía habían sido tomadas, y para sus adentros felicitó a Giles por su ingenuidad. Si nada hubiera faltado, él hubiera sido señalado. Giles confiaba en que el orgullo no le permitiría a Laurel admitir que había sido engañada, dándole dinero, como una idiota hambrienta de amor, para mantener su silencio. Y tenía razón. Ella no podía decirle a alguien lo tonta que fue acerca de él.

—Ven a casa conmigo —le dijo Reece con firmeza después de que la policía se fue.

Ella veía el caos de su departamento.

—¿Y qué haré con todo esto? —gimió.

—Vendremos mañana juntos para limpiar todo —prometió él.

—No creo que pueda ver a Amanda y Robert otra vez esta noche —dijo sacudiendo la cabeza.

—Dije conmigo, Laurel —puso el chal blanco otra vez sobre ella—. Ya te dije, mi ala de la casa es por completo separada de la de ellos.

Sabía que no podía quedarse aquí esta noche y, además, no quería estar sola.

—Gracias —aceptó con calma, agradecida realmente por la forma en que se encargó de todo.

—Para eso son los novios —bromeó al ver que ella titubeaba—. No te voy a lastimar.

Él no era el novio en el que había pensado cuando no pudo evitar un estremecimiento involuntario. Tenía que ver a Giles y pronto, y no lo podría hacer, necesitaba tiempo para recuperarse de esto.

—Vámonos —se levantó repentinamente—. No —rechazó cuando él recogió uno de sus camisones del suelo—. No podría usar

eso ahora que él… ellos, lo han tocado —tembló al recordar que Giles podía haber tocado su ropa más íntima. Ahora no podría tolerar eso junto a su piel.

—Tienes razón —Reece soltó el sedoso artículo—. Nada más vámonos. Puedo ir y tomar prestado uno de Amanda para ti.

—Preferiría que no lo hicieras. Podrían hacer preguntas y… y yo no podría hoy hablar acerca de esto.

—No te preocupes. Ya inventaremos algo después —le colocó su mano protectora en la parte de atrás de la cintura.

Confió en él, y se dejó llevar dócilmente, sin que la tibieza del auto la tocara. Lo que había sucedido la afectaba, más que por sentir que su dinero fue robado y el hecho de tener consigo todavía el anillo de Pamela, porque al final tenía que admitir que había sido extremadamente estúpida. Tal vez debería decírselo a alguien.

—¿Reece?—.

No, a él menos que nadie, pensó estremeciéndose.

—Todo está bien, querida —Reece confundió su estremecimiento como una reacción por la destrucción de su casa—. No voy a dejar que alguien te vuelva a lastimar.

Era un pensamiento agradable, pero no era tonta para creer que fuera cierto. Giles no había tenido éxito en conseguirlo que quería esta noche, pero iba a regresar. Si el anillo era tan importante para él, tal vez debería devolvérselo; no podría soportar que algo semejante volviera a pasar. Pero su dinero, ¿qué acerca de su dinero? Sin el anillo no tendría oportunidad de lograr que se lo devolviera, y lo necesitaba con desesperación.

Eran casi las dos de la mañana cuando se había bañado y entró a la habitación adjunta, uno de los cuartos de huéspedes en el ala de la casa, que correspondía a Reece. De algún modo, Laurel se sentía sucia y manchada por el toque de Giles, y a pesar de lo tarde de la hora, había necesitado limpiar su cuerpo, si no podía hacer lo mismo con su corazón y su alma. Sólo negros pensamientos podía albergar acerca de Giles.

Reece le había conseguido algo de ropa para ponerse, y se estaba asegurando el último botón de una camisa blanca de seda de él, cuando unos suaves golpes en la puerta precedieron su entrada.

—Yo no uso pijamas, entonces sólo pude conseguirte una de mis camisas de seda —su mirada color miel se movía sobre ella lentamente—. Me gusta cómo te queda —dijo cariñosamente. La camisa le llegaba a las rodillas, el hombro le quedaba arriba de los codos, y las mangas tuvo que enrollarlas para que sus manos

quedaran visibles. Se veía rara. Tan grande como una casa… ¡y a Reece le gustaba!

—Gracias. Podría haberme ahorrado el gasto en el vestido púrpura y usar esto.

—O nada —sonrió—. Estoy seguro que sería más sensacional.

—Causaría sensación —lo corrigió.

—Yo sé lo que quiero decir —dijo Reece, abrazándola de la cintura y apretándola contra sí—. Yo creo que tienes un cuerpo hermoso, Laurel…

—Por favor —suspiró dándose la vuelta—. Quiero estar sola ahora.

—Por supuesto —al instante, la soltó y sonrió amigablemente—. Estoy en el cuarto de junto, y si necesitas algo, un vaso de agua, alguien con quien hablar, cualquier cosa, yo… Laurel, corazón, ¡no! —dijo al verle la cara contraída, que las lágrimas empezaban a fluir y su cuerpo estremecido por los sollozos.

No ofreció resistencia cuando Reece la tomó en brazos. Había intentado enfrentar valientemente las cosas, pero, ¡Dios!, estaba asustada por lo que había pasado esta noche. Era una debilidad, y ella despreciaba cualquier signo de aquélla, pero Reece era tan fuerte, sus brazos tan seguros, que por primera vez desde que tenía once años buscó apoyo emocional en un hombre.

—Siento como si fuera a mí a quien violaron —ocultó su cabeza contra el pecho de Reece, segura en la cálida oscuridad—. Así es como me siento, Reece —se estremeció. ¡Violada!

—Lo sé, Laurel —le sacudió el cabello con suaves movimientos —. Pude verlo en tu cara cuando entré y me di cuenta de lo que había pasado. Sólo estaba tratando de divertirte ahora. Yo…

—¿Entonces, no crees de veras que mi cuerpo es hermoso? —intentó bromear.

—Estoy seguro de que lo es —dijo con gentileza, aunque parecía preguntarse qué tan cerca estaba ella de derrumbarse—. Pero también tengo la certeza de que no es el momento adecuado para que yo lo compruebe.

—Pero no puedo quedarme sola esta noche —le dijo con voz adormecida, mirándolo con los ojos llenos de lágrimas—. Necesito alguien.

—Necesitas el aliento de la presencia de alguien —coincidió—. Dame unos cuantos minutos para bañarme y yo seré ese alguien.

—¿Usarás mi baño? —tragó con dificultad; el solo pensamiento de quedarse sola la llenaba de pánico. Sabía que mañana se sentiría

apenada por esta dependencia, pero en este momento lo necesitaba.

—Usaré tu baño —asintió sonriendo—. Pero tengo que ir por Fred; a él tampoco le gusta quedarse solo en la noche.

—¿Fred? —frunció el ceño al oír el nombre—. No me había dado cuenta de que tuvieras mascotas. ¿Es un peno o un gato?

—Más bien es un osito de peluche harapiento —admitió.

Agrandó los ojos ante la idea de que este hombre pudiera todavía llevarse con él a la cama un oso de peluche. La novedosa idea hizo que casi olvidara sus propios problemas. Entonces se dio cuenta de que eso era lo que se suponía que le pasaría.

—Estás bromeando —protestó.

—Palabra de *scout* —negó indignado, haciendo el gesto apropiado.

—No permiten bribones como tú en los *Boy Scouts*.

—Yo conseguí mi lugar regalando una tienda para los campamentos.

—De algún modo creo eso —asintió—. ¿De veras hay un oso de peluche llamado Fred?

—Sí —afirmó Reece, con aire de libertino—. Pero ha estado guardado en una caja debajo de mi cama durante los últimos veinticinco años, desde que descubrí que era más interesante abrazar a las muchachas. Mi madre insistió en que lo conservara porque, dijo, me gustaría dárselo a mi propio hijo. Pensé que podría necesitarlo hoy para que me protegiera. Después de todo, ¡quién sabe qué puedas hacer con mi cuerpo cuando me duerma! —la miró con ojos inocentes—. Fred asegurará que tú te quedes de tu lado de la cama.

Entendió que le estaba diciendo que podría dormir sin ser tocada en su lado de la cama, si quería, y agradeció esa consideración.

—Tu honor estará a salvo conmigo —le aseguró—. De cualquier modo, puedes traer a Fred.

Se metió a la cama cuando él salió del cuarto, nuevamente controlada, a pesar de que su piel todavía se encogía cuando pensaba acerca de la destrucción de su apartamento. ¿Cuál sería el siguiente movimiento de Giles ahora que no había logrado encontrar el anillo? Él no podía seguir engañando a su esposa por más tiempo.

¿Esposa? Todos los meses, desde que lo conocía, ni siquiera lo sospechó. Y un hijo también. ¿Qué clase de padre era? Él decía que no le gustaban los niños, y sonaba convincente. Pero todo lo que dijo durante su relación parecía sincero.

—Cuida a Fred hasta que yo regrese —Reece le entregó su oso de

peluche.

No había bromeado cuando describió al oso como "harapiento": Una oreja parecía haber sido cosida varias veces, su boca estaba ladeada y las costuras empezaban a deshacerse, la nariz de botón colgaba de unos cuantos hilos, y lo que una vez fue una hermosa piel dorada, era ahora mate y lisa por el uso.

Laurel tomó con cariño al oso en sus manos.

—Debiste quererlo mucho —dijo ella con calma.

—Pensando acerca de ello me siento un poco culpable por la rapidez con que fue metido en una caja y guardado —aclaró—. Después de que por años él también me quiso con fidelidad.

Laurel no pudo evitar sonreír ante la apariencia de niño arrepentido en su expresión. Era un hombre de contradicciones, estuvo aprobando y desaprobando en la tienda ayer por la tarde, salió en su defensa con su falso compromiso cuando Giles la abandonó, la molestó toda esta tarde manejando que la deseaba, tomó control de la situación en cuanto llegaron a su departamento, fue gentil desde entonces, no hizo insinuaciones ni preguntas estúpidas cuando le pidió que pasara la noche con ella, como otro habría hecho en similares circunstancias. Era como muchos hombres envueltos en uno, el amigo, el hermano, el amante… no, ¡el amante, no!

—Tal vez Fred sea suficiente compañía para mí después de todo —dijo evitando verlo directamente—. Parece un oso capaz de ahuyentar a mis dragones —murmuró suavemente, sosteniendo al osito.

—Lo es —admitió Reece—. Pero no muy bueno para acariciar.

—Está bien. Yo tampoco lo soy —rió y se mostró confusa cuando su mirada se encontró con la de él—. Pero si me quedo, no voy a forzarte —prometió—. De ninguna manera.

No estaba preocupada por él y los dos lo sabían. Ella era la vulnerable esta noche, y no quería arriesgarse a una relación que a la luz del día siguiente no le gustara.

—Fred estará bien conmigo —deliberadamente evitó la pregunta de sus ojos—. Prometo que no intentaré cambiar la lealtad que te guarda.

—Si me necesitas, sabes en dónde estoy —dijo Reece.

Cuando la puerta se cerró detrás de él, Laurel se dio cuenta que lo había lastimado rechazando su ofrecimiento de comodidad, había visto la tristeza en sus ojos. Más que un hombre de contradicciones, era complicado.

Se arrepintió por haberlo herido después de que fue tan amable haciendo lo que ella quería, y sintió deseos de correr tras él y decirle lo mucho que lo necesitaba. Pero la última vez que le dijo a alguien que lo necesitaba y le pidió que se quedara, de todos modos la abandonó: Dan. Y su padre antes de él. Ella se podría arreglar sin la ayuda ajena, ¡y menos la de Reece Harrington!

Pero no podía dormir. Todavía se sentía amenazada. Se levantó y caminó por el cuarto e intentó interesarse por los volúmenes que había en el librero, pero no pudo. Finalmente, tomó de su bolsa el anillo. Parecía ser la causa de sus problemas recientes. No era una sortija bonita. El rubí y los diamantes de alrededor eran pesados para la delgada cinta dorada.

—Creí que te había dicho que me llamaras si me necesitabas —Reece estaba parado en la puerta, el pelo un poco alborotado, porque estuvo acostado; su bata café se le ajustaba a la cintura, sus piernas fuertes y bronceadas, estaban cubiertas de fino vello oscuro.

Laurel le dirigió una mirada culpable, y cerró los dedos sobre el anillo que aún sostenía.

—No te necesito. No puedo dormir, eso es todo.

—¿Qué estabas haciendo cuando entré al cuarto? —los ojos de Reece se entrecerraron.

—¿Haciendo? —sus cejas se arquearon interrogativamente.

—Sí —caminó a través del cuarto, sacó las manos de los bolsillos de su bata para tomar las de ella, y le separó los dedos—. ¡Gilbraith!

Lo observó mientras él recogía el anillo para examinarlo.

—Sí —confirmó.

—Creí que se lo habías devuelto —con los ojos entrecerrados, la miró.

—Yo… él olvidó todo respecto al anillo cuando tú llegaste —su voz se quebraba ante la mentira.

—Él no vale la pena, Laurel —sus ojos relucían con brillos dorados.

—Yo no…

—Ya sé que crees que no es asunto que me importe —se colocó el anillo en su bolsillo y acercó sus brazos a ella—. Pero no quiero que se te rompa el corazón por él cuando crees que nadie podrá verte. Él no era ni la mitad de bueno para ti.

—Tú, ¿qué?…

—¿Sabes acerca de eso? —terminó Reece la frase—. Sé muchas cosas más de lo que tú crees. Por ejemplo, sé que nunca dormiste con Gilbraith.

—¡Si me dormí o no, nada tiene que ver contigo! —lo miró airada.

—Claro que sí tiene que ver —razonó él con calma—. Si no te acostaste con Gilbraith y lo estuviste viendo durante seis meses, eso me muestra que tengo que ser muy amable contigo cuando hagamos el amor, y que no debo apresurarte cuando lo que necesitas es que te ame despacio y largamente.

—Nosotros no vamos a hacer el amor… —empezó con frialdad.

—Pero sí vamos, Laurel —dijo Reece en tono confidencial—. Con seguridad lo vamos a hacer —murmuró.

—¡No!

—No puedes dormir, y yo tampoco puedo…

—¡Esa no es razón para que brinquemos juntos en la cama!

—No vamos a brincar —sonrió Reece; y para demostrar su punto de vista la tomó en brazos, la recostó suavemente en la cama antes de acercarse a ella y empezó a desabrocharle los botones de la camisa que usaba—. Intento hacerte el amor de hoy en adelante por lo menos una o dos veces por la noche, y otra vez en las mañanas.

—¡Reece! —gimió mientras la tibieza de la mano de él se movía en la parte desabotonada de la camisa y le tomaba uno de los senos —. Reece, tú no puedes…

—Desde luego que puedo. Y claro que puedes necesitar descansar un poco cada vez, estando fuera de condición, pero te aseguro que tengo suficiente deseo para que me dure toda la vida.

—Eso no era lo que quería decir —sacudió la cabeza—. No podemos…

—Desde luego que podemos —dijo él otra vez, jalando uno de los hombros de la camisa, marcando despacio con su boca un camino hasta el pecho de la joven.

—¡Re… eece! —suspiró al sentir la tibia humedad de la boca de éste en un pezón, su lengua moviéndose rítmicamente al sentir que el seno se le endurecía—. Dijiste que no me forzarías —recordó.

Reece la miró con ojos cariñosos.

—No te estoy forzando. Nunca he forzado a ninguna mujer porque sea más fuerte que ella.

—¿Entonces?…

—Estás lista para esto, querida —insistió con firmeza, desabotonándole toda la camisa y sus ojos profundamente dorados al mirarla completa—. Eres hermosa, Laurel —dijo casi con reverencia.

Al mirarle ella a los ojos se sintió hermosa, cada nervio, cada

pulgada de su cuerpo se sentían vivos al ser tocados por esa mirada. Sabía lo que él estaba viendo: pequeños y vivos senos, una pequeña cintura, caderas angostas, piernas largas. Los senos le dolieron y su interior femenino se puso al instante húmedo y caliente.

—¡Reece! —externo su confusión ante las nuevas emociones que la recorrían.

—No te voy a lastimar, Laurel —urgió ásperamente—. Nunca te voy a lastimar. Sólo te quiero amar; me puedes detener si algo no te gusta.

Sabía que él pensaba en lo ocurrido con Frank Shepherd y se dijo que lo detendría en unos minutos, que sólo quería perderse en esa tibieza un momento, para sentir su deseo. Pero cuando la boca de Reece reclamó nuevamente su pecho, los muslos de Laurel se arquearon invitantes y los minutos desaparecieron.

Ya no tenía camisa. Se sentó y lo ayudó a quitarse la bata, la fuerza de la boca de Reece en sus senos, una vez que estuvo desnudo también, la hizo caer débilmente sobre su pecho y sus bocas se fundieron, húmedas.

Los pezones de él reaccionaron tan fuerte como los de ella, cuando con los labios le acarició los duros y oscuros nudos y continuó besándolo a lo largo del pecho hasta la cintura, encantada por la forma en que el cuerpo de Reece se estremecía ante sus caricias. Pudo sentir la dureza de su deseo contra el pecho, lo sintió palpitar y deseó capturarlo en su tibieza.

—Reece, necesito…

—Lo sé —le alisó el cabello y le miró a los ojos—. Quiero hacer esto agradable y lento, Laurel, quiero hacerlo tan bien que la próxima vez tú lo desees tanto como yo, pero tú necesitas esto ahora —la haló sobre él y comprobó su humedad—. ¡Y el cielo sabe que te he necesitado desde hace mucho tiempo!

—¿Reece? —apenas tuvo tiempo de preguntar antes de que él la colocara a horcajadas y penetrara en ella completamente rasgando la delgada barrera en su camino. No podía soportar la mirada de pena en los ojos de él cuando se dio cuenta de lo que había pasado —. Me siento bien, Reece —cubrió su cara con besos—. Haz que me sienta mejor todavía —lo invitó con cariño, sabiendo que en ese momento él podría hacer cualquier cosa que deseara.

No preguntó por que había permanecido virgen hasta los veintiséis años, sólo la acercó a sí y sus besos la llenaron con tan dulce intensidad que la hacía sentir como si llorara. Entonces empezó a moverse dentro de ella, suavemente primero, para no

causarle dolor, y después con más fuerza cuando ella le pidió que lo hiciera, sujetándola suavemente por la parte de atrás para ayudarla a mantener el ritmo que había impuesto, mirando directamente en sus ojos, mientras ella sentía que algo tibio y excitante que casi la quemaba; lanzó la cabeza hacia atrás, ante la fuerza de la explosión, dentro y alrededor de ella, y su espalda y cuello se arquearon fuera de control. Al mismo tiempo, oyó que Reece gritaba y su cuerpo se estremecía una y otra vez en medio de un placer que parecía no tener fin.

Laurel cayó débilmente sobre el hombro de Reece, sentía que el cuerpo le dolía en una forma extraña y maravillosa. El letargo que vino luego era de extenuación, más que de cansancio. Se durmió sobre él.

Fred estaba cerca de su mejilla cuando despertó, y por algunos minutos olvidó dónde estaba, sonriendo al sentir su cuerpo relajado. Entonces recordó lo que había ocurrido la noche anterior.

Se levantó de un salto y Fred cayó. No había rastro de Reece; en el cuarto, ni siquiera la bata que ella había tirado en el suelo la noche anterior. Tampoco venía sonido alguno del baño adjunto.

Pero sabía que ningún sueño podía ser tan vivido. Tampoco había imaginado que durmió en sus brazos.

Ahora recordó que él la despertó al comienzo de la madrugada, que le hizo el amor lenta y lánguidamente, llevándola a alturas que nunca pensó que existieran. Había alcanzado el límite del placer sensual dos veces más, una por las caricias de su boca y la siguiente por el poderoso empuje de su cuerpo. Y ahora lo deseaba de nuevo.

Estaba más allá de su comprensión por qué reaccionó así ante ese hombre. Sin duda su inexperiencia había aumentado su propio placer. Sabía que los hombres encontraban muy excitante ser el primer amante de una mujer, y en consecuencia su maestro en el arte del placer sensual.

Entonces ¿por qué la dejó así? Si la había encontrado tan excitante, debería estar a su lado esta mañana.

La incertidumbre la dominó. Tal vez la encontró tan inexperta que quiso irse antes de que ella despertara. Ese pensamiento la irritó. Se dio cuenta de que fue un error que hicieran el amor y aparentemente Reece llegó a la misma conclusión. La sedujo, y se fue para no decirle la desilusión que constituyó para él. Eso sólo reforzaba su opinión de que el sexo era una parte menor en una

relación, que una vez satisfecha la curiosidad sexual, nada quedaba. Podía agradecerle a Reece por enseñarle eso, aunque deploraba la forma en que se lo enseñó.

Volvió la mirada a la puerta al oír que ésta era abierta con cuidado. Una de las sirvientas la miraba con curiosidad.

—Espero no haberla despertado —la joven se veía preocupada por haberlo hecho.

El rubor cubrió las mejillas de Laurel, se sentía como una mujer que Reece hubiera llevado casualmente a casa para pasar la noche.

—No, ya estaba despierta —contestó deseando poder salir de la cama, pero no podía, consciente de su desnudez.

—El señor Reece me dijo que cuando usted despertara le trajera el desayuno, pero que no la molestara —dijo la sirvienta, sonriendo.

—No me molestó —le aseguró Laurel—. ¿Dónde está Reece?

—Tuvo que salir —contestó la muchacha—. ¿Qué quiere que le traiga de desayuno? ¿Huevos con tocino? ¿Champiñones? ¿Salchichas? —miraba a Laurel interrogativamente.

—Pan tostado y café estarán bien —aceptó sin evitar estremecerse ante el pensamiento de un desayuno caliente.

—¿Está segura? —la sirvienta se veía preocupada de nuevo. Sin duda Reece tomó un abundante desayuno antes de salir, e indicó a la muchacha que se asegurara de que Laurel también lo tomara. ¡Alimentarla antes de deshacerse de ella!

—Bien segura —afirmó—. ¿Dijo Reece cuándo va a regresar?

—No. Sólo que lo esperara. Pronto le traeré su desayuno —sonrió.

—Gracias —Laurel se dejó caer sobre los cojines cuando la puerta se cerró. Entonces Reece iba a regresar. Tal vez ella no fue una desilusión, después de todo.

Ella no había sido una desilusión. Mentiría si lo dijera. Después de la perversión de Frank, evitó todo involucramiento físico con los hombres y no tuvo dificultad para lograrlo, hasta la noche anterior.

Reece no le provocaba la misma frialdad que otros ante el pensamiento de una relación física. Diferentes hombres intentaron combatir esa falta de interés, y fracasaron; sus respuestas hacia Giles eran mecánicas, a pesar de que nunca la tocó. Entonces, ¿por qué Reece era tan diferente? Tal vez porque no había aceptado sus negativas. Pero esa forma de aproximación la dejó fría siempre en el pasado. Esa no era la razón. ¿Cuál era la diferencia con Reece Harrington? No tenía duda de la respuesta que un psiquiatra daría, pero se negaba a aceptarla para ella. ¡No estaba enamorada de

Reece Harrington!

Cuando estuvo debajo de la regadera, con el agua cayéndole como diamantes,. Laurel recordó que la noche anterior Reece había guardado el anillo de Giles. Envolvió en una toalla su cabello húmedo, se puso la camisa que Reece le había prestado y buscó por la habitación. La sortija no estaba. Reece dijo que su recámara estaba junto. Afortunadamente encontró la puerta abierta.

Era un cuarto cálido y atractivo decorado en café, naranja y crema. Los muebles eran masculinos y no demasiado austeros y la cama doble parecía más que capaz para sostener el peso y la estatura de Reece. Habían estado un poco apretados la última noche en la cama normal de ella.

El cuarto estaba muy limpio, pero no ordenado. Algunas ropas tiradas sobre una silla, un libro abierto en la mesa de noche, varios pares de zapatos amontonados debajo de una cómoda. Evidentemente la servidumbre tenía órdenes de limpiar, pero no ordenar. La cama fue tendida después del breve descanso de Reece durante la noche anterior. Los dedos de Laurel sintieron el deseo de arreglar el lugar; ella era muy ordenada.

Pero no había venido para corregir el desorden de Reece. La bata que él usó la noche anterior era una de las prendas tiradas sobre la silla. Hurgar en la ropa de alguien era algo que normalmente no hubiera hecho, pero necesitaba ese anillo si quería poder presionar a Giles de algún modo. Los bolsillos de la bata estaban vacíos.

Tal vez Reece también olvidó el cintillo esta mañana y se cayó cuando tomó la bata. Puso éste otra vez en la silla y se arrodilló para buscar en la alfombra color durazno. La sirvienta ya había limpiado el suelo, pero podría ser que se hubiera caído debajo de la cama. ¡Tenía que estar en algún lugar!

—Sé que te pedí que me esperaras —una voz sorprendida murmuró desde detrás de ella—, pero ni en mis fantasías más salvajes pensé que te encontraría esperándome en mi cuarto.

Sintiéndose culpable, Laurel se incorporó, aunque permaneció todavía arrodillada. La toalla se le había caído de la cabeza desde tiempo atrás y el cabello le descendía sobre los ojos. Rubio y corto, se lo secó en ondas que ella meticulosamente estiraba cada vez que lo peinaba. Se veía muy joven, casi infantil, y su voz era aguda.

—¿En dónde has estado? —dijo, poniéndose de pie.

—Fui a comprar una copia del Kama Sutra —entró en el cuarto y cerró la puerta tras él—. Después de anoche, creo que estás lista para él.

Se ruborizó al recordar su entusiasmo ante cada acto placentero que Reece le enseñaba.

—¿Se te acabaron las ideas? —preguntó desafiándolo.

—Lo que siento cuando te miro puede hacer que invente algunas que el Kama Sutra ni se imagina —sonrió, mirándola con ternura y emoción.

—¿En dónde has estado, Reece? —evitó su mirada ardiente; la calma que fingía se traslució en la calidez de su voz.

—En tu departamento —reveló Reece.

—¿Para qué? —el pánico se le reflejó en la cara.

—Laurel…

—¿Tomaste mi bolso para conseguir las llaves? —se dio cuenta con indignación—. ¿Con qué derecho tomas mis cosas personales?

Levantó las cejas, mirando a su alrededor, y recordó con ese gesto que era ella la que fue encontrada hurgando en la recámara de él.

—No te preocupes —dijo al ver que se ruborizaba—. No tengo nada que esconder.

—Yo tampoco —dijo indignada.

—¿No? —preguntó suavemente.

Laurel lo miró sabiendo que él había encontrado algo. ¿Pero qué? Nada que la incriminara había dejado y la carta de Campbells estaba en su bolso de mano, entonces…

—Encontré los libros. Laurel —le dijo Reece.

—Yo no guardo mis libros de cuentas en mi departamento —negó sacudiendo la cabeza.

—No me refiero a libros de cuentas —rió—. ¿Nunca piensas en algo más que el trabajo?

Como había pasado la mayor parte de la mañana pensando en él, ignoró la pregunta.

—¿Por qué estuviste hurgando en mi casa?

—No estuve hurgando, me puse a limpiar.

—¿Limpiar?

—Poniendo las cosas nuevamente en su lugar —explicó más concretamente—. Como pareces ser una persona que gusta de holgar en la cama toda la mañana, me levanté y decidí que uno de nosotros debería normalizar tu departamento.

—Tú.

—Mmm —asintió—. Desde luego, no he puesto todo en el lugar que estaba, principalmente porque no sé dónde va todo. Pero aunque esté mal que yo mismo lo diga, hice un buen trabajo.

—¿Tú has estado ordenando mi departamento? —miraba el caos de la recámara de él.

—Sólo porque no soy el señor Neat…

—Seguramente no eres —dijo ella con desdén.

—No trates de cambiar el tema, con mi gusto por el desorden ordenado —la miró desafiante—. Eso no me hará olvidar los libros —agregó seductor.

—¿Qué libros? —preguntó Laurel con impaciencia.

—Grandes, románticos, bestsellers —reveló con satisfacción—. Parece que se salieron de una repisa en tu recamara.

—No tienes derecho de andar espiando —lo acusó.

—Laurel, yo sólo puse los libros de regreso en la repisa —razonó —. Pude darme cuenta de qué tipo de libros eran por la cubierta que tienen.

Ella apretó la boca al pensar que Giles también vio esas románticas historias de piratas y villanos, que siempre lograban domar a la heroína para, en la siguiente página casarse con ella. A lo largo de los años había aprendido que observar los gustos de libros de una persona era como mirar a ésta. Reece, evidentemente, pensaba lo mismo.

—No te sorprendas yo también soy un romántico.

—¿Tú? —preguntó enojada.

—Te perdono tu escepticismo porque no me conoces muy bien todavía. Pero yo soy un romántico. Sabía que te gustaría…

—Por el momento nos encontramos —concluyó ella con cinismo —. Por favor, Reece, ahórrame eso. Sólo dame el anillo y me iré.

—¿El de Gilbraith? —preguntó enojado.

—Sí, claro, la sortija de Giles —dijo con impaciencia—. Tú la tienes, ¿no?

—Sí. Pero…

—Entonces dámela y seguiré mi camino.

—El anillo estará a salvo conmigo hasta que acuerdes otra cita con Gilbraith para que lo venga a recoger —le dijo con arrogancia.

—Quiero que me lo regreses, Reece, ahora.

—No lo puedes tener —se encogió de hombros—. Lo guardé en la caja fuerte. No tendrás que preocuparte por esa maldita cosa si está guardada y segura.

—Es mi anillo y…

—Corrección: es el anillo de Gilbraith —Reece la interrumpió suavemente—. Cálmate, Laurel —advirtió al notar que parecía a punto de explotar —te voy a dar otro en reemplazo.

—¿Un qué? —preguntó con controlada violencia.

Él hizo un gesto y buscó en el bolsillo de su chaqueta. Sacó una pequeña caja y abrió la tapa de ésta.

—Creo que esto es una mejora del anillo de Gilbraith —dijo con afectación.

¡Cualquier mujer que no pensara así, con seguridad estaba loca! Una sencilla tira de oro sujetaba el diamante más perfecto que Laurel hubiera visto en su vida, sus múltiples facetas brillaban a la luz de la mañana invernal. Miró la cara expectante de Reece.

—No esperas que use esto, ¿verdad?

Se encogió de hombros mirando el anillo con arrepentimiento.

—Creí que era magnífico, pero si no te gusta…

—Desde luego que me agrada, pero no voy a usarlo sólo para que la gente se convenza de nuestro compromiso —dijo disgustada—. Ponlo de regreso en la caja fuerte con las demás joyas de la familia.

—Esto no es una joya de familia. Lo compré ayer para ti.

—Estoy segura de que el joyero aceptará que se lo regreses.

—Por lo menos mídetelo —la animó—. Nada más para ver si tengo el tamaño correcto.

—Reece…

—Por favor.

Él había usado exactamente el tono que utilizó en los momentos máximos de su amor la noche anterior, y sin una palabra ella le tendió la mano para que él le deslizara el anillo en el dedo.

—Perfecto —sonrió—. No, no te lo quites —dijo al ver que pretendía devolvérselo.

Laurel estaba confundida por su vehemencia, pero se congeló en la acción.

—Es una superstición que tengo. No quiero que te lo quites ahora que lo he puesto en tu dedo.

—Dijiste que sólo me lo probara…

—Deja de dar tantos argumentos, Laurel —la regaño—. Estamos comprometidos y seguiremos estándolo —anunció con determinación.

—Reece…

—Tengo mis propias razones para querer que este compromiso sea real —dijo desafiante—. Y así será.

—Me interesaría saber cuáles son esas razones —lo miró con fijeza.

—Estoy seguro de que te interesará —dijo él, sonriendo—. Mi primera razón es muy sencilla, alguien entró en tu departamento

anoche…

—Y como resultado de eso… dormimos juntos —se exasperó al suponer la razón por la que había mencionado el asalto—. No voy a decir que lo de anoche no ocurrió…

—Creo que te conozco un poco como para suponer que no lo harás —interrumpió Reece con gentileza.

Laurel lo miró con enfado y continuó:

—Iba a decir que en vista de que ninguno de los dos puede olvidar lo que pasó anoche, hay que aclarar qué no queda sentimiento alguno de responsabilidad de mí hacia ti. Ocurrió —estableció—. Y eso es el fin de todo.

—No, no es —le dijo él de manera confidencial.

Laurel lo miró entrecerrando los ojos.

—Las posibilidades de que quede embarazada…

—No son suficientes para que yo insista en que el compromiso se convierta en real —concluyó él con paciencia.

—Entonces, ¿por qué?…

—No has oído mi segunda razón para continuar comprometidos.

—¿Cuál es? —Laurel lo miró con atención.

—Me gusta estar comprometido contigo.

—¿Qué? —lo miró incrédula.

—Me agrada estar comprometido contigo —repitió con firmeza—. Me gusta estar y platicar contigo y que pertenezcamos el uno al otro.

—¡Reece, yo no quiero estar comprometida contigo!

—Hay otra razón por la que quiero que continuemos el compromiso —dijo gravemente—. Tengo que hacerte ver lo equivocada que estabas respecto a Gilbraith, por buscar compañía en lugar de amor.

—Y voy a aprender eso contigo, ¿no?

—Ya lo estás aprendiendo… Fuiste una mujer ardiente y vibrante anoche en mi cama.

—Eso fue… —el color le cubrió las mejillas.

—Laurel, yo te deseo mucho. Y te voy a enseñar cuánto te hubieras perdido casándote con Gilbraith u otro hombre como él. No te preocupes —la reprendió—. La romántica que sé que hay en ti va a amar al romántico que hay en mí.

—Reece, yo no puedo…

—No trates de combatir eso, Laurel —le advirtió—. Anoche te entregaste a mí y si no hubiera otra cosa, eso me da derecho a continuar este compromiso hasta que puedas aceptar qué

equivocado hubiera sido para ti casarte con Gilbraith.

—Anoche yo estaba trastornada…

—Estuviste trastornada antes —Reece sacudió la cabeza—. Eso te impidió ir a la cama con otro hombre y entregarte en la forma que lo hiciste. Tú me perteneces ahora, Laurel. Hasta que yo diga otra cosa.

Capítulo 5

Estaba loco. Se le habían perdido algunos tornillos, probablemente, cuando le arrojó bolas de nieve. Entonces, ¿por qué, dos horas después, estaba usando todavía su piedra en el dedo?

Laurel rechazó la invitación de Reece de pasar el día juntos. Él insistió en llevarla a su casa y dejarla allí. Milagrosamente, ella aceptó sin discutir.

¿Por qué tenía aún el anillo de diamante en su dedo? ¿En qué consistía su condenada superstición? ¿Caerían muertos los dos si se lo quitaba? En verdad, tenía miedo de quitárselo.

Desde que regresó a su departamento, el trabajo la mantuvo calmada. Reece hizo muy buena labor poniendo casi todo en el lugar adecuado. Y sin embargo, podía sentir la presencia de Giles en todo; tenía la impresión de qué todas sus cosas estaban sucias, y que si las tocaba se ensuciaría también. Era como si hubiera ocurrido un saqueo en ella misma.

Pero el asunto Reece volvía continuamente a ocupar sus pensamientos. Un romántico, se había definido él mismo, y pese a ello se sentaba todo el día detrás de un escritorio del banco de la familia. Pero un banquero serio no habría tenido tanta diversión como tuvieron lanzándose bolas de nieve uno al otro. Sin embargo, sabía que era frecuente que con bromas escondiera su arrogancia y que no importaba cómo hiciera las cosas, siempre salían en la forma que quería. Él protegería lo que creía suyo, y por el momento la consideraba una más de sus posesiones. Y si esperaba ella tener alguna oportunidad de lograr que Giles le devolviera su dinero, tendría que parar las cosas con Reece de inmediato. Necesitaba ser accesible a Giles si él venía a verla otra vez. ¡Si Reece no fuera más insensible que un rinoceronte, ni tuviera la piel tan dura!

No importó cuántas veces le dijo, en el camino a su departamento, que no podía permitir que trataran este compromiso como si fuera real; al despedirse, él le dijo que la recogería a las siete y media para cenar. Era peor que insensible. Pero ella era una mujer independiente, ó hasta el momento lo había sido, ¡y no necesitaba que un macho sabelotodo llegara a trastornar su vida! Con esa maldita arrogancia que utilizó para decirle que tomaría su compromiso como verdadero hasta que él decidiera otra cosa. Una noche juntos y él pensaba tener el derecho de manejar su vida a gusto, ser el príncipe azul de los sueños de cualquier mujer. Debería darse cuenta, por la historia de su familia, que el dragón siempre

destruía al príncipe.

Pero no podría evitar verlo hasta que le devolviera el anillo; necesitaba tener éste antes de hablar con Giles. Carecería de forma de presionarlo sin el cintillo que él quería que le devolviera.

Anoche con Reece…

Con impaciencia sintió la necesidad de irse de su departamento. Estar aquí la hacía preguntarse qué había pasado anoche con Reece. La tienda… Siempre había cosas que hacer en ella, especialmente después de una agitada semana; iría a ordenar las cosas, sacudir y hacer una limpieza a fondo.

Todo se veía normal. El lugar no fue alcanzado por los acontecimientos de los últimos dos días. Ella se perdió rápidamente entre las cosas que más amaba en el mundo: sus libros. Hacía mucho descubrió que podía perderse entre las tapas de cualquier libro, que la realidad de su mundo desordenado dejaba de existir. Amanda sabía que un libro podía capturar a Laurel por horas y le había proporcionado una cantidad interminable de ellos, particularmente cuando creció y de la escuela llegaba a casa. Laurel pensaba que la lectura era una forma de mantenerla lejos del camino de Amanda, pero como le encantaba leer no le importó la razón por la que le dieron libros.

Ese amor por ellos continuó en su vida adulta, y le dio la carrera ideal cuando recibió dinero después de la muerte de su padre, ocho años antes. Ni un momento dejó la responsabilidad de su librería, a partir de entonces.

No era una tienda grande, pero estaba bien ubicada, tenía un constante abastecimiento de libros populares y sus contactos con los editores le permitían conseguir casi cualquier título que se le solicitara. Se hizo de buena clientela en los últimos años, y no podía imaginarse haciendo otra cosa que trabajar en su librería. Por eso, el pensamiento de no lograr que su dinero le fuera devuelto le producía un escalofrío en la columna vertebral. Podría quedarse aquí esta noche, donde se sentía cómoda y como en casa. Además, regresar a su departamento, aún la ponía nerviosa.

El sofá de piel junto a una pared de su pequeña oficina no era el mueble más cómodo para dormir. Era demasiado corto y muy duro; la calefacción se había descompuesto en la tienda hacía mucho tiempo, por lo que se puso encima un abrigo para calentarse. Aquí se sentía segura y a salvo de amenazas. Sus párpados se cerraron y finalmente se durmió.

—En dónde has estado toda la noche?

Laurel torció la boca ante el enojo impaciente de Reece, notorio a través del teléfono cuando la llamó a la tienda a la mañana siguiente . Brevemente regresó a su departamento para bañarse y cambiar de ropa. Faltaban diez minutos para la hora de abrir la tienda; la llamada de Reece no era una sorpresa para ella. Después de todo, el romántico que aseguraba ser revisaría a la novia que lo había plantado la noche anterior.

—Reece, ¡qué lindo de tu parte llamarme tan temprano!

—Para nada es "lindo" —dijo con controlada violencia—. ¿En dónde has estado?

—¿Estado, Reece? —fingió ignorancia.

Más reprensiones vinieron por el teléfono.

—Deja de actuar, Laurel. Te llamé anoche por teléfono varias veces…

—No recibí llamada alguna —negó con voz de confusión.

—Claro que no la recibiste. ¡No estabas ahí! —gritó con impaciencia.

—¿No estaba?

—Lo sabes perfectamente bien… Laurel, ¿en dónde estuviste? —reclamó furioso.

—No he estado en otro lugar, Reece —le aseguró.

—No me mientas —estalló—. Cuando no contestaste a mis llamadas fui a tu departamento.

—¿Fuiste? —ahora hablaba con cautela.

—Golpeé, la puerta hasta que una de tus vecinas salió y me dijo que era evidente que no estabas en casa —la regañó irritado. Me sentí como un condenado tonto.

Laurel podría creerlo. Hubiera sido asombroso verlo.

—En especial cuando la mujer también me informó que te habías ido hacía una hora y que no habías regresado —continuó.

—¡No estaba enterada de que mis movimientos eran vigilados por mis vecinos! —se enojó—. Tal vez debería pensar en mudarme —le molestaba la idea de que la gente del edificio en que había vivido los últimos cinco años supiera tanto de sus movimientos.

—Mejor deberías pensar en decirme en dónde estuviste toda la noche. ¿Con Gilbraith? —reclamó furioso.

—Tienes que saber que él es la última persona que quisiera ver ahora —su respiración se hizo entrecortada y su mano temblaba en la bocina.

—¿La última persona? —preguntó Reece con suavidad, sospechoso ante su vehemencia.

Laurel se enojó consigo al darse cuenta de que era mayor el rencor hacia Giles, que la frialdad que quería aparentar.

—Él me plantó —señaló con dureza.

—Yo creía que esa expresión se usa cuando lo dejan a uno esperando en la iglesia.

—Nuestros planes de matrimonio estaban tramitándose. Yo… no quiero hablar de Giles Gilbraith o de los proyectos que hicimos juntos. No lo vi anoche.

—Entonces, ¿a quién viste?

—A nadie —contestó con brusquedad—. Ahora tengo que abrir la tienda…

—No he terminado de hablar contigo…

—Nos encontraremos a las siete y media. Podemos hablar entonces. Si es que se necesita —murmuró.

—Oh, sí se necesita. Esta conversación está lejos de terminar.

—Reece —dijo con suavidad antes de que él pudiera colgarle el teléfono, como su agresividad parecía anunciarlo—, además del hecho de que tú eres desordenado y yo no, te gusta levantarte temprano y a mí no, hay algo más que debes saber acerca de nosotros.

Por un momento hubo silencio, después un cauto "¿sí?"

—¡Tienes un vil genio y me molesta que me griten! —lo enfrentó —. Pero parece que hay una cosa que tenemos en común. A los dos nos gusta decir la última palabra, ¡y en este momento la victoria es mía! —azotó el teléfono antes de que tuviera oportunidad de decir más, un poco esperando que él llamara nuevamente, sorprendida cuando no lo hizo. Después de todo, a los dos les gustaba decir la última palabra. El teléfono quedó silencioso.

La mañana comenzó ocupada y continuó de ese modo. Laurel contestó muchas veces el teléfono y, antes de las once, mecánicamente recitó el número de la tienda a manera de respuesta:

—¡Sólo recuerda. Laurel, yo soy el que trata de ayudarte! —dijo Reece antes de colgar abruptamente.

Miró el aparato en silencio. ¿Ayudándola? Tomar su vida, actuar como un novio posesivo, ¿era a lo que él llamaba ayudarla? ¡Estaba loco!

—Laurel —Polly llamó su atención—, este caballero pregunta por un libro que ordenó.

Colgó la bocina del teléfono con movimientos controlados y puso

una sonrisa en sus labios antes de volverse hacia el cliente. Sabía que si Polly lo llevaba era porque había problemas para conseguirle el libro. Tenía razón, y le tomó varios minutos calmar la indignación del caballero.

Tan pronto como éste se fue, Laurel levantó el auricular y marcó con precisos y abruptos movimientos.

—Haz algo por mí, Reece —dijo entre dientes cuando reconoció su voz—. ¡No me ayudes! —por segunda vez en el día azotó el teléfono, esperando que el sonido le lastimara los oídos a él.

—No sabía que estuviera tan enojado —dijo Polly.

—¿Quién? —todavía tenía expresión fiera.

—El hombre que acaba de salir… —dijo Polly confundida.

—No estaba —hizo un esfuerzo por calmarse—. No, después de que le expliqué las dificultades que teníamos.

—Entonces ¿por qué?… —Polly sacudió la cabeza, dándose cuenta por la expresión de Laurel que la razón de su enojo no tenía que ver con el cliente y que no era de su incumbencia—. Reece se está volviendo posesivo, ¿verdad? —dijo con certeza.

—¿Qué? —una sombra de enojo apareció sobre los ojos de Laurel.

—Tu anillo —Polly lo miraba con admiración—. Las muchachas están emocionadas con el tamaño del diamante —agregó a manera de explicación.

—Pero el tamaño de la piedra en el anillo no significa que el que te lo regala es un gran hombre.

—No quise decir…

—Sé que no quisiste —suspiró enojada consigo por descargar en la pobre e inocente de Polly su frustración con Reece; era natural que mostrara interés en un anillo como ése. —Estoy un poco tensa —se disculpó.

—Ajetreos con los preparativos de la boda —asintió Polly con comprensión—. Es mucho trabajo, ¿verdad?

—Terrible —concordó con vehemencia al recordar qué difícil era tratar con Reece.

—Me imagino que el repentino compromiso de Reece fue una sorpresa para algunas personas —murmuró Polly.

—¿Sí? —se puso tensa nuevamente.

—En el banco —aclaró Polly—. Después de todo, se supone que los banqueros son serios, que no caen en impulsividades.

¿Por qué no lo había pensado? Después de anunciar su compromiso de manera tan repentina, Reece aparecería muy

estúpido si lo terminaba con igual rapidez. Tal vez había una mujer en la vida de Reece a la que él estaba intentando engañar. No era el estilo de Reece; él se lo diría a una mujer si no la quisiera más. Pero quizá no querría aparecer impulsivo dos veces en tan corto tiempo. Debió confiarle su dilema en lugar de inventar tantas cosas sin sentido acerca de enseñarle a ella sus errores.

—Gracias por las rosas.

Laurel se volvió a ver a Reece, admirando cómo la chaqueta se le ajustaba a éste en los hombros y la cintura, la forma como su cabello oscuro le rozaba el cuello blanco de la camisa de seda. Siempre se vestía con muy buen gusto. Nadie podía discutir eso.

—Sin embargo, se supone que yo soy el romántico —dijo mirándola a través de la mesa cuando se sentaron a cenar.

—¿No te gustan las rosas blancas? —arqueó una ceja.

—Me encantan. Pero todo el personal se levantó y tomó nota cuando la joven entró en mi oficina con ellas.

—¿Tienes idea de lo difícil que fue conseguir un florista que las entregara en fecha tan cercana a la Navidad? —lo censuró Laurel.

Él cubrió con su mano las de ella.

—Estoy más interesado en por qué las enviaste.

—No tenía tiempo de dejar mi tienda y llevarlas yo misma —se encogió de hombros.

—¡Laurel! —dijo él con tono reprobatorio.

Desde que llamó al florista, Laurel se había arrepentido del impulso que la hizo mandarle media docena de rosas.

—Me di cuenta de que tal vez no fui totalmente justa contigo —admitió de mala gana—. Después de todo, tú me estás ayudando. No ha de ser fácil para ti estar comprometido conmigo.

—¡Oh, no es fácil! —admitió con gravedad, mientras su mirada desmentía su tono serio.

—Reece, hablo con sinceridad —reclamó ella.

—Me doy cuenta de que lo eres —se puso serio y frunció el ceño—. ¿Te importaría decirme qué no es justo y qué no es fácil para mí?

—El predicamento en que te pusiste en el banco cuando anunciaste nuestro compromiso para salvarme de la humillación… —y como estaba agradecida hacia él, le había enviado rosas como una disculpa por su comportamiento irracional; había supuesto que jamás una mujer le había enviado flores.

—¿Predicamento? —elevó sus oscuras cejas.

—Un repentino compromiso seguido de un rompimiento todavía más sorpresivo podría ser molesto para ti —explicó con impaciencia.

—Cómo y cuándo escoja a mi esposa no tiene que ver con alguien más que ella y yo —su expresión se aclaró—. Es muy amable de tu parte pensar en mí, Laurel. Pero si crees que estoy continuando este compromiso porque quiero evitar una situación penosa, puedes olvidarlo. Ya te lo dije: quiero estar comprometido contigo.

—¿Hablas en serio acerca de ser un novio verdadero? —preguntó incrédula.

—Sí. Ya envié el anuncio a los periódicos.

—¿Enviaste qué?

—Estoy seguro que oíste lo que dije —se burló.

—¡No tienes derecho!

—Claro que lo tengo —estaba imperturbable ante su evidente enfado—. Soy tu novio.

—Reece…

—Hay otro defecto mío que olvidé mencionar —dijo con placer —: ¡Soy obstinado!

—No me gusta que alguien trate de arreglar mi vida —se puso de pie con movimientos controlados.

—¿Adónde crees que vas? —el tono amable de Reece había desaparecido; ahora era inflexible.

—A casa —lo miró furiosa.

Él se levantó también. Dejó algún dinero sobre la mesa mientras el camarero se acercaba con la cuenta, aunque se detuvo al mirar la expresión de Reece.

—Sin mí no te vas, Laurel —la ayudó a ponerse su capa—. Ahora somos una pareja.

Cuando salieron del restaurante ella llevaba los labios fuertemente apretados, acomodada en la tibieza del Jaguar mientras Reece la llevaba a su casa.

—No te molestes —le dijo cuando salió del auto con ella—. Tú no vas a entrar —sus ojos lanzaban llamas al mirarlo—. Y en cuanto a las rosas, espero que sean de las que tienen grandes espinas.

—Te recogeré mañana en la noche a las siete y media —dijo Reece viéndola por encima del auto, en tanto ella se aproximaba al edificio.

—Parece que no he hablado con suficiente claridad —se volvió al abrir la puerta.

—Sí, has sido suficientemente clara… Pero yo voy a permanecer

en tu vida hasta que logre hacer que te des cuenta de la suerte que tuviste al escaparte de Gilbraith y de cualquier otra relación similar.

—Puede ser que me convenzas de no casarme —torció la boca.

—No voy a hacer eso —le aseguró sonriendo antes de que la puerta se azotara detrás de ella.

Se oía tan confiado, tan determinado. ¡Dios, odiaba los sentimientos de incapacidad femenina que le inducía!

—¿Dónde estás, Laurel?

Sus manos temblaron al prender las luces, antes de volverse despacio y mirar a Giles. Estaba sentado en uno de los sillones de la sala y parecía tener mucho tiempo esperando. Con sólo verlo, sintió nauseas nuevamente y revivió la violación de su casa. Se dio cuenta, por la expresión de sus ojos, que él sabía exactamente cómo se sentía.

—No te voy a preguntar cómo entraste —enderezó los hombros y se quitó la capa de terciopelo controlando sus movimientos—, porque estoy segura que es la misma forma en que entraste hace dos noches.

—¿Hace dos noches? —la miró de forma interrogativa.

—No intentes aparentar que no fuiste tú quien aprovechó mi ausencia y se metió aquí —le dirigió una mirada de disgusto.

—¿Fuiste asaltada? —fingió sorpresa.

La policía podía creer que así había sido, las joyas que faltaban evidenciaban el crimen. Pero ella no lo creía.

—No —dijo de golpe.

—¿Quieres decir que alguien entró aquí nada más para divertirse? —se burló.

Estaba más convencida que nunca de que él era quien había forzado su casa.

—Estoy segura. ¿Te das cuenta de que Reece pudo haber subido conmigo ahora mismo? —le aterrorizaba pensar lo que en ese caso hubiera pasado.

—Me fijé por la ventana —dijo Giles y se encogió de hombros.

—Tú… ¿Qué estás haciendo? —dijo cuando él se inclinó hacia adelante para acercarse a su mano.

—Muy bonito —murmuró mirando el anillo de diamante que tenía—. Harrington es de veras serio acerca de este compromiso —dijo mofándose.

—Muy serio —dijo con satisfacción, alejando su mano y sabiendo

que era verdad, pero no en la forma que Giles creía.

—Entonces ya no necesitas mi anillo —gruñó.

—Tú sabes las condiciones para que te lo devuelva —lo miró compasiva.

—Y tú que no tengo el dinero —dijo Giles con impaciencia, levantándose.

—Sé que lo tenías… tan bien como sé que fuiste tú quien entró aquí hace dos días —su mirada era acusadora—. Si te hubieras tomado la molestia de preguntar, podía haberte dicho que el anillo no estaba aquí, como tampoco está ahora —agregó con suavidad.

—Entonces, ¿en dónde demonios está? —la furia le hizo brillar los pálidos ojos azules.

—Donde no lo puedes tocar —dijo con frialdad.

—Estás fuera de tus cabales, Laurel —lanzó una carcajada—. Dame el anillo y saldré de tu vida —agregó.

—No puedo dártelo —Laurel sacudió la cabeza.

—¿Quieres que le diga a Harrington acerca de ti? —preguntó casi con placer.

—¿Acerca de qué? —Laurel se puso rígida.

—Acerca de las noches que pasé aquí la noche contigo para una cosa.

Los dos sabían que nunca se quedó en algún lugar con ella y, después de la noche que pasaron juntos, Reece también lo sabía.

—De algún modo pienso que él no te creería —emitió una forzada sonrisa.

—Oh, creo que puede ser convencido —Giles interrumpió su expresión confiada—. ¡Dios mío! —dijo sorprendido—. Él te ha tomado, ¿verdad?

Retrocedió ante la crudeza de la afirmación y asintió con prudencia:

—Sí. Reece y yo somos amantes —confirmó.

—¿Y todavía están comprometidos? —rió con burla.

Laurel inclinó la cabeza ante la mofa. Obviamente, la creía incapaz de responder ante cualquier hombre. Lo mismo pensaba ella de sí misma hasta su noche con Reece. Él había provocado respuestas en ella totalmente nuevas e irresistibles.

—¿Qué pasa, Giles? —respondió con dureza—. ¿No puedes aceptar el hecho de que Reece es mejor hombre de lo que tú serás jamás?

—¡Sin duda es valiente! —continuó burlándose—. Yo tendría miedo de morir congelado en tus brazos.

—¡Sal de aquí! —le dijo ofuscada.

—No te preocupes. Ya me voy —caminó pausadamente hacia la puerta—. Tengo una mujer deseosa y caliente que me espera en casa.

—¡Te va a dar la bienvenida!

—La próxima vez que yo regrese, es mejor que tengas el anillo donde lo pueda tomar —le advirtió sonriendo.

—Usa el timbre la siguiente ocasión que vengas —le dijo.

—La única chapa que cierras en la puerta cuando no estás, no es suficiente para dejarme fuera. Y si no me das el anillo la próxima vez, puede ser que yo decida tomar ese cubo de hielo que estás usando en cambio. ¡Parece que vale varios miles!

—Reece te encontraría si lo hicieras.

—Considerando que estás decidida a que él no sepa lo estúpida que has sido, dudo mucho que le digas que me lo diste —se detuvo al abrir la puerta.

Laurel estaba temblando cuando se fue. ¡Primero la locura de Reece! Y ahora ¡esto! ¿Cuánto más tendría que soportar? Si Giles no tenía ya el dinero, no habría amenazas ni advertencias que hicieran que se lo devolviera. Iba a perder la única cosa buena que le quedaba en la vida y no podía levantar ni un dedo para evitarlo. A menos… No. No podría recurrir ni a Roben ni a Reece para pedirles que le prestaran dinero. Nunca pidió algo y ni siquiera sabía cómo podía pedirlo ahora.

Tampoco podía permanecer allí durante la noche. Se cambió y se puso unos pantalones y un *sweater* de cuello alto, azul como sus ojos y empacó alguna ropa para la mañana en una pequeña maleta. Sabía que no sería capaz de permanecer en este departamento y tendría que buscar dónde vivir tan pronto como fuera posible.

El sofá parecía más incómodo esta noche en tanto los problemas le rondaban por la cabeza. Casi se cayó al suelo asustada al oír que golpeaban a la puerta. Eran las dos de la mañana, ¿quién podía querer que le abriera en una librería a esta hora? ¡Dios, que no fuera otro asaltante! Pero éstos no tocan, estúpida, se regañó y miró con aprensión a la puerta mientras la manija daba vuelta.

—Sé que estás ahí, Laurel —era la voz de Reece a través del vidrio—. ¡Abre antes que me irrite!

Capítulo 6

Al aproximarse a la puerta pudo verlo a través del vidrio, y lo que vio no la animaba a abrir. Como estuvo nevando, todo relucía de blanco y el hombre vestido de negro se veía más ominoso contra esa brillantez. La única luz en su cara encolerizada era el brillo de sus ojos dorados.

—¡Abre la condenada puerta, Laurel! —ordenó otra vez, golpeando sus pies helados contra el suelo y frotando sus manos congeladas una con otra.

Abrió el cerrojo y retrocedió cuando él empujó la puerta para entrar.

—¡Dios!, aquí no está mucho más caliente —observó—. ¿Qué diablos le pasó a la calefacción?

—Se descompuso anoche.

Entró en la oficina mirando disgustado la cobija donde había estado acostada antes de levantase del sillón.

—¿Y tú ibas a dormir aquí? —preguntó, sus ojos chispeaban.

—No está mal…

—¡El Antártico está más caliente! —gritó.

—Reece…

—¿Es aquí donde estuviste también anoche? —interrogó él con fuerza.

—Si te calmaras…

—¡Calmarme! —dijo furioso—. Cuando llegué a casa te telefoneé a tu departamento para ver si estabas bien; como no obtuve respuesta, pensé: está enfadada…

—Yo no me enfado —estalló.

—Sí lo haces —estableció simplemente—. Entonces traté de nuevo de comunicarme una hora después.

—¡Podía haber estado dormida! —protestó.

—No en tu propio departamento. No puedes —observó—. ¡Por que no has estado ahí las últimas dos noches! Tu vecina me lo dijo, la misma de anoche —señaló con agresividad.

—¡Oh, Dios! —suspiró.

—De seguro no le pareció muy amable que la despertara casi a las dos de la mañana.

—¿A quién le gustaría?

—Bueno —dijo Reece con dureza—. Me dijo que saliste dos horas antes con un hombre —la observaba con los ojos entrecerrados.

Sus mejillas flamearon ruborizadas.

—Es mentira —negó al instante—. Salí sola. ¡Virgen Santa! ¿Qué hace esa mujer? ¿Espiar con un vaso a través de mi pared?

—No sé. Estoy más interesado en saber quién es el hombre con el que no saliste.

La mirada de Laurel se hizo evasiva.

—No había ningún hombre…

—Era Gilbraith —supuso—. ¿Qué quería?

Pensó en continuar negando que él hubiera estado ahí, pero la ira de Reece la hizo temer una respuesta violenta si trataba de evitar responderle otra vez. ¡Se veía oscuro como un demonio!

—Su anillo, por supuesto —contestó.

—Le dijiste que yo lo tengo? —sus ojos dorados se entrecerraron.

—¡No!

—¿Por qué no?

—No… no quería involucrarte —se humedeció los labios.

—¡No querías involucrarme! —reaccionó visiblemente encolerizado—. Tu estás usando mi anillo ahora, Laurel, y quiero a Gilbraith lejos de tu vida de una vez por todas.

¡Reece quería!

—¿Y qué acerca de lo que yo quiero? —reclamó ella.

—Me voy a ocupar de eso también —le acercó su abrigo e hizo un rápido inventario del cuarto antes de recoger su maleta—. ¿Esto es todo lo que traes?

—Sí. Pero…

—Te—voy—a—advertir—una—cosa —hablaba con voz controlada, empujándola fuera de la tienda y en la banqueta hasta el Jaguar plateado—: no digas más —arrojó la maleta en la parte de atrás del auto antes de hacerla entrar en el asiento de pasajero—. ¡A menos que quieras que te hagan el amor en el asiento delantero de un Jaguar! —la amenazó mientras entraba y se sentaba junto a ella.

—Yo… —el brillo en sus ojos cuando se volvió a mirarla fue suficiente para silenciarla. ¡Realmente haría lo que dijo!

—Puedes hablar ahora —le dijo con dureza una vez que hubo tirado su maleta debajo de la cama en su cuarto de huéspedes, mirándola desafiante, su mandíbula mostrando determinación.

¡Cómo le hubiera gustado atreverse a golpearlo en esa mandíbula! Pero sentía que la forma en que él podría reaccionar la haría salir peor librada en ese encuentro.

—No vas a compartir conmigo esta cama hoy —lo miró con firmeza.

—¿No? —dijo él relajándose.

—¡No! —insistió, aunque ese sentimiento de incapacidad comenzaba a invadirla de nuevo.

—Fred te extraño anoche —le dijo con voz ronca.

Eso la incitó.

—¿Sólo Fred?

—Puede ser que yo te haya extrañado también, un poco.

—¡Qué raro! Yo a ninguno de los dos extrañé —sus ojos se oscurecieron.

—Eso es porque no has pasado suficiente tiempo con nosotros… —su buen humor estaba regresando, el peligroso brillo en sus ojos comenzaba a jugar —todavía —agregó con suavidad.

—Reece… —Laurel podía sentir lo tensa que se encontraba.

—Ve a tomar un baño —la interrumpió—. De otro modo te enfermarás de pulmonía. ¡Esa tienda estaba congelada!

—Es una ruina —explicó y estaba más acostumbrada al frío que él—. Y no quiero bañarme; ya lo hice más temprano.

—*Okay* —Reece se encogió de hombros—. Yo sí me voy a bañar para calentarme y entonces regresaré.

—¿Tú?…

—¿Sí? —preguntó con suavidad.

Se ruborizó ante el inconfundible brillo de deseo en sus ojos.

—No voy a dormir contigo —le dijo con voz quebrada.

—Ninguno de los dos va a dormir esta noche —le aseguró—. ¡Tú eres mi mujer y esta noche te vas a dar cuenta de ello!

Sintió que un temblor le recorría la espina dorsal. Sus ojos se oscurecieron por el miedo.

—Laurel, no te voy a lastimar —la regañó con gentileza—. Creí que te lo había mostrado ya la otra noche.

También le había mostrado que a él no podía decirle "no". Y sabía que esta noche no iba a ser la excepción.

Desempacó su maleta cuando se fue. Otra vez no había camisón de dormir, pero sabía que no iba a necesitarlo. Ya estaba entre las sedosas sábanas cuando Reece regresó al cuarto. La respiración se le detuvo a Laurel en la garganta cuando él tiró su bata y se acercó a ella. Era magnífico, hermosamente liso, como una escultura.

Laurel se le echó en los brazos con una quietud que la hizo sentirse desmayada. ¿Se habría convertido en una esclava sexual?

—Piensas demasiado, Laurel —murmuró contra sus labios entreabiertos—. Y acerca de cosas equivocadas. Esto es lo que importa —su dedo le rozó un pezón y sintió su reacción de

estremecimiento—. Y esto —reclamó sus labios—. Y esto —su mano se detuvo sobre su feminidad, sintiendo que el estremecimiento de ella aumentaba—. Tú y yo somos todo lo que importa —tomo su boca con rudeza.

Sólo era una cosa física. ¿Podría manejarla? Era más fácil que encontrar lo imposible, un hombre a quien poder amar, y como no tenía la fuerza para combatir esta atracción hacia Reece, era probable que fuera más sensible si se le entregaba con todos sus sentimientos. Esto terminaría pronto, sin lastimar a ninguno de los dos.

Esa noche él no estaba pidiendo o dando gentileza. Demandaba, tomaba, invitaba, incitaba, hasta que ella pidió que la poseyera, arqueándose debajo de él mientras juntos se envolvían más y más en la telaraña del deseo. Llegaron a la cima, después descendieron.

Pero Reece no le dio respiro, besándola, acariciándola, llevando a los dos de regreso a esa cascada de luz una y otra vez, hasta que los sorprendió la mañana, aunque el tiempo no parecía haber pasado.

Reece le acariciaba el pecho suavemente, cuando la estrechó contra su hombro.

—Ahora ¿te tengo que poner una marca?…

—Yo creía que ya me la habías puesto —bromeó, demasiado cansada para querer moverse, a pesar de que sabía que tendría que hacerlo.

—Quiero decir una que sea visible —bromeó él.

—¿Esta no es visible? —preguntó mirándolo a los ojos.

Él rió con suavidad.

—Temía que esta mañana tuviera que vencer otra vez tu resistencia. Me alegro de que no sea así.

Laurel hizo una mueca.

—Ya no tengo fuerzas para resistirte —le contestó con la verdad.

—¿Volverás aquí esta noche?

—Reece, me quedé en la tienda porque encontraba mi departamento demasiado opresivo después de lo que sucedió. Me sentía incómoda en él.

Él la apretó en sus brazos, comprensivamente.

—Ven a vivir conmigo —la animó.

—No puedo —le contestó con sencillez—. Esto es una cosa, pero cambiarme aquí sería muy distinto. Me gusta mucho la independencia que tengo —ésta había sufrido una gran derrota esa noche.

—¿Quieres que encanezca antes de tiempo por preocuparme de ti? —él hizo una mueca.

—Ya no quiero seguir viviendo en el departamento…

—Razón de más para que te mudes conmigo.

Laurel meneó la cabeza.

—No quiero —pudo sentir que él se ponía rígido por su rudeza, pero no se arrepintió de lo dicho. Venir a vivir con él sería demasiado… definitivo, no le dejaría libertad para decidir en lo que estaba pasando entre ellos.

—¿Hasta que encuentres otro sitio? —insistió Reece.

En vista que no tenía a dónde ir de momento, resultaría una grosería rechazar ese ofrecimiento, y como arreglo no era malo. Aceptó.

Después de pasar un par de horas en la tienda, ya había tenido tiempo de lamentar su decisión. Nunca pensó de sí misma ser el tipo de mujer que se dejara conquistar por el encanto de una atracción física. Aunque la noche anterior Reece no había mostrado ningún encanto, había ido a la cama con él. Se parecía más a su madre de lo que se había dado cuenta. ¡Dios!…

—Paquete, Laurel —Polly interrumpió sus pensamientos—. Dice "personal".

Laurel observó el pequeño paquete, envuelto en papel de color café, que Polly puso sobre su escritorio. ¿Personal? Debía ser de Reece y… ¿O no? Podría ser otra porquería de Giles. Estaba reacia a abrirlo y ver qué contenía… de cualquier hombre que fuera.

¡Una llave! ¡Qué cosa!… Frunció el ceño al recoger la tarjeta que había en el fondo de la pequeña caja. "Por favor, úsala. Reece", decía. ¡Era la llave del ala de su casa!

—¿Todo está bien? —Polly apareció otra vez en la puerta de la oficina.

—Sí, gracias —puso la tapa sobre la caja y guardó la tarjeta en su bolso—. ¿Estás muy ocupada allí afuera?

Polly sacudió la cabeza.

—Sorprendentemente todo está en calma.

—La paz que precede a la tormenta —predijo, a sabiendas de que la Navidad era una época del año muy rara para los negocios.

—No te ves bien —Polly hablaba preocupada—. ¿Te estás enfermando de algo?

—Sí… ¡se llama Reecetitis! —había estado pensando en él la mayor parte de la mañana y las conclusiones a que llegó se habían derrumbado con la entrega de la llave. Eso quería decir que podía

ser libre, que él no la ataría. Pero podría apostar que él sabía el efecto que causaría en ella.

Nunca pensó que vivir con un hombre representara tantos problemas. Se rindió ante el desorden de Reece después de unos dos días en que intentó arreglar sus cosas, casi detrás de él; su costumbre de comer a horas irregulares, y muchas veces tarde, la encontraba extraña en él. Luego estaba la forma que tenía de saltar de la cama en las mañanas cuando ella quería acurrucarse bajo las cobijas y dormir otra vez. Él cantaba bajo la regadera sin importar qué hora del día o la noche fuera. Era un ávido televidente. Le llevaba flores y chocolates y le decía una cascada de cumplidos acerca de todo.

Laurel se sentía desorientada. Intentaba mantener su relación al nivel físico en que quedaron cuando aceptó su ofrecimiento de quedarse por unos días, hasta que encontrara un nuevo departamento. Pero eso era un poco difícil de hacer, cuando él insistía en tratarla con toda la consideración y el cuidado de un novio nuevo, llamándola por teléfono varias veces al día sólo para hablar con ella, comprándole regalos, siempre ansioso de participar en cualquier plan que ella preparara para la tarde. Y estaban las noches. A pesar de su poca experiencia en ese tipo de relaciones, sabía que ningún amante casual podía hablarle como él cuando hacían el amor, ni podía interesarse acerca de su propio placer todo el tiempo, ni ser tan naturalmente íntimo con ella. Todas sus ideas preconcebidas acerca de una relación basada en lo físico, fueron barridas por Reece, quien no le permitía tratarlo de manera práctica. Después de sólo tres días de vivir con él, se hallaba lista para admitir, ante ella misma, que estaba confundida. Ante Reece se mostraba fría en apariencia, incluso cuando él insistía en permanecer desnudo por horas y parecía olvidar la necesidad de la ropa. Él no tenía inhibiciones ni en la cama ni fuera de ella y, para su sorpresa, ella estaba aprendiendo también a no tenerlas.

Estaba segura de que no se había enamorado de él, confiada en su decisión de no permitir enamorarse de hombre alguno. Pero físicamente… ¡Dios, físicamente no podía rechazarlo! Veía eso como una enfermedad, y todos los males se terminan, de una manera u otra. Superaría la debilidad que tenía por los besos y las caricias de Reece. Ella, no estaba fatalmente desahuciada, sólo un poco enferma.

—¿Laurel?

Miro al hombre en cuyo hombro descansaba su cabeza cuando se acostaban juntos. Ella había llegado a casa hacía media hora, después de un duro día de trabajo, para encontrarse con una taza del té que le gustaba, la regadera caliente y su bata favorita sobre la cama. Se había tomado el té y entrado a la regadera, sólo para que Reece se le reuniera allí y empezara a hacerle el amor, terminando en la cama donde ahora estaban relajados.

—¿Qué pasa, cariño?

—Te he estado hablando durante los últimos minutos —le explicó—. No has oído una sola palabra de lo que dije.

—Lo siento —¡ni siquiera se había dado cuenta de que él estaba hablando!; sus dedos corrían suavemente sobre el pecho de él.

—¿Un día difícil?

Así había sido. Sólo quedaban dos días para Navidad y parecía que la gente apenas se había dado cuenta de qué tan cerca estaba y entrado en pánico porque no había terminado sus compras. Casi todos los años era así, y se conformaba con pasar los siguientes dos días sin caer en un colapso por cansancio. ¡Las noches sin dormir y los días ocupados no se llevaban bien!

—Mucho —asintió—. Yo… ¿Qué es eso? —se sentó en la cama cuando un fuerte timbrazo llenó el cuarto.

—La cena —dijo Reece con satisfacción.

Abrió asombrada los ojos. Esta ala de la casa era totalmente auto —suficiente, como Reece le había dicho, y tenía una cocina muy bien surtida en el piso de abajo. Pero no se habían molestado en usarla para otra cosa que café y pan tostado para el desayuno, y le sorprendió que Reece se hubiera molestado en preparar la cena para ambos en lugar de enviar por ella a la cocina de su padre, como acostumbraba.

—¿Qué es eso? —preguntó con cautela?

—Un estilo especial de carne de res —anunció al dejar la recámara; ella se apresuró a ponerse la bata y lo siguió al comedor.

Parecía haber puesto un poco de todo lo que pudo encontrar en la cocina y en medio había un *spaghetti* un poco extraño. El sabor de todo era bueno. Pero demasiado doméstico para su gusto. Habían decidido pasar las últimas tardes solos, a pesar de que estaba segura de que sus padres se daban cuenta de que su auto estaba estacionado afuera desde las últimas tres noches y habían pedido cenas para dos, en lugar de la acostumbrada para uno, las mismas tres noches. Pero pasar las tardes solos y pedir que les sirvieran en el cuarto era una

cosa, y otra compartir una cena para dos preparada por Reece. Era demasiado íntimo, y no se sentía cómoda en esa situación.

—Estás divagando otra vez —Reece interrumpió sus pensamientos—. Dime qué te está molestando —buscó sobre la mesa y le tomó la mano entre las suyas.

—Principalmente el *spaghetti* —a propósito lo malinterpretó—. Es desconcertante estar comiendo con calma y de pronto encontrar algo que te golpea en la barbilla —levantó su servilleta a la comisura de su boca, de donde la salsa se le había escapado—. ¿Por qué pusiste *spaghetti*?

—Bueno, la receta decía frijoles —se veía un poco tímido—. Y como no tenía en la casa decidí que sería un buen sustituto.

—Es una idea muy novedosa —dijo—. ¿Cocinas con frecuencia?

—Sabes que no. Sólo… que esta noche quería estar contigo sin que nadie nos interrumpiera.

Al instante se puso en guardia:

—¡Oh!

—Laurel, ¿cuando vas a hablar conmigo? —dijo poniéndose serio.

—Yo creí que ya había hablado —su sorpresa era genuina, ya que se había abierto hacia él más de lo que realmente quería o había esperado.

—No acerca de lo que es importante para ti —suspiró.

—Sólo es la tienda…

—Exacto —la miró expectante.

—¿Qué quieres decir con "exacto"? —entrecerró los ojos y retiró su mano de las de él, empujando su plato.

—No me lo vas a decir, ¿verdad? —dijo con voz entrecortada.

Se alejó más aún de él.

—Decirte, ¿qué? —se evadió.

Reece se levantó molesto y sirvió dos brandys. Puso los vasos en la mesa de café y se paró junto a la chimenea, mirando fijamente las llamas de la fogata. Se volvió a Laurel que lo había seguido.

—¿Confías en mí, Laurel?

—¿En qué contexto? —replicó poniéndose en guardia.

—No como tu amante —señaló—. Me doy cuenta de que todavía soy sólo el hombre que te vuelve loca cada vez que hacemos el amor, porque soy capaz de obligarte a entregarte a mí.

Tembló ante la dolorosa acusación. A pesar de que sabía que era verdadera, a solas sospechaba que Reece había lanzado algún tipo de hechizo sobre ella. En sus momentos más lucidos pensaba que

sólo había caído víctima de un capricho físico.

—¿En qué forma, entonces?

—Como amigo, como alguien que se preocupa de ti —la observo con los ojos entrecerrados—. ¿Quién haría su mayor esfuerzo parí ayudarte si pudiera?

Se volvió, incapaz de soportar su fiera mirada.

—Reece, yo no…

—¿Estás dispuesta a perder todo por tu orgullo?

Se volvió a mirarlo.

—¿De qué estás hablando?

Reece sacudió la cabeza, como si no pudiera creer la calma con la que ella se comportaba.

—He intentado conseguir que me hables —gimió—. De que te abrieras, pero no quieres, entonces…

—Reece —su voz era afligida—. ¿De qué estás hablando?

—He esperado, te he dado todas las oportunidades —tomó un trago de brandy.

—¡Reece!

El brillo dorado de los ojos de éste mientras la observaba, era suficiente para decirle que estaba furioso con ella. Conocía todos los gestos de esos expresivos ojos; el dorado para el enfado, congoja y despertar físico; el cálido café de placer, sorpresa, indulgencia. Era cierto, no estaba excitado físicamente, pero si furioso y acongojado.

Caminó hacia el buró en un rincón del cuarto. Con impaciencia lo abrió y de un cajón, tomó un sobre.

—Se cayó de tu bolso el otro día —lo dejó caer sobre al mesa de café entre ellos—. He estado esperándote para que me hables acerca de esto —la miró desafiante.

Laurel miró el sobre con su distintivo diseño de negocios. Lo había buscando en todas partes durante los últimos días. La posibilidad de que Reece lo tuviera no se le había ocurrido.

—Sólo "se cayó" de mi bolsa ¿verdad? —dijo con incredulidad.

—Sí —afirmó—. ¿O crees que lo tomé? —acusó con dureza ante su expresión escéptica—. ¡Maldición, Laurel!, tú tiraste tu bolso en la recámara el otro día y sacaste todo lo que contenía.

Recordó la ocasión, la gruesa alfombra blanca a los pies de la cama de Reece, la escena en que hicieron el amor esa tarde, su bolso caído en el proceso. Ella creyó haberlo recogido todo y devuelto a su sitio.

—Estaba debajo de la cama —Reece leía sus pensamientos acusadores—. La sirvienta me lo dio anoche, cuando llegué de

trabajar.

—Y lo leíste —sostuvo fríamente.

—No tenía esa intención. No acostumbro leer la correspondencia de otras personas. Pero no pude dejar de hacerlo una vez que empecé…

—Entonces lo leíste.

—Sí —confirmó irritado—. ¿Qué significa, Laurel? Yo creía que te iba bien, entonces, ¿por qué no has pagado la renta del próximo año?

¡De todas las cosas que Reece podía haber leído, tenía que haber sido la carta de Campbells explicándole que su deuda por la renta estaba vencida!

Y continuaba sin ser pagada. Giles le había telefoneado ese mismo día para decirle que no hablaría acerca de regresarle su dinero hasta que le devolviera su anillo. Y como estaba en poder de Reece, ella no podía devolverlo.

Capítulo 7

—Olvida lo que dije —alcanzó a ver la frialdad en los ojos de ella —. No debí haber preguntado. No es asunto mío. Lo único que quería era ofrecer mi ayuda para darte…

—¡Dinero! —lo interrumpió con brusquedad—. ¿Quieres darme dinero?

La confusión afloró a los ojos de él.

—Laurel, yo sólo quería ayudar…

—Entonces no me ofrezcas dinero —indicó.

—Pero…

—No estoy a la venta, Reece —dijo con desprecio.

—¿Qué dijiste? —la suavidad de su voz era una advertencia.

Ella cruzó los brazos y lo miró con resolución.

—Tú das dinero a tus mujerzuelas. Yo no soy una de ellas. Me acuesto contigo porque no tengo posibilidades de escoger —odiaba admitirlo, pero tenía que hacerle comprender con exactitud qué significaba en su vida—, pero no puedo aceptar algo más de ti.

—No, no puedes —aceptó disgustado—. Ni siquiera mi compañía cuando no estamos en la cama; entonces me retiraré por el resto de la noche.

—Es tu casa —afirmó—. Yo me iré, si eso es lo que quieres.

—No. Eso no es lo que quiero —exclamó—. Después de todo ¡más tarde iremos a la cama! —salió furioso del cuarto y la puerta principal se azotó segundos después.

Laurel se volvió temblorosa; instintivamente se acercó a la ventana y retrocedió al ver el Jaguar lanzar piedras del camino por ir sobre acelerado. Nunca antes vio a Reece tan enfadado. Parecía capaz de estrangularla antes de salir en forma tan abrupta.

Pero ella no quería crear más intimidad entre ellos, como él pretendía. Prefería mantener las cosas entre los dos en el nivel más impersonal que fuera posible. Nunca se había dado cuenta lo emocionalmente cerca que está uno de alguien cuando se conviene en amante. Y después de evitar la emoción en su vida por quince años, no quería introducirla ahora. Pero sí quería a Reece con ella, necesitaba sentir los brazos de él alrededor de su cuerpo en la noche, saber que su posesión nunca dejaría de lograr su clímax en el placer sexual.

Entonces, ¿qué debía hacer? ¿Qué tipo de mujer era ella que necesitaba un hombre que le hiciera el amor cada noche, pero que la dejara completamente sola en otros momentos? Desde luego, ella era

el tipo de mujer que Reece había decidido que no podía tolerar más.

—Toqué, pero parece que tú no me oíste —Amanda estaba en la puerta.

Se volvió con rapidez, y se puso en guardia.

—¿Sí?

—¿Todo está bien, amor?

Amanda y Robert vieron la forma en que Reece salió e intuyeron que habían peleado.

—Reece tuvo que salir, eso es todo —la oscuridad de su mirada hizo a su madre dudar si debía insistir.

Amanda entró al cuarto.

—Robert y yo nos preguntábamos si ustedes querrían cenar con nosotros mañana en la noche —quería checar si sus hijos estaban bien solos.

—Le tengo que preguntar a Reece, desde luego —contestó con suavidad—. Pero estoy segura que aceptará.

—Muy bien —su madre sonrió con satisfacción—. Todos tenemos que hablar sobre los arreglos para la boda.

—No hay prisa —dijo Laurel con rigidez.

—Claro que no hay, querida —Amanda estuvo de acuerdo—. Pero ya que estás viviendo aquí…

Se ruborizó. Había convencido a Reece de no mencionar a sus padres el asalto de su departamento, insistiendo en que no debían preocuparlos. Saltaba a la vista que Amanda y Robert habían sacado sus propias conclusiones acerca de sus arreglos para vivir juntos, al no recibir explicaciones.

—Si tú o Robert tienen alguna objeción —empezó con cuidado.

—Desde luego que no la tenemos, Laurel —su madre negó al instante—. ¡Santo cielo!, ninguno de ustedes es un niño para que le demos prédicas morales. Sin embargo —agregó con firmeza—, en realidad no parece haber razón para esperar. Estoy segura de que los dos son sensibles para no cometer errores, pero aun así…

—Le voy a decir a Reece sobre tu invitación a cenar —interrumpió—. Estoy segura de que querrá venir —no hizo esfuerzo alguno para ocultar la falta de ganas que ella misma tenía.

—Querida, sé que en el pasado hemos tenido nuestras diferencias, pero ¿estás segura de que todo está bien entre tú y Reece? —insistió—. Pareces muy tensa. Sabes que puedes hablar conmigo.

Se podía haber reído si no se hubiera sorprendido ante la amargura con que su madre hablaba del pasado. Amanda vivió su

vida en forma egoísta, como quiso, sin preocuparse de la felicidad de la niña que llevaba consigo. Ella no podía hablar con Amanda acerca de algo, muchos menos acerca de si tal vez estaba enamorada, a sabiendas de que la búsqueda de su madre de aquel evasivo amor perfecto era lo que le dio a Laurel su propia infelicidad.

—No hay de qué hablar —se encogió de hombros—. Ahora, si me perdonas, tengo que hacer algunas cuentas —las cosas fueron tan abrumadoras en la tienda y cerró tan tarde, que se trajo los libros con ella. Ahora que Reece estaba al tanto del problema de que debía pagar su deuda, tenía que guardar los libros en su portafolios en la noche—. Y no te deberías preocupar acerca de mis arreglos para vivir.

—Laurel, no estamos preocupados —protestó Amanda—. Sólo estoy entusiasmada ante la perspectiva de ayudarte con los preparativos de la boda.

—Creo que eso es un poco prematuro —dijo poniéndose rígida.

—Tenía la impresión de que Reece no era partidario de los compromisos prolongados —su madre la miraba sorprendida.

—¿Cuándo? —preguntó Laurel fríamente.

—Yo… bueno… tal vez me equivoqué —Amanda parpadeaba.

Estaba segura de que su madre había tomado una generalización de Reece y la había aplicado a ellos en particular. Reece estaba de acuerdo en que una relación basada en la atracción física debía terminar un día.

—Creo que sí te equivocaste —inclinó la cabeza.—. ¿A las siete y media está bien para mañana? —a propósito finalizó la conversación.

—Las siete y media es perfecto —su madre se veía desilusionada; se retiró, al parecer, nada más había que decir.

Por lo que concernía a Laurel, ella y Amanda nunca tuvieron algo que decirse y maldijo los sentimientos de culpa que la atacaron una vez que su madre salió. Amanda hizo su propia vida, sin pensar en nadie más que en ella misma; era demasiado tarde para remordimientos o perdones.

Había hecho sus cuentas y ordenado las cosas de la cena. Estaba sentada en la cama leyendo un libro cuado oyó afuera el auto de Reece. No hizo esfuerzo por aparentar que estaba dormida cuando él entró a la recámara.

—Ustedes dos se ven muy cómodos —remarcó con suavidad.

Ella miró con indulgencia al oso que tenía en la cama. La piel de Fred estaba más lustrosa por la limpieza que le había hecho; su oreja

y su nariz cosidas y su boca reemplazada. Acostumbraba sentarlo en la cómoda en la noche, aunque en el día lo dejaba sobre las almohadas. Se había encariñado con el osito, ella, que nunca estuvo atada a algo o alguien.

Se volvió hacia Reece. Se veía cansado cuando se sentó en la silla para quitarse los zapatos y se enderezó para desanudarse la corbata. Se preguntó dónde habría pasado la tarde, pero una vez más su orgullo no le permitió mostrar signos de curiosidad.

—¿Quieres café? —ofreció distanciada.

—No, yo… —su mirada se encontró con la de ella—. Sí —cambió de opinión—. Creo que sí.

Salió de la cama. Tenía un camisón nuevo; había reemplazado toda su ropa íntima desde que Giles entró a su departamento y la tocó. No se preocupó por zapatillas o batas que combinaran con el camisón, innecesarios en la casa alfombrada y con calefacción.

Reece la siguió cuando bajó a la cocina; sus movimientos eran seguros y rápidos al hacer el café, consciente de la mirada dorada sobre ella.

—Fue la comida lo que empezó todo, ¿verdad? —dijo finalmente.

—No era tan mala —lo miró sorprendida.

Una incierta sonrisa se le dibujó en la boca por el intento de bromear.

—Hablo de su existencia, no de su valor culinario.

—Tenemos que comer —tomó la charola del café y se encaminó hacia la recámara.

—En un restaurante, o comidas preparadas por otros —dijo Reece detrás de ella—. Pero cuando yo cociné fue demasiado doméstico.

—¿Fue? —deliberadamente mantenía un tono suave—. Yo creía que era carne de res.

—Laurel…

—¿Crema y azúcar? —preguntó ella con viveza.

Reece puso mala cara.

—¡Sabes que no tomo ninguna de las dos cosas!

Se encogió de hombros y le tendió una humeante taza de café negro sin azúcar.

—Con cuidado —le advirtió—. Está caliente.

—¡Ya sé eso! Mira, Laurel…

—¿Sí? —se sentó en la cama a tomar su propio café y cruzó una pierna sobre otra. Sabía que el camisón lila le quedaba perfecto. ¡Si

Reece esperaba encontrar una mujer alterada emocionalmente, se había equivocado!

Su expresión se suavizó cuando la miró.

—Tenemos que hablar —dijo con suavidad.

—Ese parece ser el interés de todo el mundo esta noche —su voz era quebradiza.

—¿Quién más ha estado aquí ahora? —su mirada se agudizó con interés.

—Giles no, si es lo que estás pensando. No lo invitaría a tu casa.

—¿Entonces, quién? —preguntó él, relajándose.

—Amanda —le dijo—. Ella y tu padre quieren que vayamos a cenar mañana.

—¿Y de qué más quería hablar? —probó.

—Acerca de nuestros arreglos para vivir. La boda —anunció—. ¡Como si fuera a haberla!

—¿Y qué dijo de nuestros "arreglos para vivir"? —la boca de Reece estaba apretada.

—A pesar de que Amanda lo negó, creo que ella y tu padre están un poco… preocupados acerca de ello.

—¿Por qué?

—Tendrías que preguntárselos —colocó la taza en la charola—. Me voy a acostar ahora —le informó—. Buenas noches.

—Laurel, no hemos terminado de hablar —protestó él impaciente.

—No tenemos más que decir —golpeó la almohada para acomodarla mejor—. A menos que quieras disculparte por tu comportamiento de hace unas horas —levantó las cejas y lo miró.

—¿Disculparme? —repitió furioso—. ¡Tú eres la que me está utilizando, maldición!

—¿Te molestaría dormir en tu propio cuarto esta noche? —le pidió con fría calma—. Me llevaré mis cosas mañana.

—No me vas a abandonar sólo porque no acepto ser utilizado —advirtió.

—Yo creía que los dos estibamos utilizándonos uno al otro —contestó Laurel.

—Sabes que para mí es más que eso —sacudió Reece la cabeza.

—Tú me deseabas, Reece —suspiró—. Y me has tenido. No pretendo que haya entre nosotros dos más que eso.

—Pero yo sí —su voz era peligrosamente suave—. Yo convertí el compromiso en verdadero, y puedo convertirlo en un casamiento.

—No, a menos que me lleves cargando, pateando y gritando a la

iglesia.

—No —suspiró cansado—. No intentaría hacer eso. Laurel, sólo te ofrecí mi ayuda; no tienes que reaccionar en la forma en que lo has hecho —razonó.

—¡No voy a aceptar ayuda monetaria de un hombre que es mi amante! —se cubrió con las sábanas.

Los ojos de Reece se suavizaron ante la descripción.

—Yo sólo quería quitar la expresión preocupada de tus ojos —explicó—. No intentaba ofenderte.

—Bueno, yo lo tomé como insulto. Soy perfectamente capaz de cuidarme sola… y a mi negocio.

—Querida, no quiero discutir esto contigo otra vez —señaló, porque al parecer estaban a punto de hacerlo—. Pasé una tarde miserable en un bar, preguntándome en qué me equivoqué, si tú estarías aquí o no cuando regresara, y si te negarías o no a hablar conmigo o si me ibas a golpear en la cabeza con la cacerola.

Se sintió aliviada cuando supo dónde estuvo toda la tarde. Había pensado… se había preguntado si… ¡Dios, no se había atrevido a pensar cómo se hubiera sentido si él le revelaba que pasó la tarde con otra mujer! Y no se detuvo a pensar en ello ahora.

—Como puedes ver —respondió con voz controlada— estoy aquí. Estoy hablando contigo, y no tengo una cacerola en mis manos. Sin embargo, quisiera que durmieras en tu propio cuarto esta noche, y me iré mañana.

—¿A dónde?

—No he encontrado otro departamento todavía —¡a decir verdad, se había olvidado de buscar!—. Pero me puedo cambiar a un hotel hasta que encuentre.

—No —dijo Reece con firmeza.

—¿Qué quieres decir con "no? —abrió más los ojos.

—La Navidad será dentro de dos días, y no tengo intención de dejarte que la pases en un hotel.

—Tú…

—Por favor no pierdas la cabeza otra vez —la interrumpió en su argumentación—. Acepto que ya no quieras dormir conmigo, me iré a mi recámara como un buen niño —pidió—. Pero quiero que pases la Navidad aquí, conmigo.

En realidad no quería ir a un hotel. Pero tampoco sabía si podría quedarse aquí.

—No intentaré espiar de nuevo —Reece notó su debilitamiento—. Pero si necesitas a alguien con quién hablar, estaré aquí.

Se mordió el labio inferior, calmada pero desconfiando de la facilidad con que aceptó que dejaran de dormir juntos. Pero se veía muy serio, y porque no quería pasar el día festivo en un hotel, decidió que era demasiado sospechoso. Reece era un caballero. No intentaría forzarla.

—Si estás seguro de que ese acuerdo puede funcionar…

—Laurel, no voy a regresar cuando tú estés dormida —protestó ante sus objeciones—. Me puedo controlar.

Si podía, ella no había visto evidencia de ello en los últimos días… y noches. Parecía que una sola mirada podía inducir a Reece a sacarla de la cama y no pudo evitar preguntarse si él sería capaz de cumplir su promesa.

¡No se le ocurrió que sería a ella a la que le sería difícil esa situación! Pero después de dos horas de dar vueltas en la cama tratando de dormir, tuvo que aceptar que extrañaba su forma de hacerle el amor y quedarse dormida en los brazos de Reece. Y percibía que éste había sabido exactamente cómo se sentiría. Pero si esperaba que ella entrara a su cuarto cuando estuviera dormido, tendría una decepción.

De hecho le agradecía que le hubiera mostrado cuan dependiente de él se había vuelto, aunque no se había dado cuenta qué tan profundamente se estaba involucrando. Se durmió segura de que había concluido el asunto antes de que se enredara demasiado y no pudiera escapar.

Él se veía peor cuando se reunieron con sus padres para cenar, y su genio volcánico estaba listo para hacer erupción a la menor provocación. El reto vino de alguien inesperado.

Se había mantenido alejado y con mala cara ante Amanda y Robert, que constantemente sonreían a los dos durante la cena, y se sumió en un oscuro silencio cuanto tomaron el café en la sala. Laurel tal vez habría encontrado esto gracioso, si no se hubiera sentido tan tensa ella misma. Sí era una tensión sexual, entonces hizo bien en dejarlo antes que seguir experimentando a hacer el amor y sentir los terribles síntomas posteriores.

—Laurel —dijo Amanda suavemente—. Sé que no quieres discutir acerca de la boda, pero hay una cosa que me gustaría decirte al respecto.

Se enderezó y puso atención. Pudo ver que la boca de Reece se había apretado cuando se miraron.

—¿Sí? —respondió Laurel.

—¿No crees que sería lindo que viniera Dan?

La pregunta, después de años de no mencionar siquiera el nombre de Dan, casi golpeó a Laurel. Miró fijamente a su madre como nunca antes lo había hecho. Después se volvió a ver a Reece. El furioso brillo de sus ojos le dijo que no apreciaba la mención que de Dan había hecho su madre.

—¿Dan? —repitió con precaución.

—Sí —Amanda continuó con determinación, aunque no inmune a la tensión que había en el cuarto—. En una carta que me envió junto con una tarjeta de Navidad, decía que en febrero tendrá vacaciones y que había pensado pasarlas aquí, en Inglaterra.

—¿Dan te escribió? —Laurel pasó saliva con dificultad, no intentó ocultar su incomprensión por el hecho.

—Él siempre me ha escrito, Laurel —una sombra pasó por los ojos de su madre—. Y yo siempre le he respondido.

No podía creerlo. Dan, su adorado Dan, escribiéndole a la mujer que los había destruido, que los había separado. ¡No podía ser verdad!

Capítulo 8

—Quiero saber qué es Dan en tu vida —reclamó Reece tan pronto como estuvieron solos, de regreso en su ala de la casa. Laurel se sentía tan cansada y deprimida que difícilmente podía caminar. Había logrado comentar algo sobre el embarazoso tema de Dan sin dar una respuesta clara, pero le agradeció mucho a Robert cuando cambió el tema, dejándola a ella sumida en su confusión y a Reece en su negro enojo.

Todavía estaba tratando de asimilar el hecho de que su madre y Dan hubieran mantenido contacto durante todos estos años. No creía posible semejante cosa, pero, ¿de qué otra manera hubiera podido saber Amanda sus planes acerca de pasar sus vacaciones aquí?

—Laurel —Reece estaba más controlado ahora y sirvió una copa a cada uno; en su impaciencia por irse, había rechazado un brandy que su padre le ofreció unos minutos antes—. Quiero saber exactamente qué significa ese Dan para ti —la miró a través del cuarto mientras ella sorbía de su copa.

Dan. Dan, con su cabello negro ondulado y los risueños ojos azules. Dan, a quien ella siempre había admirado.

—¿Quién diablos es él que mi padre se queda tan calmado cuando Amanda se interesa en él? —continuó con dureza—. El amor en su voz cuando dijo su nombre —agregó disgustado.

Laurel prefirió ignorar esto último, a pesar de que sabía que era cierto, oyó la misma emoción en la voz de su madre cuando habló de Dan. Pero no dudaba que Roben sabía todo acerca de Dan. ¿De qué otra forma podía haber compasión en lugar de enojo en sus ojos cuando miraba a su esposa?

—Si mi esposa hubiera hablado de otro hombre de esa manera, yo lo habría matado… y después a ella —afirmó.

El salvajismo en él no podía ser negado ahora, y Laurel lo observaba sin titubear.

—¿Estaría tu padre celoso de ti? —murmuró.

—Claro que no —sus ojos se abrieron asombrados—. ¿Qué clase de pregunta es esa?

Alzó los hombros, cansada de imaginar, sin entender la forma en que Dan se había mantenido en contacto con su madre y no con ella.

—Debe haber una válida —dijo con voz alta.

—¿Válida? Pero… —entrecerró los ojos—. ¿Quién es él, Laurel? —preguntó con voz que denotaba urgencia.

—Cuando mi madre y mi padre se casaron, para él fue un

segundo matrimonio… —suspiró.

—¿Él tenía un hijo de su matrimonio anterior? —se dio cuenta Reece.

Asintió sin decir palabra. Por once años Dan fue su adorado hermano mayor, a quien no le importaba llevarla con él y sus amigos cuando salían, que la cuidó cuando era un bebé. Y entonces vino el divorcio. Laurel no lo podía creer cuando sus padres le dijeron que ella permanecería con su madre y Dan se iría con su padre. Un hermano y una hermana no pueden ser separados en esa forma tan cruel, les había gritado. Pero Dan no era realmente su hermano, era sólo su medio hermano, y la ley señalaba que tenía que irse con su padre. Había rogado que la llevaran con ellos, pero nada logró, y cuando su padre se fue a América un año más tarde, se llevó a Dan con él, dificultando todo contacto entre ellos, excepto el de las cartas, que poco a poco se hizo esporádico y finalmente se detuvo. Laurel se escapó de su madre media docena de veces después de eso y fue llevada de regreso cada ocasión; odiaba tanto a su madre que difícilmente podía hablarle. Y todavía la odiaba.

—Dan es tu hermano —dijo Reece con incredulidad.

—Medio hermano —corrigió—. Esa distinción hizo la diferencia en el divorcio.

—¿Él se fue con tu padre? —volvió a llenar el vaso que con dedos torpes ella sostenía.

—Claro que se fue con mi padre —afirmó observándolo.

—Querida…

—¡No! —se levantó, evitando sus manos que se extendían hacia ella—. ¡No me gusta que me toques!

Reece se detuvo de pronto, sus ojos se pusieron dorados.

—Laurel, Amanda no podía reclamar que se quedara con ella…

—De cualquier modo no lo quería —alzó la voz—. ¡De la misma forma en que tampoco me quería a mí!

—Si eso fuera verdad, la Corte te hubiera entregado con tu padre —sacudió la cabeza.

—Tenerme con ella era una venganza sobre él por su matrimonio fracasado —insistió Laurel.

—Tú no puedes saber eso…

—Yo sé que nunca me acarició o me dijo que me quería después de que papá y Dan se fueron; que me cambió de casa en casa; que de alguna manera mis juguetes se perdieron en esos cambios. Sé que se sintió aliviada cuando papá y Dan se fueron a América para que yo no pudiera verlos más —su voz se quebró. Nunca olvidaría que su

madre exclamó "es lo mejor", cuando Laurel le dijo de la transferencia de su padre.

—Entonces, ¿por qué Dan mantiene su contacto con ella? —razonó Reece.

Ella no sabía. Se sentía traicionada por eso. ¿Cómo pudo él perdonar a Amanda por lo que les hizo?

—Laurel —Reece dijo con suavidad al ver la angustia en su cara—. Eras una niña en ese entonces. No sabes qué pasó exactamente.

—Sólo sé que mi madre nunca se ha preocupado por algo ni por alguien que no sea ella misma…

—Ella te quiere…

—No —sostuvo—. ¡Separarme de mi padre y de Dan no es un acto de amor!

—Tú no conoces todos los detalles…

—No necesito —exclamó—. ¡Y si Amanda piensa que todo quedará arreglado invitando a Dan a nuestra boda, está equivocada!

—¿Va a haber boda? —preguntó con cariño.

Laurel puso su mirada en él.

—¡Sabes que no va a haberla!

—Sería muy bonito que Dan te entregara —sugirió.

—Dije que no, Reece.

—Desde luego falta mucho para febrero…

—No cambiaré de opinión —afirmó.

—No me refiero a eso —frunció el ceño—. No estoy seguro de si podré esperar seis o siete semanas para hacerte mi esposa.

—Tendrías que esperar seis o siete vidas para que yo me casara contigo —puso su vaso en la mesa con un ruido sordo—. Tenías razón, Reece, al estar comprometida contigo me he dado cuenta de lo equivocada que estaba al pensar que me hubiera agradado la clase de matrimonio que hubiera tenido con Giles o con cualquier otro hombre —agregó con dureza—. Me doy cuenta ahora de que no me quiero casar con nadie.

—Laurel…

—Ha sido un día muy largo, Reece —dijo—. Me gustaría acostarme ahora.

—Laurel, no te voy a permitir hacer esto —le advirtió mientras ella salía del cuarto.

Sabía de una vez por todas que estaba destinada a vivir sola. Hacerlo con cualquier hombre, con la intimidad que eso implicaba, no era para ella. No quería contar con alguien y exponerle sus sentimientos más profundos para que los analizara. Y después de la

perfección física que había conocido con Reece, tampoco quería a otro hombre de esa manera.

Se quitó el anillo de Reece cuando llegó a su recámara, lo puso sobre la cómoda, esperó que el mundo se derrumbara y el cielo se cayera. Nada de eso ocurrió.

Todo había terminado. La locura con Reece, llegaba también a su fin.

—¿Adonde vas con ese portafolio?

Laurel levantó la vista. Hubiera querido salir en silencio, sin ningún alboroto ni discusión, pero sabía, por la furia en la cara de Reece, que eso no iba a ser posible.

—Creo que es obvio ¿no? —respondió con calma. Estaba vestido para salir a trabajar con un traje de tres piezas que lo hacía extraño al insaciable amante que era por la noche. Parecía como si de nuevo no hubiera dormido, y Laurel agradecía que el maquillaje le cubriera sus propias sombras.

—Hoy es Navidad —protestó.

—¿Y qué? —levantó los hombros.

—¡No te puedes ir a un hotel la noche de Navidad!

Sabía que si Reece decidía no dejarla ir, no podría salir, y esa era la razón por la que no se podía quedar. Reece había dejado de jugar y la emoción en sus ojos la asustó.

—Un hotel es exactamente lo que necesito —le dijo con crueldad —. La falta de entremetimientos y la formalidad es lo que yo quiero.

Él titubeó. Una pulsación se le marcó a un lado de la boca.

—No me hagas esto, Laurel.

—Eres un adulto, Reece; conoces mis sentimientos acerca de nuestra relación, y tú la iniciaste con los ojos abiertos.

—¡Porque no soy un cobarde! —afirmó.

—Tampoco yo. Sólo soy realista.

—Tú eres dura y… ¿Dónde está tu anillo? —miró su mano izquierda.

—Lo dejé en la recamara.

—Nuestro compromiso…

—Llegó a su fin —dijo rígidamente—. No te preocupes, diré a todos que tú te diste cuenta de que cometías un error —sabía que esto último era una injusticia para él, y sin embargo no se disculpó por decirlo; era lo que pretendía decirle a la gente, si preguntaba.

—No quiero que te vayas, Laurel…

—Lo sé —aceptó—. A pesar de que me conoces cómo soy y

puedo ser, todavía me deseas —había visto la emoción en sus ojos la noche anterior, la misma que veía ahora—. Te has involucrado demasiado Reece, ¿no te das cuenta? —razonó—. De ser un hermanastro protector, has adoptado la posesividad de…

—¿Un esposo? —concluyó él—. Tal vez, porque eso es lo que siempre he querido ser desde el primer momento en que te vi.

¡Por eso ella había esperado salir sin verlo!

—Reece, por favor, no…

—Te vi y te deseé —continuó recordando—, pero tan pronto como Amanda empezó a ver a mi padre, tú me trataste como si yo tu viera una plaga. Y porque tú estabas traumada con los dos matrimonios rotos de tu madre, decidí darte tiempo para acostumbrarte a esta tercera familia. Sólo que nunca cambiaste. Cada vez que teníamos una cena, esperaba que tú hubieras madurado, pero no lo hiciste y me tratabas tan fríamente como a nuestros padres. Cuando tu madre recibió esa invitación para tu compromiso, fue como un puñetazo en medio de mis ojos.

—Por favor, Reece —temblaba—. No quiero oír nada de eso.

—¿Por qué no? —sus ojos estaban extremadamente brillantes—. ¿Porque eso te hace responsable de las emociones de alguien? Tú eres responsable, Laurel, de que te ame, te desee, que no sea capaz de vivir sin ti.

—Sobrevivirás —le aseguró temblando.

—No —le dijo Reece.

Laurel le buscó el rostro con desesperación, intentando encontrar algo que le dijera que no era verdad lo que acababa de oír, que sólo estaba tratando de asustarla, pero se veía serio en extremo.

—Eso es un chantaje, Reece —sacudió la cabeza—. No voy a permitir que lo hagas conmigo.

—No estoy hablando de suicidio, Laurel. Hablo de mi yo interno. El yo que te ama…

—¡Tú no me amas! —exclamó.

—Oh sí. Sí te amo —afirmó, respirando con dificultad—. Y por unos cuantos días fuiste mía.

—Lo olvidarás…

Su risa forzada la interrumpió.

—Tampoco haré eso. Pero si eso te hace sentir mejor, entonces créelo —se volvió, su espalda rígidamente controlada—. Pero mientras vives esa vida fría y solitaria, sabrás que te amo; que te he amado durante todo un año y que seguiré amándote. El hecho de que te niegues a amarme no va a cambiarlo, nada lo cambiará. Te

deseo felicidad en la vida que has escogido.

Era un deseo hueco después de lo que acababa de decir, y Laurel no se quedó para discutirlo. Salió de la casa. Había dejado la llave de él con su anillo en la cómoda.

Capítulo 9

Amar. Había tenido la certeza de que Reece la amaba antes de que él dijera las palabras. Y esa era la razón por la que estaba huyendo. El amor de un hombre como Reece podría consumir, devorar y ella ya había perdido demasiado. No estaba dispuesta a arriesgar algo más.

Reece era una persona más valiente que ella. No tenía miedo de dar su amor a pesar de que sabía que no era devuelto ni querido. Sin compasión ella ignoró el amor en los ojos de él esos últimos días, prefería creer que él quería la breve relación que ella proponía, pero finalmente supo que no podía fingir más. Reece ya no estaba dispuesto a aceptar una relación casual entre ellos. Supo, después de su tormentosa salida de la casa, que la amaba; miró el sufrimiento en sus ojos cuando él le lanzaba amargas palabras. Él había forzado esa seguridad a retirarse de sus pensamientos cuando le pidió que se quedara y vivieran en cuartos separados. No quiso admitirlo. Pero esta mañana vio otra vez ese amor, y se dio cuenta de que Reece no intentaba ocultar lo que sentía por ella, sin importar la presión que tuviera que ejercer ni qué tan lastimado resultara él mismo en el proceso.

Y lo había lastimado, al no poder amarlo en reciprocidad.

Era un buen hombre, amable, y supo en ese momento que la amaba más allá de cualquier razonamiento, que había recurrido a todos los subterfugios para lograr que ella aceptara la relación que quería, que había anunciado su compromiso en la fiesta con la esperanza de que eventualmente lograra convencerla de transformarlo en real, que ahora estaba dispuesto a arriesgar su orgullo para hacerle ver su amor y convencerla de lo hermoso que sería amarlo.

—Teléfono, Laurel —Polly entró al cuarto de empleados donde se suponía que Laurel estaba tomando café a media mañana; en realidad había estado mirando en el vacío.

La mirada de Laurel se trasladó a su ayudante.

—¿Quién?…

—Tu madre —dijo Polly.

Se humedeció los labios secos y siguió a la otra mujer a su oficina.

—¿No dijo qué quería?

—No —respondió Polly—. Sólo que quería hablar contigo.

Dan. Tenía que ser acerca de Dan. ¡Dios, esperaba estar lista para

esto!

—¿Sí? —su voz era severa al contestar la llamada de su madre.

—¿Podríamos reunimos para comer? —preguntó su madre sin preámbulo.

Laurel respondió con respiración agitada.

—No puedo —rechazó con auténtica pesadumbre—. Acabo de tomar el único descanso que tendré hoy —y sólo lo había tomado porque se sintió cerca de un colapso, sin haber tomado siquiera una taza de café en la mañana después de no haber dormido en toda la noche—. No es que no quiera reunirme contigo —explicó—. Pero estamos muy ocupados —ella misma pretendía llamar a su madre más tarde para acordar una reunión que sabía inevitable.

—¿Te das cuenta de que tenemos que hablar? —insistió su madre.

—Oh, sí —concordó con sentimiento.

—Quiero decir, hablar realmente, Laurel —agregó con firmeza.

—Sí —volvió a aceptar.

—¿Qué tal esta tarde? —sugirió Amanda—. ¿Antes de que tú y Reece cenen? Yo podría venir y…

—No voy a estar en la casa de Reece esta noche —interrumpió—. Tal vez yo podría ir a verte.

—Bueno, claro, Laurel —la confusión era evidente en su voz—. Mira, si tú y Reece van a cenar en el centro, podríamos…

—Reece y yo no vamos a cenar en el centro esta noche —interrumpió—. No vamos a cenar, cuando menos no juntos —agregó con voz quebrada.

—¿Han reñido? —se dio cuenta Amanda.

—Nos hemos convencido de que no nos llevamos bien después de todo —corrigió—. No tenemos nada en común…

—Pero ustedes se aman…

—No —negó con dureza.

—Reece te ama —insistió su madre.

¡Dios mío, anduvo comentándolo con todos! No, no era justa con él. Reece no era la clase de hombre que proclamaría su amor a todo el mundo. Pero si ella había visto su amor, ¿por qué la otra gente no lo iba a notar también?

—Los sentimientos de Reece discútelos con él. Pero yo no lo amo, nuestro compromiso ha terminado.

—Lo siento mucho —la pesadumbre de Amanda parecía genuina —. ¿No hay esperanza de que?…

—No —descartó cualquier posibilidad.

—Ya veo —Amanda suspiró—. En ese caso, Robert y yo quisiéramos que pasaras la Navidad con nosotros.

—Yo… eso no es necesario —su maleta en un rincón del cuarto era la evidencia de que no se había inscrito en hotel alguno, pero no había pasado la Navidad con su madre en años y no tenía intención de pasar ésta.

—A mí me gustaría de veras que vinieras, Laurel —insistió Amanda.

No estaba rogando, pero había algo parecido en el tono de su voz. Y Laurel no quería tener sentimientos de culpa. Su madre había asumido sus propias opciones; había sacrificado la felicidad de su niña por lo que quiso, ¿por qué tenía Laurel que sentirse culpable de tomar sus propias decisiones?

—Tengo otros planes —argumentó con frialdad.

—Oh… —Amanda dio un suspiro desilusionado—. A cenar, entonces. De seguro no es pedir demasiado.

¿Era? No lo sabía. Si no tenía que ver a Reece, tal vez.

—¿Estará Reece ahí?

—Bueno, no lo he invitado, pero no puedo responder por su padre —contestó Amanda con honestidad—. Pero las dos tenemos que hablar y no creo que esto deba esperar hasta después de Navidad.

Considerando ese hecho, pensó amargamente Laurel, le había tomado a Amanda quince años buscar esa plática. Unos cuantos días más no harían diferencia. Pero ella tampoco quería esperar, y a pesar de que no descartaba la idea de que tal vez corriera hacia Reece, sabía que lo tenía que ver alguna vez, que sus lazos familiares lo imponían.

—A la cena de hoy sí puedo ir —aceptó—. Pero para beneficio de todos me gustaría que me llamaras si Reece va a estar ahí; eso podría ser molesto para todos nosotros.

—Laurel…

—¿Sí? —dijo a su madre que dudaba.

—Laurel, yo… yo…

Sintió el mismo pánico que había conocido con Reece por la mañana; sus manos se humedecieron.

—Te quiero, Laurel —le dijo suavemente antes de colgar.

El dolor inundó su pecho, un dolor que nunca antes había sentido. ¿Amanda la quería? ¡No podía creerlo! Porque si lo creyera sus decisiones acerca de su vida se derrumbarían, y esas decisiones la mantendrían lejos del dolor que el amor trae consigo.

El dolor en su pecho continuó.

—Me doy cuenta de que soy tal vez la última persona que quieres ver —dijo Reece—. Pero tengo algo que decirte. —Se había enderezado al oír su voz, levantando despacio la vista desde donde estaba sentada en su escritorio. El día había terminado. Sólo Polly permanecía en la tienda mientras ella hacía los libros de cuentas; ella debió dejar entrar a Reece.

Se veía aún más cansado que esa mañana y Laurel se culpó por ello. Pero no titubeó y lo miró con firmeza.

—Tengo algo que darte también —agregó.

—¿No es un poco inapropiado intercambiar regalos de Navidad ahora?

Sacudió la cabeza.

—Esto no es estrictamente un regalo de Navidad.

—¿Oh? —se puso alerta y se volvió hacia Polly que había permanecido detrás de Reece.

—Feliz Navidad —le dijo su amiga—. A ti también, Reece.

—Gracias —la sonrisa no llegó a sus ojos.

Laurel acompañó a Polly a la puerta. Las dos habían intercambiado regalos de Navidad por la mañana. Su expresión era apesadumbrada cuando regresó a la oficina. No había esperado que Reece fuera a la tienda a verla.

No hizo esfuerzo para sentarse, y se quedó mirándolo inquisitivamente. Él se sentó a un lado del escritorio.

—¿Qué puedo hacer por ti?

Reece sonrió tristemente.

—Puedes hacer que el sol salga en medio del invierno, que las flores se abran, que…

—¡Reece! —exclamó.

—Discúlpame —dijo sin arrepentimiento—. Olvidé que no quieres oír cosas como esas.

—No se te olvidó —afirmó ofuscada, sabiendo que la molestaba porque lo había lastimado.

—No —aceptó él—. Esperaba que hubiera cambiado de opinión desde esta mañana.

—¿Por qué lo hiciste? —lo miraba puesta en guardia.

—Porque sabes que te amo, y porque realmente no te gusta lastimar a la gente.

Se había preguntado si había hablado con su madre, pero su explicación le mostró que no lo había hecho.

—¿Por qué estás aquí?

—Para darte esto —buscó en uno de sus bolsillos y sacó un sobre —. Y antes de que lo veas quiero que sepas que nada hay que puedas hacer para detener esto —le entregó el sobre.

Adentro había un recibo, de Campbells, por la cantidad exacta de la renta y estaba dirigido a ella.

—Yo…

—Otra cosa que debes saber es que no quiero que me regreses el dinero —le sostuvo la mirada sin piedad.

Había pasado la mayor parte del día en medio de una niebla de pesadumbre, preguntándose cuánto tiempo más podría mantener abierta la librería. Y ahora esto. Por todo lo que ella dijo acerca de no aceptar dinero de él, estuvo tentada a no aceptarlo, pero no podía.

—Tampoco puedes acusarme de intentar comprarte, ya que no estamos juntos —agregó—. Hice esto porque quise, Laurel —le dijo suavemente—. No por un motivo ulterior.

—Es muy amable de tu parte, pero…

—Antes de que lo rechaces, hay otras cosas que debes saber —señaló—. He devuelto el anillo de Gilbraith.

Laurel suspiró, se puso pálida y sus manos temblaron.

—¡No! —dio un grito estrangulado.

—Sí —confirmó—. ¿Por qué no me dijiste que estaba casado?

—Yo… Tú… ¿encontraste a su esposa? —preguntó, demasiado apesadumbrada por lo que él había hecho como para poder pensar.

Él inclinó la cabeza, asintiendo.

—Gilbraith no estaba, entonces le devolví el anillo a su esposa. Lo más que puedo decir por ésta es que parece que cuida bien a su hijo.

—Entonces, ¿ella sabe ahora acerca de Giles y yo? —gimió Laurel ante esta humillación.

—No. Ella pensó que yo era de la policía y que le devolvía su anillo que había sido robado, y no la desilusioné una vez que me di cuenta de quién era.

—Giles le dijo que el anillo estaba en el taller de joyería.

Reece asintió.

—Y cuando no logró que se lo devolvieras, le dijo que la joyería había sido asaltada y que su anillo era una de las cosas robadas.

—No se lo debiste devolver, Reece —le dijo con voz quebrada—. ¡Ahora me he quedado sin él!

—¡No puedes querer un anillo que pertenece a la esposa de

Gilbraith sólo porque él te lo regaló! —sus ojos dorados se encendieron.

—Necesitaba el anillo —gritó, arrugando el sobre y el recibo que mantenía en las manos.

—¿Por qué? —preguntó Reece.

—No tienes derecho de interferir —lo miró de manera acusadora y su voz se quebró al tiempo que se dejaba caer sobre el sofá—. ¡No tienes derecho! —su voz se hacía aguda.

—Dime, Laurel —insistió—. ¡Dime!

Levantó los ojos llenos de lágrimas.

—He perdido todo ahora, Reece —sollozó—. ¡Todo se ha perdido! No aceptaré tu dinero y ahora no tengo forma de…

—¿De qué, Laurel? —Reece la urgió cuando ella se derrumbó.

Él sabía. ¡Estaba segura de que sabía sin que ella se lo hubiera dicho!

Capítulo 10

—¿Cuanto tomó, Laurel?

Respiraba con dificultad, la cabeza caída, abatida, ante el hecho de que había perdido todo. ¿Cuánto había tomado Giles? Todo lo que ella era.

"Puedes empezar de nuevo", le dijo una voz. "¿Con qué?" se preguntó. "Eres brillante", le dijo la voz interna, "y lo podrás hacer". Pero sabía que no podría.

—¿Laurel?

Miró el arrugado recibo en sus manos leyendo la cantidad marcada al final, hasta el último centavo.

—Por favor, no me toques —dijo al ver que la buscaba. Echó la cabeza hacia atrás con orgullo—. Gracias por hacer esto por mí Reece, pero no te lo agradezco.

—¿Por qué no? Si insistes, puedes pagarme.

—Oh, claro que insisto —lo detuvo—. Pero nada arregla. Además, hacia fin de año no tendré dinero para pagarte.

—Entonces págame en diez años. ¡En veinte!

Sonrió ante su vehemencia.

—No —rehusó ofuscada.

—¿Por qué diablos no?

—Principalmente porque no voy a dejar que alguien más pague por mí estupidez. Pensé que Giles era todo lo que yo quería en un esposo, que podríamos ser una buena pareja —lo desafió con esa descripción—. Entonces le permití firmar algunos cheques por algunas cuentas. Después de todo hubiera parecido que no confiaba en él si decía que no —con amargura recordó la forma en que Giles reaccionó indignado cuando ella había dudado en aceptar su ofrecimiento de tomar en sus manos una parte del trabajo antes de Navidad.

—Es un profesional, Laurel —dijo Reece con suavidad—. ¿Querida, él hace este tipo de cosas todo el tiempo.

Levantó la cabeza.

—¿Que'?

—Tenía mis sospechas acerca del anillo que te dio. Parecía una antigüedad genuina. Entonces lo llevé a un joyero antes de devolverlo. Lo valuó en cinco mil libras. Esa cantidad parecía un poco excesiva para un programador de computadoras.

—¿Giles roba para vivir? —Laurel no lo creía.

—No todo el tiempo. En la actualidad posee un empleo legal

como programador, pero tiene el hábito de robar a mujeres solas.

—Mujeres bobas —corrigió disgustada consigo.

—Vulnerables —aclaró él con firmeza.

—¿Supones todo eso, o lo sabes de hecho?

—Hablé con la policía acerca del anillo, y sus elementos estuvieron muy interesados en el hecho de que algunos departamentos de tu edificio habían sido asaltados últimamente…

—¡Oh no! —protestó Laurel.

—Ahora están interrogando a Gilbraith, y creo que lo harán confesar. Tu vecina, la curiosa, ya confirmó que él vino a tu departamento la noche en que saquearon éste —entrecerró los ojos mientras ella se ruborizaba—. Ya sabías eso, ¿no? —dijo con voz confundida.

Ella se humedeció los labios con la punta de la lengua. ¿Qué caso tenía negarlo ahora que Reece sabía tanto?

—Estaba buscando su anillo —reveló—. Las otras piezas de joyería, que no valían, fueron tomadas para alejar sospechas.

—Pero si sabías que él fue, ¿porqué no se lo dijiste a la policía?, ¿o a mí? —agregó con voz lastimada.

—¿A quién le gusta admitir que ha sido tomado por un tonto?

—Pero es mucho más que eso, Laurel. Tomar tu dinero es una cosa —continuó a pesar de que ella se estremeció—. Entrar en tu departamento…

—Entró dos veces —afirmó—. Estaba ahí cuando llegué dos noches después del asalto, cuando me encontraste en la tienda a las dos de la mañana —explicó ante su interrogativa mirada.

—Laurel, ¿no estabas asustada por las cosas que estaban pasando?

—¡Claro que estaba asustada! ¿Por qué crees que me mudé para acá?

—Para estar más cerca de la única cosa que te importaba. Tal vez la policía quiera hablar contigo alguna vez. Yo les dije que te podrían encontrar aquí. Pretendes pasar la Navidad con tus libros ¿no?

—Todavía no he hecho planes —murmuró.

—Yo sí. Pero no tengo a la mujer con la que quiero compartirlos —se volvió—. Además parece que una librería tiene una deuda conmigo.

—Reece…

—Si decides que, después de todo, quieres pagar la renta —recogió el recibo y lo guardó en su bolsillo—, debo advertirte que

hay un acuerdo especial: yo estoy incluido. Como ves, no soy orgulloso, Laurel. Puedo tomar las migajas que dejes. Y mientras piensas en esta proposición, te sugiero que hables con Amanda. Tengo el presentimiento de que algunas de tus ideas sobre el pasado serán completamente demolidas —caminó hacia la puerta, se volvió para verla, rodeada de sus libros de cuentas y las notas del día—. Esto se ve igual que cuando llegué —suspiró y la campana sobre la puerta anunció su salida segundos después.

No, no era igual cuando él llegó. Lo dijo una noche hacía un año y ella había combatido contra sus sentimientos por él desde entonces. Al instante se sintió atraída y se dio cuenta de que él se sintió igual, y había usado la excusa de la relación de sus padres para alejarse de él. Se había confundido al alejarse de pronto y se había felicitado a sí misma por detener una relación que al final le causaría sufrimiento, como estaba ocurriendo ahora.

Podía negarlo todo si quería, pero el dejar a Reece esta mañana había sido la cosa más difícil que hizo en su vida, o que alguna vez haría. Perder la tienda era fácil comparado con eso.

La cena fue muy tensa y Robert se excusó un poco después, saliendo para su estudio, dejando solas a las dos mujeres. Amanda sonrió.

—Él cree que no sé que va a fumar un cigarrillo después de cenar.

Laurel aceptó una taza de café.

—No me había dado cuenta de que él fumaba.

—Sólo un cigarrillo después de la cena —dijo su madre con indulgencia—. Se va a su estudio porque sabe que no puedo soportar el olor.

—Papá fumaba —habló sin pensar, mirando hacia el piso de arriba un poco molesta.

—Es cierto —aceptó con tristeza—. Eso lo mató al final. Su salud se había deteriorado mucho antes de que tuviera el ataque cardiaco.

Los dedos de Laurel se apretaron sobre la taza.

—Parece que sabes mucho acerca de eso.

—Dan —dijo Amanda—. Siempre me mantuvo informada acerca de tu padre.

—¿Por qué?

—Viví con él por doce años, Laurel, siempre me preocupé por él.

—Te divorciaste de él —la acusó.

—Sí —aceptó—. No fue fácil.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste? —preguntó airada.

—Nuestro amor se había… convertido en algo del pasado, y tratar de mantener la relación estaba matando a tu padre.

—¿No fuiste tú?

—Tu padre no era un hombre al que le gustara estar atado a una mujer —afirmó Amanda—. Su primer matrimonio terminó de la misma manera, pero hay que reconocer que permaneció conmigo durante doce años. Era más de lo que yo esperaba.

—Tú fuiste la que pidió el divorcio —recordó Laurel con dureza.

—Y no me arrepiento de esa decisión ni por un momento, Laurel —Amanda le sostuvo la mirada—. La única cosa de la que me arrepiento es de que tú y Dan hayan resultado lastimados en el proceso.

—Nos dividiste, como hiciste con todo lo demás que les pertenecía.

—¿De veras crees eso? —su madre frunció el ceño, el dolor se mostraba en sus ojos azules.

—¡Yo sé que me fui contigo y Dan se fue con papá!

—Eso no tenía por qué ser así…

—¡Así fue!

—Sí —suspiró—. Pero fue porque así lo quiso Dan.

—¿Dan? —preguntó escéptica—. ¿Él tenía opción de escoger?

—Él tenía dieciséis años, edad suficiente para poder decidir a dónde y con quién quería ir —sostuvo su madre—. Él escogió a tu padre.

—¿Y no a mí? —gritó Laurel incrédula.

—Y no a nosotras dos —dijo Amanda con voz triste.

—No lo creo —sacudió la cabeza.

—Pronto estará aquí de visita. Puedes preguntarle.

La confusión oscurecía sus ojos. Dan no podía haber escogido abandonada. Siempre estuvieron muy cercanos. Siempre fue su campeón. No podía escoger a su padre antes que a ella.

—Laurel —dijo su madre—, él hizo lo que creyó que era mejor.

—¿Para quién? —rechazó.

—Para tu padre.

—Entonces, ¿por qué no me fui yo también con él?

—Trata de entender, Laurel. Tu padre nunca fue un hombre que quisiera responsabilidades, y cuando lo conocí había estado solo con Dan por seis meses. Desesperadamente necesitaba a alguien que cuidara de los dos…

—¡Él te amaba!

—Sí, es cierto —aceptó su madre—. Pero muchas veces me he preguntado si se habría casado conmigo de no existir Dan. Él no podía cuidarlo solo, y su ex esposa no era considerada una madre adecuada, entonces nos casamos tan sólo tres semanas después de conocemos. Después te tuvimos y todo parecía ir bien. Pero tu padre empezó a sentirse atrapado por toda la cotidianeidad. Era un hombre que en realidad necesitaba ser libre, y para entonces Dan era suficientemente grande para darle esa libertad sin dejarlo solo por completo. Dan lo sabía. Y, a pesar de que yo sentía a Dan como si fuera mi propio hijo —él me decía mami, recordó—, lo tuve que dejar ir.

—¿Y acerca de mí? —esa era una pregunta que se había hecho miles de veces cuando era niña y estaba segura que nadie la quería.

—Querida, yo te hubiera dejado ir con ellos si hubiera pensado que tu padre te cuidaría —agregó emocionada.

—¡Yo quería estar con ellos! —gritó.

—¿Crees que no lo sabía? Tú te alejabas de mí, me gritabas, te apartabas cada vez que quería acariciarte, hasta que al fin me daba miedo buscarte y tocarte.

—¿Te daba miedo?

El enojo brilló un momento en los ojos llenos de lágrimas de su madre.

—Los padres también pueden ser lastimados, Laurel. Incluso pregunté al tuyo si podría llevarte; le expliqué que la tensión del divorcio estaba creando un afecto adverso en ti. Él pensó que sería mejor si se retiraba totalmente de tu vida.

—¡América! —se dio cuenta.

Amanda asintió.

—Le pedí que reconsiderara, pero no tuve resultados. Después de que él y Dan se fueron, tú te empeoraste. La única cosa que te hacía feliz era leer. Entonces te compré muchos libros, cientos, sólo para verte contenta otra vez, aunque fuera ocasionalmente.

—Eso también me alejó de tu camino —acusó Laurel con dureza.

—¡Yo no quería que tú te alejaras! —sus ojos relampaguearon—. Yo quería tener a la niña cariñosa y tierna que siempre había conocido. Pero se había ido… y nunca regresara.

—¿Y qué esperabas? Me arrastraste de lugar en lugar como un costal de papas.

El dolor oscureció otra vez los ojos de su mamá.

—¿Estarás lista para oír algo? —suspiró.

—Estoy lista.

—Bueno —dijo Amanda—. ¿No notaste nada más en esos cambios que hicimos?

—¿Qué cosa?

—Sólo… cualquier cosa.

—Mis juguetes desaparecían.

—Sí —su madre suspiró—. Y cada departamento era más pequeño que el anterior.

—No me acuerdo —sacudió la cabeza.

—Vendí tus juguetes, Laurel, de igual forma en que vendí todo lo mío. Necesitaba dinero.

—¿Por qué? —titubeó.

Se humedeció los labios.

—Una vez que tu padre se fue a América dejó de enviar la pensión que habíamos acordado. Continué escribiéndole, pero… creo que olvidó que las dos existíamos.

—¡No!

—Tal vez no lo olvidó. Todo lo que sé es que dejó de enviarnos dinero. Y después de haber estado casada y sin trabajar durante doce años, el único tipo de trabajo que conseguí no era muy bien pagado. Cuando Dan empezó a trabajar nos envió algunos dólares cada mes…

—¿Recibiste dinero de Dan?

—Yo no quería. Pero el poco dinero que teníamos parecía deshacerse.

—¡Pero continuaste comprándome libros!

—Muchas veces me quedé sin comer por eso —dijo con impaciencia—. Eran la única cosa que te hacía feliz —se defendió.

Los años en que construyó una pared sobre sus sentimientos, se le dificultaba aceptar lo que Amanda le decía, a pesar de que su madre tenía una explicación o razón para todo lo que había pasado.

—Frank Shepherd acostumbraba… tocarme —anunció.

Su madre palideció, sus ojos oscurecidos.

—Oh, no —exclamó con voz estrangulada—. Oh, Dios, no —las lágrimas empezaron a caer.

Laurel la observaba apartada, sin darse todavía cuenta del odio que sentía contra su madre.

—Reece me dijo que te preguntara por qué te divorciaste de él.

Amanda se humedeció el labio inferior.

—El… él era brutal conmigo —reveló—. Era rico, y… y yo quería darte lo mejor otra vez. Me dio dinero para comprarte ropa

linda, para enviarte a una escuela privada y debido a que me di cuenta de su brutalidad desde nuestra luna de miel, decidí que un internado sería lo mejor para ti —miró a Laurel con ojos suplicantes —. Él no… no…

—No, él no hizo eso. Él hablaba principalmente, pero algunas veces… me tocaba también —y eso por años le hizo creer que sólo quería una relación física y desapasionada con un hombre.

—No me extraña que me odies —dijo Amanda—. Intenté con todas mis fuerzas hacer lo que creí mejor, pero parece que no funcionó de esa manera —sacudió la cabeza—. Te alejé de tu padre y tu hermano, a quienes amabas sobre cualquier cosa, te puse al alcance de la perversión de otro hombre. ¡Yo también me odiaría!

Fue como un repentino deshielo después de una fuerte nevada. Una gran emoción, las lágrimas que caían sin poder ser detenidas, el maravilloso calor al ser abrazada por su madre, de sentirse querida y amada por el suave murmullo de su voz.

No podía recordar la última vez que permitió a su madre estrecharla como ahora, las dos sollozando al darse cuenta de que se habían reencontrado.

Capítulo 11

—Si no nos ponemos en pie ahora —se atrevió a decir su madre —, las dos vamos a presenciar un terrible lío cuando Robert regrese.

Laurel se volvió a sentar, secándose las lágrimas con los dedos, un poco tímida ante su madre después de sus muestras de emoción.

—Mírame, Laurel —insistió Amanda sonriendo cuando Laurel lo hizo—. Tal vez deberíamos haber hecho esto hace años —dijo dándose unos golpecitos en la cara con una servilleta de papel que tomó de una caja que estaba sobre la mesa—. Tal vez yo debí haber insistido en que tu padre te llevara, a pesar de que eso hubiera sido como cortarme una pierna, y tal vez debí haber intentado con más firmeza convencer a Dan de que se quedara con nosotras…

—No —la interrumpió Laurel—. Estoy de acuerdo en que deberíamos haber hablado antes, pero el hecho de que no lo hiciéramos es tal vez más culpa mía que tuya. He sido muy inaccesible durante estos años, y probablemente estaría igual de resentida si me hubieras dejado ir con papá. Tú estabas en una situación embarazosa.

—No sientas rencor por lo que Dan hizo —dijo su madre—. Se le rompió el corazón al separarse de ti, pero él no sabía cómo explicártelo.

—No siento rencor hacia él. Sólo hubiera querido saber por qué actuó de esa manera. Éramos como extraños cuando nos encontramos otra vez —recordó con voz quebrada.

—Me platicó acerca de eso. Dijo que comprendía que te había lastimado, pero que no sabía cómo acercarse a ti. Creo que vendrá en febrero para intentarlo. Y recuerda, Laurel es más difícil para una persona dejarte ir cuando te ama, que retenerte a su lado.

Eso era lo que Reece le había dicho cuando se separaron. Él quería que ella supiera que no la podía retener cuando no quería verlo a medias.

—¿Cómo van tú y Reece? —su madre parecía adivinar a dónde iban sus pensamientos—. ¿Es una situación insoluble?

Ella se puso tensa y luego se forzó a relajarse. Después de todos los años de separación, tal vez nunca estaría cerca de su madre, pero sabía que podría hablar con ella.

—No si lo amo —replicó en tono molesto.

—¿Y lo amas?

—¡No sé! —Laurel sacudió la cabeza—. Yo creía que no era capaz de amar a nadie, pero… pero, te quiero —admitió.

—Gracias, cariño —su madre le apretó la mano—. Sé qué difícil fue para ti decirlo. Y sentirlo —agregó.

—Siempre te he querido —al comprenderlo frunció el ceño—. Sólo que no entendía por qué hiciste las cosas que hiciste.

—No estoy segura de que mi explicación hubiera servido en aquellos momentos, pero creo que ahora nos comprendemos mejor una a la otra y… tal vez podamos llevar eso adelante.

—Eso espero —dijo—. Y lo siento de veras.

—¿Qué harás respecto a Reece?

—Nada, por el momento. Tengo que pensar, averiguar si puedo darle lo que él merece.

—Estoy segura de que puedes —su madre sonrió.

—Pero yo no. Y hasta que yo…

—Entiendo —asintió—. Y ahora que hemos quitado los estorbos del camino, insisto en que te quedes a la celebración de Navidad.

—No puedo…

—Tal vez no lo dije con suficiente firmeza, Laurel —Amanda la interrumpió—. Insisto en que te quedes con nosotros.

Los ojos de las dos sostuvieron la mirada hasta que Laurel se dio por vencida.

—Si hubieras sido tan estricta conmigo hace quince años, tal vez no me hubiera comportado en la forma que lo hice.

—¿Eso quiere decir que te quedarás? —su madre sonrió ampliamente.

—Si estás segura…

—Estoy segura. Iré a ver que tu cuarto esté preparado.

Laurel sabía que su madre también iba a darse unos cuantos minutos a sí misma, ya que el eficiente personal tenía siempre listos los cuartos de huéspedes. Pero las dos habían encontrado la conversación más traumática de lo que habían esperado.

Cuando era niña fue muy fácil culpar a su madre por todo lo ocurrido, pero ahora como adulta comprobó que siempre hay dos lados en cada historia. Si su padre en realidad hubiera querido quedarse con ella, nada en la tierra lograría que lo cambiaran a América. Con seguridad su madre no hubiera podido hacerlo que se fuera, cómo siempre la había acusado de hacerlo.

Y Dan, pobre Dan. Con razón lo había culpado por abandonarla, también. Sus vacaciones en febrero serían muy emocionantes.

Pero ¿acerca de Reece? Él debería saber mucho de lo ocurrido en el pasado, de la errónea interpretación que ella hacía y, no obstante, era capaz de amarla, a pesar de su amargura y frialdad.

Pero aceptar que su madre la amaba era una cosa, y dejar a Reece introducirse en su vida, en su corazón, era otra. Habiendo restaurado apenas su corazón y su alma, no estaba segura de estar lista para darlos otra vez. Su cuerpo fue de él porque lo tomó. Ella sabía, sin importar que Reece dijera lo contrario, que quería todo o nada.

—¿Puedo ofrecerte un brandy?

Miró el amable rostro de Robert, y supo que estaba enterado de lo que acababa de ocurrir entre Amanda y ella. A pesar de que había considerado a su madre de una manera equivocada, a pesar de lo mal que se había portado con ella, aún tenía la suene de que Amanda y Robert la quisieran. ¿Qué había dicho su madre? Que era más fácil rendirse, que mantener una posición rígida.

—Creo que está en casa, si quieres ir…

Se ruborizó mirando tímidamente a Robert.

—¿Soy tan obvia? —dijo, preguntándose desde cuándo había estado enamorado de Reece Harrington; probablemente desde el momento en que la había sacado de su auto chocado. Pero estuvo negando el amor en su vida por tanto tiempo, que había sido fácil negar también su amor por él.

—Sólo para la gente que te ama —Robert le ofreció un vaso con brandy.

—Robert —se mordió el labio inferior—, ¿cómo es posible amar a una persona cuando no se obtiene correspondencia, cuando la otra es totalmente fría y lógica? —lo miró con intensidad.

—No seas tan dura contigo misma, Laurel —dijo con amabilidad, comprendiéndola—. Tú no eres fría y lógica, sólo muy cautelosa. También estás muy enamorada de mi hijo.

—Sí —admitió turbada.

—Y él siempre ha estado enamorado de ti —sonrió—. He tenido que trabajar duro con él. Ha estado en el banco por horas y su vida social de hecho había sido inexistente, excepto por esas cenas familiares que siempre me insistía que organizara.

¡Y ella había evitado asistir a la mitad de ellas! Reece tenía razón: no era tan orgulloso para mostrarle su amor, y merecía más que las migajas que le había dado.

—¿Y mujeres? —preguntó, sabiendo lo sensual que él era.

—No hubo —afirmó Roben—. Mi hijo es hombre de una sola mujer. He estado preocupado por él, pero estoy tranquilo al ver que ya no es necesario.

Lo último fue agregado en forma inquisitiva, y ella puso su vaso

en la mesa con determinación.

—Dile a mi mami, por favor, que no me voy a quedar en la noche, después de todo —se sintió extrañada de llamar a su madre otra vez con esa intimidad, pero tenía el presentimiento de que muchas cosas en su vida le iban a parecer extrañas de ahora en adelante, y tener a Reece Harrington como esposo no era la última de ellas.

—¿También le puedo decir que tú y Reece vendrán mañana a comer?

En la puerta, se volvió para decirle:

—Mantén los dedos cruzados por mí.

—No es necesario —respondió sonriente.

Laurel deseaba tener la misma seguridad, pero sus manos estaban húmedas, sus piernas se sentían débiles en el momento en que atravesó la puerta que unía el ala de la casa de Reece con la construcción principal cuando fue en su busca. Robert estaba equivocado. Reece no estaba en casa.

Regresaba para reunirse con su madre y Roben cuando se detuvo y decidió ir a la recámara de Reece y cerrarla.

Estaba sentada en la cama cuando él abrió la puerta. Se detuvo abruptamente al verla. Laurel se daba cuenta de cómo se veía, su pecho desnudo, levantado e invitante, el resto de su cuerpo suave. Reece se veía como si lo hubieran golpeado.

—Bueno —dejó el libro que leía—, he estado pensando en tu propuesta, y creo que tengo la persona ideal para que trabaje para ti en la librería que rentas.

Reece se puso tenso y el brillo de sus ojos se oscureció.

—¿Oh sí? —preguntó sin interés, cerrando la puerta detrás de él.

Se veía cansado, vistiendo todavía el traje de la mañana, quitándose la corbata, con los hombros caídos cuando se volvió para empezar a desvestirse. ¡Cómo amaba a ese hombre! Resistió el impulso de correr hacia él.

—Sí —afirmó—. Ella es muy capaz, tiene mucha experiencia. Creo que sería ideal.

Se veía triste cuando se volvió para mirarla.

—No tienes que hacer esto, Laurel —hizo un gesto hacia su desnudez—. La renta y la tienda son tuyas. No las quiero.

—Oh, no estaba hablando de mí —sacudió la cabeza ante su mirada aturdida—. A Polly le encantaría la oportunidad de hacerse

cargo, y creo que ella sería perfecta.

Reece se veía como si alguien le hubiera dado otro golpe.

—¿Polly? Pero yo pensé…

—Yo no puedo encargarme, Reece.

—¿Por qué no? Si tú…

—A mi esposo no le gustaría —lo interrumpió.

—¿Esposo? ¿Cuál esposo? Laurel…

—Y además están los niños —continuó—. Media docena cuando menos. Hasta podríamos empezar con el primero ahora mismo —agregó con suavidad—. Se supone que esto no es moderno, pero no apruebo a las madres que trabajan, cuando económicamente no es necesario. Pretendo pasar mucho tiempo con nuestros hijos, mostrándoles que son amados y diciéndoles lo maravilloso que eres —sus ojos brillaban por las lágrimas.

—Laurel, no tengo idea de lo que está pasando…

—Ya sé —levantó una de sus rodillas y las sábanas cayeron por completo descubriéndola—. ¿No es maravilloso? —preguntó sonriente.

La mirada hambrienta de él se detuvo en ella.

—Hermoso. Pero…

—Yo no, Reece —lo regaño con indulgencia—. Me refiero al hecho de que no tienes idea de lo que está pasando. Por mucho tiempo yo había sido la que nada sabía.

La esperanza empezó a brillar en los ojos de Reece.

—Pero ahora esto… ¿qué pasa?

—Hablé con mi madre, hice las paces con ella y ahora me gustaría hacerlas contigo.

—Entonces… hazlas —la invitó.

Ella rió nerviosa.

—No sé cómo he llegado a esto —admitió—. Nunca quise amar a alguien en la forma que a ti —lo detuvo cuando iba a tomarla en sus brazos—. Pero desde la noche de aquel terrible compromiso, tú has ahuyentado todos mis dragones, uno por uno —lo miraba con el amor brillándole en los ojos—. Siempre creí que las leyendas acerca de los príncipes y dragones eran un mito, pero tú eres mi príncipe, Reece, te necesito mucho. Si prometo nunca decir "*bah*" o "*humbug*", ¿te casarías conmigo?

Él se sentó en la cama junto a ella.

—No sé cómo alguna vez pude relacionarte con Scrooge —dijo, acariciándole los senos.

—Porque yo estaba reprimida como él —ella apretó su mano

contra el cuerpo de él—. Dudo si podré cambiar en una noche…

—Depende de qué noche sea.

—¿Eso quiere decir que aceptas mi proposición? —lo miró intensamente.

—No —la recostó en la cama junto a él—. Eso significa que tú aceptas la mía. Empecemos en la forma que deben ser las cosas.

—¿Eso significa que vas a dominarme totalmente?—bromeó abrazándolo del cuello.

La pierna de él se movía sensualmente sobre las de ella.

—Siempre que pueda —refunfuñó.

—Estamos invitados a comer con nuestros padres mañana —le advirtió ante el brillo de sus ojos.

—Podemos ir… pero también podemos no ir.

No le importaba si nunca salía de este cuarto, siempre que permaneciera en los brazos de Reece.

—Entonces, caballero, haga sus perversiones conmigo —dijo con la aprensiva y acariciadora voz de una heroína histórica.

—¿Entonces el héroe procede a robarse a la dama? —preguntó él con gusto.

—¡A menos que ella te robe a ti primero! —Laurel se rió ante su expresión de sorpresa—. Las novelas históricas han cambiado a través de los años. ¿Puedo robarte?

—Siempre —admitió—. ¿Eso significa que los libros románticos van a salir de la repisa?

—Puede ser que yo misma escriba uno. Después de todo, estoy viviendo con un verdadero príncipe azul.

—¿Hablas en serio acerca de dejar la tienda? Pensaba que era tu vida.

—Tal vez Polly acepte una asistente de medio tiempo. Pero tengo otros planes para mi vida.

—Media docena de niños —recordó él con fingido horror.

—No hasta que estés listo para ellos —le acariciaba el pelo—. Quiero decir que estaré tan ocupada amando a mi esposo que no podré salir a trabajar. ¿Te importaría tener una esposa anticuada que se quede en casa? Tal vez soy muy conservadora, pero no puedo imaginar nada más interesante que ser tu esposa y la madre de tus hijos.

Los ojos de él brillaron como oro puro.

—Puedes ser lo que quieras, siempre que esté seguro de tu amor.

—Nunca habrá dudas acerca de él —le aseguró, y lo pensó realmente, pretendiendo mostrarle por el resto de sus vidas cuánto

lo amaba, sabiendo que un día habría un niñito de cabello oscuro y ojos pardos que amaría y cuidaría un harapiento oso de peluche llamado Fred, que ese niñito amaría al hombre que estaba a su lado casi tanto como ella lo amaba. Casi, porque nadie podía amarlo tanto, o más, desearlo todo con él, sabiendo que nunca la lastimaría ni la abandonaría, que sus hijos nunca tendrían el trauma que ella tuvo.

Agradecida, le entregó su corazón, su cuerpo y su alma.

Fin

{1} Personaje avaro de "Cuento de Navidad" de Charles Dickens.